

DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL

**ESTUDIO DEL ANTIGUO
TESTAMENTO
BI 112**

**NOTAS
CON PREGUNTAS DE ESTUDIO**

REQUISITOS DEL CURSO

I. DESCRIPCIÓN DEL CURSO

Este estudio sirve de introducción para la historia y contenido de todo el Antiguo Testamento y deja en claro la unidad de todos los libros. Enfatiza tanto el propósito como la enseñanza del Antiguo Testamento. A lo largo del estudio, el estudiante irá conociendo el contenido básico de cada libro del Antiguo Testamento y aprenderá también sobre los autores, las fechas aproximadas y otros detalles de cada uno de los treinta y nueve libros de la Biblia. De especial interés es el estudio de las grandes divisiones del Antiguo Testamento y la relación que éste tiene con el Nuevo Testamento. Saber por qué y cómo se estudia la Biblia y la historia de los distintos idiomas del Antiguo Testamento aportará conocimiento y comprensión sobre la Palabra de Dios.

II. OBJETIVOS DEL CURSO

Al final del curso, el estudiante:

1. Sabrá cuáles son los principales personajes del Antiguo Testamento y cuáles los principales eventos históricos de Israel, y qué relación tienen con la Historia de la Salvación.
2. Habrá adquirido conocimientos de la geografía del mundo del Antiguo Testamento en relación con la historia de Israel.
3. Sabrá las fechas de los principales eventos de la historia de Israel.
4. Se habrá familiarizado con el contenido básico del Antiguo Testamento.
5. Conocerá el mensaje teológico de cada libro del Antiguo Testamento.
6. Valorará en nueva forma el Antiguo Testamento y su pertinencia para el día de hoy.
7. Sabrá cuáles son las enseñanzas básicas del Antiguo Testamento.
8. Tendrá una nueva perspectiva de la unidad de toda la Biblia y entenderá que es absolutamente necesario conocer bien el Antiguo Testamento para poder comprender justamente el Nuevo Testamento.

III. REQUISITOS DEL CURSO

A fin de completar exitosamente este estudio, el estudiante requiere realizar lo siguiente:

1. Leer el libro de la Biblia que se pide para cada lección, además de las notas de un Estudio Bíblico o un Comentario, como por ejemplo, el Comentario Bíblico Beacon.
2. Si está disponible, leer el libro Explorando el Antiguo Testamento, de los autores Dr. W.T. Purkiser (editor), C.E. Demaray, D.S. Metz y M.A. Stunck.
3. Leer las notas de cada lección.
4. Contestar todas las preguntas de estudio que aparecen al final de cada lección.
5. Anotar en el Informe de Actividades las tareas que vaya completando.
6. Llevar un portafolio donde guarde los requisitos del curso, el horario, el informe de actividades, las preguntas de estudio con sus respuestas, y cualquier otro material, mapa, artículo, etc., que reciba para este curso.
7. Leer la Lectura Complementaria y hacer un informe de la misma en el formato que más adelante

se indica.

IV. ADMINISTRACIÓN DEL CURSO

Se realizará un examen a la mitad del curso, después de la lección 9, el cual abarcará de la lección 1 a la 9 inclusive. Las preguntas del examen se tomarán de las preguntas de estudio que aparecen al final de cada lección. Al finalizar la lección 15 se hará un examen final que abarcará de la lección 10 a la 15 inclusive. Igualmente, las preguntas de este examen se tomarán de las preguntas de estudio de las lecciones correspondientes. Los exámenes podrán ser de completar o de desarrollo, pero sólo abarcarán las lecciones indicadas.

1. Todas las respuestas de las preguntas de estudio se pueden extraer de las notas de la lección, lo cual implica que todas las preguntas de los exámenes se extraerán de las notas, las preguntas de estudio y la guía de respuestas.
2. Cuando el estudiante haya terminado la lección 9 y esté listo para realizar el primer examen, se lo hará saber a su maestro guía quien le enviará el examen a un facilitador, quien se encargará de administrar el examen y luego se lo devolverá al maestro guía para su calificación.
3. Si el estudiante no gana el examen, se le aconsejará que repase los materiales nuevamente y pida un examen alerno.
4. Al final del curso, luego de completar la lección 15, el estudiante solicitará el examen final. Su maestro guía repetirá el mismo proceso que siguió para el primer examen.
5. Si el estudiante no pasa este examen final, se le aconsejará que repase la materia nuevamente y solicite un examen final alerno.
6. Una vez que haya ganado el examen final, el estudiante le hará llegar su Informe de Actividades al maestro guía, dando fe de que ha leído y completado todo lo asignado. También le hará llegar el informe de lectura para que quede documentado.
7. Tras aportar todos los requisitos, el estudiante recibirá un Certificado de Conclusión del Curso, que incluirá una nota que será registrada en la Trascricpción Oficial de Registros.

INFORME DE LECTURA

NOMBRE DEL LIBRO

Seleccione un libro de los que aparece en la lista de abajo. Si deseara leer otro que no aparece aquí, pida la aprobación de su maestro o guía consejero.

1. Cómo nos llegó la Biblia, de Ralph Earle
2. Conozca los Profetas Mayores, de Ralph Earle
3. Conozca su Antiguo Testamento, de W.T. Purkiser
4. Conozca los Profetas, de Ralph Earle
5. Salmos, de Ivan A. Beals

INSTRUCCIONES

1. Lea el libro y anote las preguntas que aparecen al final de cada capítulo (si las hay), o bien, las preguntas que le vengan a la mente durante la lectura.
2. Escriba un resumen de media página de cada capítulo del libro.
3. Escriba en una página su opinión del libro, indicando si está de acuerdo o no con el mismo.
4. Al final del curso, envíele al maestro todos los componentes del Informe de Lectura, junto con el examen final y el Informe de Actividades.

FUENTE

Casa Nazarena De Publicaciones
P.O. Box 419527
Kansas City, MO 64141, USA

HORARIO DEL CURSO

- Lección 1 Introducción al Antiguo Testamento**
Lea las Notas de la Lección 1
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 1
- Lección 2 El Pentateuco (Génesis)**
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 1
Lea Génesis
Lea las Notas de la Lección 2
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 2
- Lección 3 El Pentateuco (Éxodo)**
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 2
Lea Éxodo
Lea las Notas de la Lección 3
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 3
- Lección 4 El Pentateuco (Levítico, Números, Deuteronomio)**
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 3
Lea Levítico, Números y Deuteronomio
Lea las Notas de la Lección 4
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 4
- Lección 5 La conquista de Canaán (Josué, Jueces, Rut)**
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 4
Lea Josué, Jueces y Rut
Lea las Notas de la Lección 5
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 5
- Lección 6 Los reyes y sus reinos (1º y 2º de Samuel)**
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 5
Lea 1º y 2º de Samuel
Lea las Notas de la Lección 6
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 6
- Lección 7 Los reyes y sus reinos (1º y 2º de Reyes)**
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 6
Lea 1º y 2º de Reyes
Lea las Notas de la Lección 7
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 7
- Lección 8 Los reyes y sus reinos (1º y 2º de Crónicas)**
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 7
Lea 1º y 2º de Crónicas

Lea las Notas de la Lección 8
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 8

Lección 9 El retorno y la restauración (Esdras, Nehemías, Ester)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 8
Lea Esdras, Nehemías y Ester
Lea las Notas de la Lección 9
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 9

Lección 10 Los poetas y filósofos (Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 9
Lea Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los Cantares
Lea las Notas de la Lección 10
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 10

Lección 11 Los profetas mayores (Isaías)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 10
Lea Isaías
Lea las Notas de la Lección 11
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 11

Lección 12 Los profetas mayores (Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 11
Lea Jeremías, Lamentaciones y Ezequiel
Lea las Notas de la Lección 12
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 12

Lección 13 Los profetas mayores (Daniel)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 12
Lea Daniel
Lea las Notas de la Lección 13
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 13

Lección 14 Los profetas menores (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 13
Lea Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás y Miqueas
Lea las Notas de la Lección 14
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 14

Lección 15 Los profetas menores (Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías, Malaquías)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 14
Lea Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías
Lea las Notas de la Lección 15
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 15

INFORME DE ACTIVIDADES

Completado el:

- | | | |
|------------------|--|----------------------------------|
| Lección 1 | Introducción al Antiguo Testamento
Lea las Notas de la Lección 1
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 1 | _____
_____ |
| Lección 2 | El Pentateuco (Génesis)
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 1
Lea Génesis
Lea las Notas de la Lección 2
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 2 | _____

_____ |
| Lección 3 | El Pentateuco (Éxodo)
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 2
Lea Éxodo
Lea las Notas de la Lección 3
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 3 | _____

_____ |
| Lección 4 | El Pentateuco (Levítico, Números, Deuteronomio)
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 3
Lea Levítico, Números y Deuteronomio
Lea las Notas de la Lección 4
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 4 | _____

_____ |
| Lección 5 | La conquista de Canaán (Josué, Jueces, Rut)
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 4
Lea Josué, Jueces y Rut
Lea las Notas de la Lección 5
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 5 | _____

_____ |
| Lección 6 | Los reyes y sus reinos (1º y 2º de Samuel)
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 5
Lea 1º y 2º de Samuel
Lea las Notas de la Lección 6
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 6 | _____

_____ |
| Lección 7 | Los reyes y sus reinos (1º y 2º de Reyes)
Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 6
Lea 1º y 2º de Reyes
Lea las Notas de la Lección 7
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 7 | _____

_____ |
| Lección 8 | Los reyes y sus reinos (1º y 2º de Crónicas) | _____ |

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 7
Lea 1° y 2° de Crónicas
Lea las Notas de la Lección 8
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 8

Lección 9 El retorno y la restauración (Esdras, Nehemías, Ester)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 8
Lea Esdras, Nehemías y Ester
Lea las Notas de la Lección 9
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 9

Lección 10 Los poetas y filósofos (Job, Salmos, Proverbios, Cantar de los Cantares)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 9
Lea Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés y Cantares
Lea las Notas de la Lección 10
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 10

Lección 11 Los profetas mayores (Isaías)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 10
Lea Isaías
Lea las Notas de la Lección 11
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 11

Lección 12 Los profetas mayores (Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 11
Lea Jeremías, Lamentaciones y Ezequiel
Lea las Notas de la Lección 12
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 12

Lección 13 Los profetas mayores (Daniel)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 12
Lea Daniel
Lea las Notas de la Lección 13
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 13

Lección 14 Los profetas menores (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 13
Lea Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás y Miqueas
Lea las Notas de la Lección 14
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 14

Lección 15 Los profetas menores (Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías, Malaquías)

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 14
Lea Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y

Malaquías

Lea las Notas de la Lección 15

Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 15

Revise las respuestas de las preguntas de la Lección 15

LECCIÓN 1: INTRODUCCIÓN AL ANTIGUO TESTAMENTO

La Santa Biblia no se parece a ningún otro libro del mundo. Este libro es el único que, de sí mismo dice ser la revelación escrita del único Dios verdadero, escrito para la salvación del hombre y para demostrar la autoridad divina con muchas pruebas infalibles. Los documentos de otras religiones pueden afirmar ser palabra de Dios, pero no contienen en sí mismos pruebas autenticadoras como las que posee la Biblia. Puesto que registra la santa voluntad de Dios para el hombre, la Biblia es vitalmente importante para comprender bien el verdadero significado de las revelaciones que contiene. Su propósito es transmitir el plan redentor de Dios para la raza humana: llevar a los seres humanos a Cristo, hacerlos santos y prepararlos para el cielo. El gran tema que corre a lo largo de este Libro de Libros es la historia de la redención, tal como fue concebida en la mente de Dios, realizada mediante el corazón quebrantado de Cristo y transmitida por la obra y voluntad del Espíritu Santo. El pecado humano y el amor divino se encontraron en la gracia redentora. La Biblia es una biblioteca divina de maravillosa variedad. Los hombres por sí solos jamás han logrado una obra así. La Biblia es la misma Palabra de Dios. Es una biblioteca de sesenta y seis libros, escritos a lo largo de quince siglos por más de cuarenta autores diferentes. Entre estos autores hubo profetas, reyes, sacerdotes, guerreros, agricultores, abogados eclesiásticos, recaudadores de impuestos, pescadores y maestros. La Biblia es un libro de asombrosa variedad que incluye desde bellas historias de amor hasta intrigas políticas. Hay historias que nos hielan la sangre de terror y pasajes poéticos que nos elevan a las alturas. Hay sencillos eventos diarios, como también tramas intensas y complejas, pasajes crípticos llenos de símbolos extraños y alegorías que son difíciles de comprender. Pero pese a esta variedad se percibe un único tema coherente, que hace de la Biblia una obra mayor que cualquier otra. A lo largo de un vasto período de tiempo, estos escritores produjeron un libro que habla de un único mensaje, cuenta una única historia, se mueve hacia un único punto y dirige nuestra mirada hacia una única Persona. Los hombres jamás han podido tomar al azar una colección de escritos, unirlos en un mismo tomo y esperar que entre todos desarrollen un tema que esté remotamente relacionado. Una tarea sí es simplemente imposible. Esto fortalece nuestra confianza en que la Biblia es la Palabra de Dios. Nuestra Biblia fue escrita por hombres movidos por el Espíritu Santo. En Éxodo 20:1, Moisés nos dice: “Y habló Dios todas estas palabras”. Y en el Nuevo Testamento, Pedro escribió que los corazones devotos escucharon y escribieron “siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21).

Los sesenta y seis libros de la Biblia se dividen en dos grandes segmentos, conocidos como el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. El término “testamento” significa “pacto”, lo cual significa que el Antiguo Testamento es el viejo pacto, y los escritos cristianos del Nuevo Testamento son el nuevo pacto. Pero en realidad, ambas mitades de la Biblia no se pueden separar, ya que tratan sobre un único tema. Ninguna parte puede ser eliminada sin destruir algo verdaderamente vital de la totalidad. El Antiguo Testamento está incompleto sin el Nuevo, y el Nuevo Testamento necesita el cimiento del Antiguo. Como se dijo en otros tiempos: “El Nuevo Testamento se esconde en el Antiguo, y el Antiguo Testamento se revela en el Nuevo”. La Cruz redentora está en el centro de la Biblia. Todo el Antiguo Testamento y los Evangelios vuelcan su mirada sobre ella. Todo el Nuevo Testamento, después de los Evangelios, vuelve la mirada hacia atrás a ella, pues es la base suprema de la fe y la confianza. La disposición de los libros de la Biblia, tal como la conocemos ahora, es tanto cronológica como lógica. Hay treinta y nueve libros en el Antiguo Testamento y veintisiete en

el Nuevo. Los treinta y nueve del Antiguo Testamento se dividen en cinco secciones: (1) El Pentateuco—los cinco libros de Moisés, también conocidos como la Ley [Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio]; (2) los libros históricos—los libros de los reyes y sus reinados, que van desde el período del gobierno tribal [Josué, Jueces y Rut] hasta el surgimiento y caída de la monarquía [1° y 2° de Samuel, 1° y 2° de Reyes y 1° y 2° de Crónicas] y el retorno del exilio [Esdras, Nehemías y Ester]; (3) los libros poéticos y sapienciales [Job, Salmos, Proverbios y Cantar de los Cantares]; (4) los profetas mayores [Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel y Daniel]; y (5) los profetas menores [Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías]. En el Nuevo Testamento encontramos un patrón parecido, el cual desarrollamos más ampliamente en el curso del Nuevo Testamento. Pero en resumen, el Nuevo Testamento se divide en tres partes: (1) Los libros históricos—Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y Hechos; (2) las epístolas—las epístolas de Pablo (Romanos, 1 y 2 de Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 de Tesalonicenses, Tito y Filemón) y las epístolas generales (Hebreos, Santiago, 1 y 2 de Pedro, 1, 2 y 3 de Juan, y Judas); y (3) el libro profético de Apocalipsis. Es interesante notar el paralelismo entre el Antiguo y Nuevo Testamentos: (1) Hay eventos históricos, que el Antiguo Testamento menciona en el Pentateuco y el Nuevo en los Evangelios y Hechos; (2) hay interpretación y aplicación, que el Antiguo Testamento revela en los libros poéticos y sapienciales y el Nuevo Testamento en las epístolas paulinas y generales; y (3) hay profecía, que el Antiguo Testamento muestra en los profetas mayores y menores, y el Nuevo Testamento en Apocalipsis.

Las Escrituras que usaron Jesús y los apóstoles son lo que hoy conocemos como el Antiguo Testamento. Este hecho, por sí solo, demuestra la importancia del Antiguo Testamento. Se cita directamente más de 250 veces en el Nuevo Testamento. Los teólogos han hecho una lista de 1,603 citas, referencias y alusiones que vinculan el Nuevo Testamento con el Antiguo. A lo largo del Antiguo Testamento hay profecías de Cristo y Su venida. El libro de Isaías es el que se usa con mayor frecuencia y se menciona 308 veces en total en el Nuevo Testamento. El segundo lugar lo ocupan los Salmos, con 303 citas. Desde Génesis hasta Malaquías, las Escrituras predijeron la venida del Mesías.

¿Cómo llegó a conformarse el Antiguo Testamento? ¿Cómo se decidió cuáles escrituras habían de ser incluidas o excluidas en el canon oficial? Los escritos de la época de del Antiguo Testamento se dividen en tres grandes grupos: (1) el canon, (2) los apócrifos y (3) los pseudoepigrafcos.

- 1) El término “canon” viene del griego y originalmente significaba “medida”. Más tarde se utilizó para referirse a un estándar o regla que se reconocía como autoridad final. Por tanto, el canon comprende todos aquellos libros que se consideran como los únicos mensajes autorizados de Dios para la raza humana. El canon de la Escritura es una lista de libros que se midieron con un estándar válido de inspiración, y esos libros son, a su vez, la regla y el estándar que miden a los seres humanos y sus acciones. Son, además, la autoridad que guía la fe, la doctrina y la práctica del pueblo de Dios. La inclusión en el canon significa que se reconoce que el libro fue inspirado por Dios. Por tanto, las Escrituras son el producto de un doble proceso: primero, la producción del libro fue inspirado por el Espíritu Santo, y segundo, la actividad del Espíritu Santo hace que ese libro sea reconocido.
- 2) Los libros apócrifos del Antiguo Testamento son catorce y su condición y valor han sido debatidos por mucho tiempo. El Nuevo Testamento omite consistentemente toda cita directa de

los libros apócrifos como escrituras inspiradas. La Iglesia Católica Romana vaciló en aceptar la opinión de Jerónimo, que los rechazó por no considerarlos inspirados, y al final incluyó once de esos libros. Los protestantes, por otro lado, desde la Reforma, han rechazado unánimemente la inspiración de los libros apócrifos, aunque admiten que tienen valor por su información histórica y como lectura devocional.

- 3) Los libros pseudoepigráficos son una serie de documentos escritos en la misma época de los apócrifos, pero difieren de éstos en que supuestamente fueron escritos por hombres muy conocidos de la antigüedad. El nombre significa “falsos escritos” y nadie ha afirmado que estos libros tengan un lugar dentro del canon. La mayoría de estos libros son de naturaleza apocalíptica.

¿Por qué debemos estudiar la Biblia?

Casi todos los que estudian la Biblia se acercan con verdadero interés y anticipación pues saben que los tesoros del entendimiento y la devoción han hecho de la Biblia el libro más grande del mundo. Estudiar el Antiguo Testamento no solo es necesario para comprender el Nuevo Testamento, sino que también hay áreas de influencia en las que los escritores veterotestamentarios han tenido gran impacto.

1. La Biblia como literatura de calidad. La Biblia se puede estudiar por su valor literario. La asombrosa circulación que tiene la Biblia demuestra que ha sido un bestseller a lo largo de los años—se han impreso y distribuido más de un millón de copias. La Biblia completa ha sido traducida a 38 idiomas; 891 lenguas tienen al menos una porción de ella traducida, y 672 están actualmente en proceso de obtener una traducción. Aunque esto parezca asombroso, todavía hay unas 4,215 lenguas en el mundo que no tienen traducción de las Escrituras. La literatura está llena de alusiones bíblicas y tanto escritores como políticos citan las Escrituras.
2. La Biblia como historia. El conocimiento actual de los inicios de la vida humana ha aumentado mucho con los descubrimientos de los arqueólogos, quienes con su paciente estudio de los hallazgos enterrados han develado nuevos mundos ante nuestros ojos. La Biblia tiene un doble valor para el historiador: por un lado preserva datos históricos de valor incontable, y por otro, estimula la incesante búsqueda de los orígenes de la cultura humana más primitiva.
3. La influencia de la Biblia en la civilización. La Biblia y Dios han influido en la civilización, la ciencia y la ley, incluyendo la medicina. Todas las formas de arte han sido influenciadas por este Libro de Libros. La arquitectura, la escultura, la pintura y la música, con sus grandes himnos y oratorios, han recibido la influencia de la Biblia.
4. La Biblia como norma para la filosofía y la ética. El estudiante actual debe tomar seriamente en cuenta la Biblia por sus reconocidos valores filosóficos y éticos, ya que presenta una visión de la vida—sus orígenes, significado y destino—que no tiene igual y muy pocos rivales serios.
5. La Biblia y la educación general. La educación general busca descubrir y preservar aquellos elementos de la cultura que deben formar parte de la experiencia de una persona culta, sin importar cuál sea su vocación o profesión. La necesidad de contar con una amplia base cultural, así como destrezas técnicas, es algo que ha ido en aumento en la era moderna. La educación

general enfatiza la necesidad de educar a los jóvenes no sólo como hombres y mujeres, sino también como ministros, doctores, abogados, ingenieros, maestros y empresarios. El conocimiento de la Biblia adquiere gran importancia y un estudio serio de las Escrituras sirve para todas las áreas, porque ayuda y contribuye a comprender la historia, la literatura, el arte, la ética, la psicología, la filosofía, la sociología, la geografía y muchas otras áreas del conocimiento.

6. La Biblia y la religión. El valor más grande del estudio bíblico es su significado religioso y espiritual. Es la fuente y el inicio tanto del judaísmo como del cristianismo. La Biblia se considera más que un libro religioso. Es un libro redentor. La religión, en su sentido más amplio, es la búsqueda del ser humano de una relación correcta con Dios. La revelación es la comunicación de Dios con el ser humano. La redención es el encuentro entre Dios y el hombre por medio de la Persona central de la Biblia, el Dios-Hombre llamado Jesucristo.

La inspiración de la Biblia

La principal afirmación sobre la Biblia es que sus escritos fueron inspirados. La naturaleza de la Biblia como revelación suprema de Dios hacia el hombre depende de eso que llamamos “inspiración”. En 2 Timoteo 3:16-17 leemos: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. Los conservadores, especialmente los de la tradición wesleyana, creen en la inspiración verbal plenaria de las Escrituras. Esto significa que Dios ayudó a los escritores de las Escrituras de tal forma que lo que escribieron es totalmente confiable.

- 1) El significado de la revelación. El término “revelación” incluye todas las formas en que Dios se ha dado a conocer a los seres humanos. La revelación supremamente perfecta de Dios la vemos en la persona de Su único y unigénito Hijo, conocido como la Palabra.
- 2) El significado de la inspiración. El método por el que quedó registrada la revelación de Dios se conoce en la doctrina cristiana como “inspiración”. “Inspirar” significa literalmente “soplar dentro de”. La doctrina cristiana de la inspiración afirma que Dios les impartió verdad a hombres escogidos, verdad que no habrían conocido de otra manera, y que por Su control providencial en la formación del “canon”, Dios respalda aquello que quedó escrito. La inspiración ha sido definida como la acción del Espíritu Santo sobre los escritores de la Biblia para que sus escritos expresen la voluntad de Dios. Hay tres aspectos de la inspiración que dejan en claro que ésta es posible. El primero es la superintendencia, que es la guía del Espíritu Santo para que los escritos de los hombres escogidos no contengan error. El segundo es la elevación, según la cual las personas que reciben la revelación comprenden más y con más detalle. El tercero es la sugestión, por la cual los hombres reciben pensamientos e incluso palabras en forma directa del Espíritu Santo. La Biblia misma habla con autoridad absoluta, lo cual es la prueba más convincente de su inspiración.

Conclusión

El Antiguo Testamento fue escrito en hebreo y arameo, además de otras lenguas semitas relacionadas (árabe, asirio, fenicio, ugarítico y sirio), lo cual nos permite comprender el significado de las palabras que usa el texto bíblico. Para los autores del Nuevo Testamento, los libros del

Antiguo Testamento (la Ley y los Profetas) eran una sola composición (la Escritura), y el autor era en última instancia Dios mismo, aunque había utilizado a escritores humanos que escribieron Su verdad bajo Su infalible guía. Los apóstoles entendían que lo importante era la intención del Autor divino de las Escrituras hebreas, y que la intención del autor humano se subordinaba a Dios. Es más, el autor humano de la profecía del Antiguo Testamento quizás ni comprendía el significado pleno de lo que estaba escribiendo, aunque por sus palabras reales estuviera expresando el propósito del divino Autor que lo estaba inspirando. Para los escritores del Nuevo Testamento todas las Escrituras hebreas dieron testimonio de Jesucristo, el Hombre perfecto que cumplió toda la Ley, que fue Sacrificio y Sumo Sacerdote de las ordenanzas rituales, y quien fue el Profeta, el Sacerdote y el Rey de quien habían hablado los profetas, el Amante descrito en los libros poéticos. Vieron la importancia profética incluso en los eventos históricos registrados en el Antiguo Testamento. Las Escrituras hebreas fueron la semilla y la planta de la cual el Nuevo Testamento es el fruto glorioso. El Antiguo Testamento demuestra que Jesús y Su Iglesia provienen de Dios y son la manifestación del propósito divino; el Nuevo Testamento prueba que las Escrituras hebreas son un organismo integrado y coherente, centrado en un único gran tema y que exhibe un único programa de redención.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 1)

1. ¿Cuál es el propósito de la Biblia?
2. ¿Cuál es el gran tema que corre a lo largo de toda la Biblia?
3. ¿Cuáles son las cinco divisiones del Antiguo Testamento que se reconocen actualmente?
4. ¿Qué es el canon?
5. ¿Cuál es la diferencia entre los libros apócrifos y los pseudoepigráficos?
6. ¿Cuáles son las seis áreas en las que la Biblia ha tenido influencia?
7. ¿Cuál es la principal afirmación cristiana sobre la Biblia?
8. ¿Qué quiere decir inspiración verbal plenaria de las Escrituras?
9. ¿Cuál es la diferencia entre revelación e inspiración?
10. ¿Cuáles son las principales lenguas en las que se escribió el Antiguo Testamento?

LECCIÓN 2: EL PENTATEUCO Génesis

Introducción. Los primeros cinco libros de la Biblia (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) son llamados por los judíos la Torá, que es un término hebreo para indicar “ley” o “enseñanza”. Jesús denominó a estos cinco libros “el libro de Moisés”. Como unidad, estos libros trazan el origen de la tierra y de la humanidad en general, y luego hablan del llamado del pueblo escogido de Dios. Describen el trato de Dios con Israel, la nación que habría de ser el canal por el cual la humanidad llegaría a conocer al único Redentor. El término “Pentateuco” apareció en el tercer siglo después de Cristo y significa “libro de cinco volúmenes”, o un volumen en cinco partes. En estos primeros cinco libros vemos el origen y desarrollo del pueblo escogido, y la manera en que fue capacitado y preparado para entrar a la Tierra Prometida. El Génesis, o base de la nación hebrea, explica el origen en general. El Éxodo, o pacto con la nación hebrea, narra su liberación o “salida” de la esclavitud. El Levítico, o leyes de la nación hebrea, discute la adoración dirigida por los levitas. Números, o camino hacia la Tierra Prometida, muestra su organización y su caminar por el desierto. Deuteronomio, o compendio de leyes de la nación hebrea, habla de la segunda dación de la Ley como preparación para su ingreso a Canaán. Otra forma de decir esto mismo es que los libros del Pentateuco abarcan diferentes tipos de materiales: historia (Génesis), legislación (Éxodo), rituales (Levítico), gobierno (Números) y retórica (Deuteronomio), con muchas combinaciones y traslapes de géneros literarios. Esta historia abarca un extenso período de tiempo—desde la creación del mundo hasta la muerte de Moisés. Este período es más largo que la totalidad del resto de la historia de la Biblia.

Autor. Tradicionalmente, tanto los teólogos judíos como cristianos han dicho que el escritor del Pentateuco fue Moisés. La Biblia misma da testimonio de esto. En el Antiguo Testamento, David se refirió a estos libros como “la ley de Moisés” (1 R. 2:3), y en el Nuevo Testamento Lucas usa el mismo título (Lc. 2:22). Como ya hemos dicho, Jesús también llamó al Pentateuco “el libro de Moisés” (Mc. 12:26). Podemos, entonces, afirmar con autoridad que Moisés fue guiado por el Espíritu Santo para escribir la historia redentora o religiosa “de las primeras cosas”.

Antecedentes. Los cinco libros contienen la historia de los hebreos desde el inicio del mundo hasta la muerte de Moisés, que ocurrió alrededor del año 1400 antes de Cristo. El tema central de los libros es la ley y la relación de pacto entre el pueblo y Dios, Su Creador, Redentor y Consejero. En primer lugar, el Pentateuco contiene los hechos básicos de la revelación divina: la creación del hombre y del universo; la caída del hombre y la provisión de su redención y salvación; la promesa de un Salvador. Los eventos de estos libros inician en Mesopotamia y se mueven hacia Canaán, luego a Egipto y de regreso a Canaán.

Contenido. Cada libro del Pentateuco es digno de un comentario por separado, pero aquí haremos un breve recorrido. El Pentateuco es la primera parte de un relato bíblico en secuencia que abarca la historia desde Génesis hasta el segundo libro de Reyes. En esta primera sección se relacionan los relatos de la creación y la historia primitiva de la humanidad (Gn. 1-11) con los eventos de las vidas de los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y José (Gn. 12-50). La narración del Génesis muestra que

por causa del pecado, el hombre debe abandonar el jardín del Edén, la tierra del paraíso, y llega a Egipto, la tierra de la esclavitud. Las historias se vinculan, a su vez, con los relatos de Moisés, el más grande de los profetas de Israel. Hablan del conflicto con el faraón egipcio (Ex. 1-11), del rescate de los israelitas por el Dios viviente (Ex. 12-15), de la rebelión de los israelitas que los llevó a vagar cuarenta años por el desierto (Ex. 13 – Nm. 21), y de su llegada a las puertas de Canaán, la tierra de la promesa (Nm. 22 – Dt. 34).

GÉNESIS

Introducción. Génesis es el libro de los inicios. Habla del inicio de todo, excepto de Dios. Su título viene del término griego que significa “origen”, “nacimiento” o “existencia”. Si los primeros once capítulos del Génesis se perdieran, el resto de la Biblia sería un rompecabezas. Estos capítulos abarcan un período más largo que la totalidad de la Biblia. Los primeros once capítulos de Génesis abarcan más de dos mil años de historia humana. Los capítulos 12-50 abarcan unos 250 años y narran la vida de cuatro hombres: Abraham, Isaac, Jacob y José.

Autor y fecha. En general, los teólogos judíos y cristianos aceptan a Moisés como el autor de Génesis, libro que abarca desde los inicios hasta aproximadamente el año 1550 antes de Cristo.

Antecedentes. Los eventos de los capítulos 1-11 ocurren en Mesopotamia. Los capítulos 12-38, que narran las vidas de Abraham, Isaac y Jacob, ocurren principalmente en Canaán. La vida de Abraham, sin embargo, inicia en Mesopotamia (Ur y Harán), área que en ese tiempo estaba bajo el dominio del pueblo hurrita. Por tanto, Abraham tenía costumbres hurritas. Jacob vivió también unos veinte años entre el pueblo hurrita (Gn. 31:38). Los tres patriarcas y sus familias vivieron en la época que los historiadores llaman la Edad del Bronce Medio (entre 2200 y 1550 a.C.). Los capítulos 39-50, que hablan de la vida de José, se ubican principalmente en Egipto, también durante la Edad del Bronce Medio.

Propósito. El libro fue escrito para relatar en forma clara y sencilla lo siguiente:

1. El universo y todo lo que contiene, incluyendo la humanidad, fue creado por el único Dios vivo. No se intenta en ningún momento explicar cómo inició Dios mismo. Se supone que Dios no fue creado, porque es eterno.
2. Se nos informa que el hombre y la mujer fueron creados perfectos y sin pecado, y que se les otorgó libre albedrío. Influenciados por otra criatura—la serpiente (Satanás)—hicieron uso de ese libre albedrío y desobedecieron a Dios, su Creador. De esta forma, el pecado, que es la inclinación a hacer lo malo, entró en la naturaleza humana y en lugar de la bendición que Dios había planeado, vino sobre la tierra la maldición.
3. Se detalla el plan de Dios para revertir esa maldición. Para ello, escogió de entre todas las naciones del mundo a un hombre, Abraham, por el cual se reveló a Sí mismo. En respuesta, Abraham escogió ser siervo de Dios. Por medio de Abraham y sus descendientes, Dios inició Su plan de salvación para toda la humanidad. Este plan culminaría en Jesucristo, el Hijo de Dios, que habría de nacer como ser humano y como descendiente de Abraham.

Contenido. El contenido de Génesis se divide en forma natural en tres grandes secciones: (1) el himno de la creación (1:1—2:3), (2) la vida humana antes de Abraham (2:4—11:26), y (3) los inicios de la nación hebrea (12:1—50:26).

Génesis 1:1–2:3. El himno de la creación. El primer capítulo de Génesis describe que el hombre fue creado a imagen de Dios, y se le concedió autoconciencia y autodirección, cualidades que hacen al hombre un ser único en toda la creación terrenal. La creación responde la primera pregunta del ser humano: ¿De dónde vengo y ante quién respondo? El primer versículo anuncia sublimemente que hay un Creador inteligente, una gran Primera Causa de todas las cosas, Uno que ha ideado y ordenado todos los asuntos en el cielo y en la tierra. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (v.1). En el capítulo 1, vemos la triple función del ser humano en el planeta: (1) fructificar, multiplicarse y llenar la tierra, (2) someter (o conquistar) la tierra, y (3) tener dominio (control) sobre ella. El capítulo 1 nos da también la primera gran referencia a la Trinidad en la Escritura. En el 1:26 leemos: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”. Todo inicia con Dios. Con la grandeza de la simplicidad, no se da prueba de la existencia de Dios pues Dios no tiene inicio. Él es “de eternidad en eternidad”. (1) Vemos la existencia de este universo como un acto creativo de una persona inteligente y omnipotente—Dios. (2) Hay dos tipos de obra divina: la creación inmediata de la materia, la vida consciente o animal y la personalidad humana. En segundo lugar, hay siete actos formativos descritos como luz cósmica, firmamento, vegetación, sistema solar, vida en las aguas, vida en la tierra, y el organismo físico humano. (3) Estas actividades creativas ocurrieron en el tiempo. En términos conservadores, los seis días de la creación son en realidad días de 24 horas. En los escritos originales, cuando la palabra “yom” es acompañada de un adjetivo (primer día, segundo día, etc.) siempre hace referencia a un período de 24 horas. Por último, en el séptimo día Dios descansa, y de esta forma lo santifica como eterno recordatorio de Su obra completa. La institución del Shabbat es, por tanto, tan antigua como la raza humana, y la primera institución religiosa que se estableció. El propósito del Shabbat es descansar físicamente y adorar a Dios.

Génesis 2:4—3:24. La creación y caída del hombre. El capítulo 2 de Génesis narra las condiciones de la vida primitiva del hombre en el jardín del Edén. En el 2:18 se nos dice: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él”. Eva fue tomada del hombre, hecha para el hombre, traída al hombre y nombrada por el hombre. La institución del matrimonio con su principio inmutable inició en Génesis 2:24: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”. La pareja vivió en el Edén donde Dios plantó árboles que eran deliciosos a la vista y buenos como alimento. Había sólo un árbol, en medio del jardín, cuyo fruto no debían comer. Como el hombre fue creado con libre albedrío, el tentador (el diablo) llegó a él adoptando una forma tangible (una serpiente), y provocó la caída en rebelión contra la voluntad de Dios. Por consiguiente, el pecado entró en la misma fuente de la vida humana, y la naturaleza del hombre quedó manchada completamente por su depravación moral. Eva recibió un doble castigo por su pecado (daría a luz con dolor y su esposo tendría dominio sobre ella). Por causa de su pecado, Adán y Eva fueron expulsados del Edén para siempre y Dios colocó un querubín con una espada brillante a la entrada del Edén para guardar el camino que lleva al árbol de vida.

Génesis 4:1-26. Caín y Abel. Los primeros hijos de Adán y Eva fueron dos varones llamados Caín y Abel. Caín le ofreció a Dios el producto de la tierra y Abel los corderos de su rebaño, pero Dios sólo aceptó la ofrenda de Abel. Los celos y la decepción de Caín provocaron el primer crimen, y la muerte del primero de los hijos de los hombres. Caín y Abel se convirtieron en los modelos típicos de dos formas básicas de religión que han coexistido en el mundo desde entonces. Una es la religión sin sangre, que menosprecia la Cruz y busca hallar el favor de Dios mediante las buenas obras. La otra es aceptar humildemente, por fe, la provisión que Dios hizo según la cual la sangre de Su Hijo sirve para quitar el pecado.

Génesis 5:1-24. Enoc. La historia de la devoción y espiritualidad de Enoc hizo que pudiera entrar a la vida eterna sin tener que pasar por la muerte: “y desapareció, porque le llevó Dios” (Gn. 5:24).

Génesis 5:25—10:32. Noé y el diluvio. Porque el pecado prevaleció, Dios le ordenó a Noé construir una gran arca en la que él, su esposa y sus tres hijos (Sem, Cam y Jafet) junto con sus esposas, se salvarían del gran diluvio que vendría. Luego Dios les prometió que no volvería a destruir la tierra por medio del agua, y les dio el arco iris como señal.

Génesis 11:1-26. La torre de Babel. El hombre primitivo, deseando conservar la unidad, inició la construcción de una torre en Babel, o Babilonia, como se le llegó a conocer después a esta ciudad. Esto le desagradó a Dios y Su rechazo fue diseminar a la gente, lo cual generó la diversidad de idiomas que le dio a esa ciudad el nombre de Babel. Las diferentes características raciales de la humanidad moderna iniciaron con la división de los idiomas. Al emigrar de Babel, las familias y unidades tribales desarrollaron no sólo culturas diferentes, sino también distintas características físicas y biológicas.

En los últimos capítulos de Génesis hallamos la historia de cuatro patriarcas: Abraham, Isaac, Jacob y José.

Génesis 12—14. El llamado de Abram. Abram, hijo de Taré, nació en Ur de Caldea y, llamado por Dios, dejó la casa de su padre y su pueblo y se dirigió a Canaán, deteniéndose en Harán. Este fue el primer llamado de Abram. Taré murió cuando Abram tenía 75 años y en ese momento Dios le hizo el segundo llamado, pidiéndole que dejara Harán y fuera a la tierra que le mostraría. En el 12:2-3 se narra el pacto de Abraham, que tiene cinco partes: (1) Te haré una gran nación; (2) te bendeciré y engrandeceré tu nombre; (3) serás bendición; (4) bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; y (5) en ti todas las familias de la tierra serán benditas (esto refiere al Mesías, que descende del linaje de Abraham).

Génesis 15-20. La promesa. Abram y Sarai no tenían hijos, pero Dios les promete una descendencia tan numerosa como las estrellas de los cielos. Sarai interpreta mal el plan y persuade a Abram para que tome a su sierva Agar como concubina. Ismael, hijo de Agar, llegó a ser el padre de una numerosa tribu del desierto. Ismael es el padre de los hijos actuales de Palestina, que tantos problemas les han causado a los hijos de Isaac desde entonces hasta hoy.

Génesis 21. El nacimiento de Isaac. Finalmente se cumple la promesa y nace Isaac cuando su padre tiene cien años y su madre noventa. El nacimiento de Isaac provoca rivalidad entre Sara y Agar, que lleva a la expulsión del campamento de Agar e Ismael.

Génesis 22-23. La prueba de Abraham. En una prueba, Dios reta la devoción de Abraham, pues le pide que tome a su hijo y vaya al monte de Moria a ofrecerlo en sacrificio. Abraham obedece y en el último instante, Dios mismo provee un carnero para el sacrificio. Recordemos que Moria fue luego el Monte del Calvario, donde fue crucificado Jesucristo.

Génesis 24:1—25:18. El cortejo de Rebeca. Temiendo que Isaac se case con las mujeres del lugar, Abraham envía a su siervo Eliécer a Damasco, de vuelta a su gente, para que le halle una esposa a Isaac. Gracias a la guía de Dios, Eliécer llega a la casa de Labán, pariente de Abraham, donde

conoce a Rebeca, la figura central de una hermosa historia de amor en el Antiguo Testamento.

Génesis 25:19—27:46. Jacob y Esaú. Isaac y Rebeca tienen hijos gemelos que tienen temperamentos muy diferentes. Esaú nace primero, pero como le “vende” su primogenitura a Jacob, la bendición del pacto de Abraham pasa a ser de Jacob. Pero Isaac desea bendecir a su primogénito y no a Jacob. Jacob entonces idea un plan para engañar a Isaac y así recibe también la promesa destinada a Esaú. Por esta causa, Esaú promete matar a Jacob cuando Isaac muera.

Génesis 28-30. Jacob en Padan-aram. Esaú se casa con una mujer de la tierra mientras que Jacob vuelve a Mesopotamia a casarse dentro de la familia de Betuel, padre de Rebeca. Camino a Mesopotamia, Dios se le revela a Jacob y le repite las promesas del pacto que le había dado a Abraham y a Isaac. Al llegar a su destino, Jacob se enamora de Raquel y acuerda trabajar para su padre por siete años en pago por su mano en matrimonio. Cuando pasan los siete años, el padre de Raquel lo engaña y le da como esposa a Lea, su hija mayor. Jacob se ve obligado a trabajar otros siete años por Raquel. Durante su estancia en Padan-aram Jacob tiene once hijos y una hija con sus dos esposas y sus dos concubinas. Estos hijos son los fundadores de las doce tribus de Israel. Raquel muere en el parto de Benjamín.

Génesis 31-36. El retorno a Palestina. Debido a los celos de los hijos de Labán, Jacob deja Padan-aram con su familia y decide regresar a su hogar ancestral en Palestina. Tiene terror ante la idea de volver a ver a Esaú, quien había prometido matarlo. Jacob se detiene en el arroyo Jaboc, esperando que llegue la mañana y allí un hombre (el ángel del Señor) pelea con él por muchas horas. Al acercarse el día, lo bendice y Jacob recibe el nuevo nombre de Israel, así que sus hijos pasan a ser los hijos de Israel. Después de esto, Jacob se reúne con Esaú, su hermano gemelo, y ambos se reconcilian.

Los capítulos restantes de Génesis relatan la historia de José. Las partes importantes de la vida de este patriarca fueron las siguientes: José es amado en forma especial por su padre; es odiado y envidiado por sus hermanos; es vendido por aquellos en quien confía; resiste una gran tentación; otros son bendecidos gracia a su influencia; desde muy joven demuestra tener gran sabiduría; es elevado desde una condición humilde y llega a ser señor de un reino; predice hambruna y juicio sobre la tierra; alimenta a multitudes con los tesoros reales; y muestra un maravilloso espíritu de perdón hacia los que lo habían humillado. Estudiaremos más de cerca los cuatro grandes períodos de al vida de José.

Génesis 37:1-20. El soñador. Nacido en Harán, a finales del siglo 18 antes de Cristo, José fue el hijo mayor de Raquel, la esposa favorita de Jacob. Jacob mostró desde muy niño tener un carácter sensible y espiritual y revela haber tenido sueños que le dan autoridad sobre sus hermanos. El odio de sus hermanos se agudiza y finalmente, cuando aparece la oportunidad, deciden deshacerse del joven y de sus atribulados sueños.

Génesis 37:21-36, 39:1—40:23. El hombre traicionado. Cuando José llega al lugar donde sus hermanos cuidan de las ovejas, éstos deciden matarlo, pero Rubén, el hermano mayor, persuade al resto de que no lo maten sino que lo lancen en un pozo seco, pues es su plan volver luego y sacarlo. Sin embargo, los hermanos ven una caravana de mercaderes que van rumbo a Egipto y venden a José como esclavo. José tiene sólo diecisiete años en ese momento. Para esconder su crimen, toman la túnica de colores que le había hecho Jacob, la sumergen en sangre y se la llevan de vuelta a su padre.

José es llevado a Egipto y vendido a Potifar, capitán de la guardia del faraón. La esposa de Potifar trata de seducir a José y como no lo logra, miente sobre él para que su esposo lo meta en prisión. En prisión hay dos oficiales del faraón que tienen sueños extraños. José los interpreta y las profecías se hacen realidad: el copero vuelve a su condición previa y el panadero es llevado a la muerte.

Génesis 41-48. El gobernante. Aunque el copero le había prometido a José recordarlo cuando fuera liberado, rápidamente olvida al joven esclavo, de manera que José sigue cautivo dos años más. Al final de este tiempo, el faraón mismo tiene dos sueños extraños que nadie puede interpretar. El copero recuerda entonces su propia experiencia y la exactitud de la interpretación de José. Faraón envía de inmediato por José. Los sueños del faraón tienen el mismo significado: siete años de plenitud sin precedentes seguidos por siete años de grave hambruna. El consejo de José es que se nombre a un administrador que compre y guarde todo lo que sobre durante los siete años de plenitud, y que controle la distribución de estos suministros cuando venga la sequía. El faraón lo nombra a él para ese puesto. Tras trece años de prueba, José es puesto al lado del faraón en autoridad. Se casa con Asenat, la hija del sacerdote de On y tiene dos hijos llamados Manasés y Efraín. En este momento, José tiene treinta años de edad.

Cuando los siete años de hambruna llegaron a la tierra de Egipto, José abre las bodegas primero para los egipcios y luego para las naciones vecinas. Entre esas naciones está la tierra de Palestina desde donde Jacob envía a sus diez hijos mayores a comprar grano en Egipto. Sólo Benjamín queda en casa. Cuando los hermanos llegan ante José en Egipto, éste los reconoce pero ellos no a él. Para probarlos los acusa de ser espías de Canaán, y de esa forma se entera que su padre y Benjamín viven aún. Los retiene por tres días y luego los deja ir conservando a Simeón como rehén para que regresen luego con Benjamín. Por su parte, Rubén, aunque no reconoce a José, les recuerda a sus hermanos que están cosechando de sus antiguos pecados contra José. Cuando los hermanos llegan a casa, hallan que el dinero que habían llevado para comprar el grano está aún dentro de sus sacos. José se consterna grandemente al saber que Rubén está cautivo, pero no desea dejarlos volver y llevarse a Benjamín. Sin embargo, cuando la comida vuelve a escasear, Jacob les pide a sus nueve hijos que vuelvan a Egipto por más grano, pero ellos le recuerdan que no pueden regresar sin Benjamín. Esta segunda vez llevan ofrendas en forma de nueces, especias, miel y bálsamo, además del doble de dinero. José los invita a cenar con él y cuando están por irse, el mayordomo de José vuelve a poner el dinero en cada saco y en el de Benjamín coloca además, una copa de plata, parte del tesoro real. A la siguiente mañana, el mayordomo recibe instrucciones de apresar a los israelitas fuera de la ciudad y acusarlos de robarse la copa de plata que se halla en el saco de Benjamín. Judá le suplica a José que lo retenga a él en lugar de su hermano menor, porque eso sería demasiado para su padre. Esta súplica es más de lo que José puede soportar. José manda que todos, excepto sus hermanos, salgan del cuarto y vemos la memorable escena en la que José se revela a sus once hermanos. Besa a Benjamín y luego a los otros, llora con todos y los perdona. Con la ayuda del faraón, envía tesoros de Egipto al anciano patriarca y manda carruajes para que lo trasladen con todas sus posesiones a Egipto. Jacob no cree las nuevas que le dan sus hijos. Se detiene en Beerseba y le ofrece sacrificio a Dios, quien le dice que “no tema de descender a Egipto”, pues allí su gente se convertirá en una gran nación y Jacob volverá a ver a José. José dirige a su padre y su familia hacia Gosén, en la parte este de la fértil tierra del río, al norte de Egipto. José le pide a su padre que, al presentarlo al faraón, solicite esa parte de la tierra para habitarla, puesto que es apta para criar ganado y no generará prejuicio religioso entre los egipcios, para quienes el ganado era sagrado. Génesis 49-50. El profeta. Jacob vivió diecisiete años más en Egipto y antes de morir llamó a sus doce hijos para profetizar sobre el futuro que tendrían sus descendientes. Tres profecías llaman la

atención. Rubén, el mayor, era inestable y no sobresaldría. Judá, que había salvado la vida de José, sería el ancestro del Redentor: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh” (49:10). A José Dios le seguiría dispensando un favor especial. En Egipto, los doce hijos de Jacob, liderando las doce tribus de Israel, llegaron a ser un pueblo aparte, una comunidad de pacto que Dios capacitó para ocupar la Tierra Prometida. La última petición de Jacob fue ser enterrado en el sepulcro ancestral en Macpela, cerca de Efrón, lo cual cumplieron José y sus hermanos con las ceremonias apropiadas. Luego de la muerte de su padre, los hermanos creyeron que José se vengaría de ellos por la forma en que lo habían tratado. Pero José los consoló y les habló amablemente, usando maravillosas palabras de perdón (Gn. 50:19-20): “No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo”. José vivió cincuenta y tres años más que su padre y al morir profetizó que los israelitas regresarían a la tierra que Dios les había dado a sus padres. Su última petición fue que llevaran sus huesos cuando salieran de Egipto. Este deseo se realizó y los restos de José fueron enterrados cerca de Siquem, en el centro de Palestina. Los hebreos vivieron en Egipto más de 400 años y su esclavitud le fue anunciada a Abraham en Génesis 15:13-16.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 2)

- 1) ¿Cuál es el nombre de los primeros cinco libros de la Biblia, qué significa ese nombre y cómo lo llamó Jesús?
- 2) ¿Quién es el autor de los primeros cinco libros de la Biblia y qué lo valida?
- 3) ¿Cuánto tiempo abarcan los primeros cinco libros?
- 4) Según Génesis 1, ¿cuál es la función tripartita del ser humano?
- 5) ¿Cuál fue la primera institución religiosa que se estableció y con qué fin fue instituida?
- 6) ¿Cuál fue el doble castigo por el pecado de Eva?
- 7) ¿Cuáles son los cuatro patriarcas cuyas historias leemos en Génesis?
- 8) ¿Cuáles son las cinco partes del pacto de Abraham?
- 9) ¿Cómo probó Dios la devoción de Abraham?
- 10) ¿Quiénes fueron los líderes de las doce tribus de Israel?

LECCIÓN 3: EL PENTATEUCO Éxodo

Introducción. En muchas formas, los sesenta y seis libros de la Biblia revelan el tema más importante de este segundo libro del Pentateuco, a saber, la redención, la liberación de la esclavitud. Hubo grandes cambios durante los 350 años que pasaron entre los últimos capítulos del Génesis y el primer capítulo del Éxodo. La familia de Jacob llegó a Egipto cuando la tierra era gobernada por reyes que eran amigos de los pastores. Pero luego los egipcios expulsaron a estos reyes e iniciaron una nueva dinastía. Como lo dice Éxodo 1:8: “Se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José”. Este rey se sintió amenazado por el aumento de la población israelita dentro de su territorio, lo cual consideró como asunto de seguridad nacional. La nueva política egipcia hacia los hebreos se tornó opresiva, en un intento de destruir su espíritu y fuerza física por medio del trabajo forzado. Fueron hechos esclavos, forzados a trabajar sin recibir paga y todos los niños varones que nacían debían ser lanzados al Nilo.

Autor y fecha. Al igual que los otros libros del Pentateuco, se considera que Moisés fue el autor de Éxodo y que el éxodo en sí ocurrió aproximadamente en el año 1450 antes de Cristo.

Antecedentes. Génesis concluyó nefastamente. José murió, fue embalsamado y colocado en un ataúd en Egipto. En cierto sentido, Egipto pasó a ser también un ataúd para los descendientes de José. Estaban vivos pero no tenían libertad. Se multiplicaban pero no podían moverse. Durante este período, la fuerza divina parecía haber enmudecido y el brazo de Dios estaba quieto.

Propósito. En los tiempos finales del Antiguo Testamento se enfatizaba más la liberación divina de los descendientes de Abraham en Egipto, que el llamado de Dios a Abraham de Ur. Los dramáticos eventos de liberación eran una prueba eterna de que los israelitas eran el pueblo de Dios. El Éxodo sirvió de modelo para las siguientes generaciones para entender cómo es Dios, y cuál había sido su proceso de formación espiritual desde la redención hasta la adoración.

Contenido. Moisés, el libertador del pueblo de Israel, nació en 1526 antes de Cristo. Su vida se divide en tres períodos de cuarenta años cada uno: (1) cuarenta años en Egipto como hijo de la hija del faraón; (2) cuarenta años en Madián; y (3) cuarenta años desde Egipto hasta el cruce del Jordán. Moisés fue hijo de Amram y Jocabed, ambos de la tribu de Leví. Moisés tuvo dos hermanos mayores llamados Aarón y Miriam. Cuando el faraón ordenó que todos los niños varones fueran lanzados al Nilo, Jocabed escondió a Moisés por tres meses. Cuando esto ya no fue posible, lo colocó en una cesta a prueba de agua “en un carrizal a la orilla del río”. Su hermana Miriam estaba cerca cuando vio a la hija del faraón llegar a la orilla del río y descubrir al infante. El bebé lloró y la princesa tuvo compasión de él. Aceptó el inteligente ofrecimiento de Miriam de buscarle aya hebrea al niño, así que Miriam corrió a buscar a Jocabed.

Éxodo 2:1-15. El hijo de la hija del faraón. Moisés estuvo con su madre biológica hasta que fue destetado. Dios y la madre del niño procuraron que su corazón siguiera siendo hebreo y fiel a su pueblo y al único Dios verdadero. Un día Moisés liberaría a los hebreos de la amarga opresión de sus

amos egipcios y los llevaría a libertad en una tierra que sería propia. Pero Moisés aún no estaba listo para una tarea tan grande. La Biblia no habla mucho de los detalles de los treinta y ocho años que Moisés pasó capacitándose como hijo de la hija del faraón. Fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios. En ese tiempo, la civilización egipcia no tenía rival en ninguna parte del mundo. El futuro dador de la ley no podría haber hallado mejor entorno que el palacio del faraón de Egipto para ser capacitado en asuntos de estado. Es claro que Moisés, aunque no era el heredero al trono, fue al menos preparado para ocupar un puesto importante en el liderazgo del estado egipcio. Pero a pesar de todas las ventajas de la corte, Moisés jamás olvidó su propio pueblo. Su corazón ya estaba levemente consciente del liderazgo que llegaría a ocupar entre los hebreos. Alrededor de los cuarenta años, hizo un viaje a Gosén para supervisar la condición de su gente. Al instante fue impactado por la degradante manera en que eran tratados los hebreos. Fue testigo de la brutalidad de un guarda egipcio hacia un infortunado hijo de Abraham, y como no vio a nadie cerca, mató al egipcio y enterró su cuerpo en la arena. Aparentemente ni Moisés ni el pueblo hebreo estaban listos para lo que Dios había planeado para ellos, porque al siguiente día, cuando Moisés quiso mediar en una disputa entre dos israelitas, uno de ellos lo interpeló burlonamente: “¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio?” (2:14) Así supo Moisés que no gozaba de la confianza de la gente a la que quería ayudar y también, que faraón lo buscaba para matarlo. De inmediato, huyó de Egipto hacia la tierra de Madián, más allá del Mar Rojo.

Éxodo 2:15—4:31. Exilio en Madián. Al llegar a la tierra de Madián, Moisés se sentó al lado de un pozo al cual llegaron las siete hijas del sacerdote Jetro para abreviar a sus rebaños. Unos pastores beduinos trataron de alejar a las hermanas, pero Moisés intervino y los detuvo. Cuando el sacerdote supo de este acto de bondad, Moisés halló refugio en su casa. Allí llegó a ser pastor de rebaños y luego se casó con Séfora, una de las hijas de Jetro. Moisés había sido entrenado como hijo de la hija del faraón y había recibido toda la sabiduría egipcia y preparación para el liderazgo político. La tierra madianita en la que estaba ahora, se ubicaba en la vecindad del escarpado Sinaí, donde Moisés habría de pasar los siguientes cuarenta años de su vida. Allí estudió las costumbres de las tribus beduinas, con las que habría de lidiar más tarde. Recibió instrucción invaluable para el liderazgo moral y religioso de la nación que lideraría en el futuro. Moisés pasó cuarenta años en Madián y llegó a sus ochenta años. Estaba con su rebaño de ovejas en el lado este del monte Sinaí, cuando el Señor se le apareció en Horeb en medio de una zarza ardiente que no se consumía. La voz del Señor lo llamó desde el arbusto y le indicó que regresara a Egipto. Iba a ser enviado al faraón para sacar a los hijos if de Israel de Egipto. Dios renovó el pacto que había hecho con Abraham. Pero Moisés dudó porque pensó que la gente no le creería y porque no era elocuente al hablar. El Señor le prometió que Aarón, su hermano, que era tres años mayor que él, sería su vocero. También le ordenó que tomara su cayado, el cual sería usado para realizar milagros en el proceso de la liberación del pueblo de Israel. Aarón recibió la orden de encontrarse con Moisés en el desierto, y juntos hicieron el recorrido hasta Egipto. Cuando llegaron a Gosén, los líderes de las familias fueron llamadas por Moisés y Aarón, quienes transmitieron el mensaje de Dios y dieron las señales milagrosas. El pueblo adoró y alabó a Dios porque finalmente Él los había visitado.

Éxodo 5:1—15:21. El éxodo. Moisés y Aarón le pidieron al faraón que dejara al pueblo hebreo hacer un viaje de tres días al desierto para ofrecerle sacrificios al Señor su Dios. El faraón rechazó burlonamente la petición y ordenó a los guardias que exigieran más trabajo de los esclavos para que no tuvieran tiempo de planear su libertad. Moisés y Aarón le hicieron tres visitas a faraón para pedirle que liberara al pueblo para que fuera a adorar, pero cada petición fue rechazada. Esto dio inicio a las diez plagas que le sobrevinieron a Egipto por la mano de Dios. Las primeras nueve se

pueden agrupar en tres series, cada una con tres plagas. La primera serie de plagas son (1) el agua que se convierte en sangre, (2) las ranas y (3) los piojos. La segunda serie de plagas son (4) las moscas, (5) la pestilencia en el ganado y (6) las ampollas. Y en la tercera serie están (7) la plaga del granizo, (8) las langostas y (9) la oscuridad. Aarón y Moisés hicieron cada petición con creciente persistencia, pero el obstinado monarca no cedió a las peticiones de los hebreos ni por un instante. El décimo juicio estaba por venir. A medianoche el viento de muerte caería sobre todos los primogénitos, tanto de seres humanos como de animales. Y así fue: a medianoche el Señor aniquiló al primogénito de cada familia egipcia. Justo antes de esta ejecución, los hebreos celebraron la primera ceremonia de Pascua, donde cada familia degolló un cordero de un año y roció con su sangre los dinteles de las puertas. Esta señal indicaba que la casa era de un israelita y la promesa era que el ángel del Señor “pasaría sobre” esa casa y dejaría con vida al primogénito de cada hebreo. Con el terror de los egipcios ante la matanza de sus primogénitos, el pueblo de Israel despojó a los egipcios de joyas, oro y plata, e inició su éxodo. El Señor iba delante de ellos de día en una nube, guiando el camino, y de noche en una columna de fuego para darles luz (v. 13:21). Llegaron a la vera del Mar Rojo y, antes de poder cruzarlo, faraón volvió a cambiar de opinión y mandó a su ejército a perseguirlos. Aunque originalmente sólo fueron sesenta y seis israelitas los que llegaron a Egipto, se ha calculado que de Egipto salieron unos dos o tres millones de personas. Estando a la orilla del mar, los hebreos se encontraron atrapados entre sus enemigos y el mar, pero Moisés les dijo: “No temáis; esta firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver nunca más” (14:13). Cuando Moisés elevó su mano sobre el mar, las aguas se separaron y los israelitas cruzaron por tierra seca hacia el desierto de Shur. Cuando los egipcios los quisieron seguir, sus carruajes y caballos se ahogaron en las aguas. Moisés y los israelitas entonaron un canto de victoria que suele llamarse “el canto de Moisés”.

Éxodo 15:22—19:2. Del Mar Rojo al Sinaí. Luego del milagroso cruce del Mar Rojo, los israelitas vivieron nuevamente como nómadas, tal como antes habían vivido los patriarcas. Hicieron un viaje de tres días hacia el sur “hacia el desierto de Shur”, que estaba hacia la costa noreste del mar. No hallaron agua hasta que llegaron a Mara y allí descubrieron que el agua no era apta para ser bebida. Empezaron los muchos rumores de la gente que tenía poca fe. Sin embargo, las aguas de Mara fueron endulzadas cuando Moisés, siguiendo la guía del Señor, tiró un árbol en ellas. El pueblo luego llegó a Elim, un oasis donde había doce pozos de agua y un huerto de setenta palmeras. Luego de una breve estancia, continuaron hacia el sureste y llegaron al desierto escarpado y montañoso de Sin, que está al sur de Shur a lo largo de la costa. Las provisiones empezaron a faltar y el hambre y la sed los enfrentaron en el desierto arenoso. Dios empezó a darles una provisión diaria para sus necesidades, que era codornices por la noche como carne y maná en las mañanas como pan. Por cuarenta años ese suministro de comida no dejó de faltar. El maná debía ser recogido cada mañana de cada día, y todo lo que sobraba se podría en la noche. La excepción a esto era el maná que se recogía el sexto día, pues no debían recoger maná el séptimo día. Al pasar por el desierto de Sin, los israelitas llegaron a Refidim, un desfiladero que se extendía hasta el Monte Sinaí. En Refidim, el avance del pueblo fue obstaculizado por los descendientes de Amalec, nieto de Esaú, una tribu edomita hostil. Por primera vez se menciona a Josué en la batalla que hubo. Josué y sus guerreros pelearon contra los amalecitas mientras Aarón y Hur sostenían las manos de Moisés en oración. Mientras Moisés mantenía su cayado en alto sobre los ejércitos en pugna, los israelitas ganaban. Cuando se cansaba y dejaba caer sus brazos, vencían los amalecitas. Pero como Aarón y Hur sostuvieron sus pesados brazos, Josué logró al fin derrotar a los guerreros de Amalec y hacerlos retroceder. La lid que comenzó aquí estaba destinada a reaparecer una y otra vez en la historia del pueblo de Israel. Luego de esta victoria, Moisés registró todo lo acontecido en un libro y erigió un

altar a Jehová como memorial. Jetro, el suegro de Moisés vino al desierto a encontrarse con Moisés. Trajo consigo a Séfora, la esposa de Moisés, y a sus dos hijos, Gersón y Eliécer para que visitaran el campamento y reconocieran que “el Señor es mayor que todo otro dios” (18:11). Con gran sabiduría, Jetro le aconsejó a Moisés que nombrara como subalternos a hombres capaces para que lo ayudaran a resolver los asuntos menores de administración y gobierno. Así inició el largo proceso de formar a tan vasto pueblo, que estaba internamente dividido por diferencias personales y de tribu, a fin de que se convirtiera en una nación unida que, bajo el mando de Dios, invadiera y tomara posesión de la tierra celosamente protegida por poderosas tribus. Moisés guió a los israelitas por entre altas montañas hacia el desierto del Sinaí y allí acamparon en la extensa llanura que está en las faldas del “monte de Dios”. Aquí habría de nacer la nación hebrea.

Legislación en el Monte Sinaí. Israel había escapado de la esclavitud física de Egipto, pero había mucho que hacer aún en cuanto a disciplina moral y espiritual. Moisés era el representante de Dios que establecería una relación permanente de pacto entre Dios y la nación hebrea. Esa fue la tarea durante el año que pasaron en Sinaí. En el tercer mes luego del éxodo, Dios llamó a Moisés a la cima del Sinaí. Allí le prometió que haría de Israel una “nación diferente” y luego le pidió al pueblo que se preparara con ceremonias de purificación para recibir la ley. Los cuarenta años que siguieron serían testigos de la transformación de una multitud de ex-esclavos en un pueblo unido en adoración y cultura. En el capítulo 19 el pacto con Abraham y su simiente se renueva con sus descendientes, que ahora son una gran nación. Al pie del monte santo, Israel se compromete para siempre a ser el pueblo santo del Señor, cuya meta es—a diferencia de lo que buscan egoístamente otras naciones— ser sincero y obedecer completamente la voluntad de Dios, caminar en comunión con Él y hacer que Él sea el objeto de su más grande lealtad y amor. “Haremos todo lo que Jehová ha dicho” (v. 8). Hubo abundante gracia en este pacto sinaítico tal como lo había habido en el abrahámico. Todo el cuerpo de la ley que le fue revelada a Moisés y al pueblo a partir de este punto fue un testamento de gracia. Luego de tres días de preparación al pie del Monte Sinaí, Dios reveló Su presencia sobre el monte con grandes señales dispensacionales: truenos, relámpagos y un terremoto que sacudió la montaña. Al pueblo se le prohibió solemnemente pasar más allá de cierto límite, pero Moisés fue llamado a la cima de la montaña para recibir la ley.

Éxodo 20:1-17. **El Decálogo.** Es importante saber que “Dios habló” y conocer qué fue lo que dijo. Además, el pueblo oyó esas palabras. En la Biblia, los Diez Mandamientos son denominados originalmente “las diez palabras” y por eso es también se conocen como el Decálogo, que literalmente significa “diez palabras”. Dios dio esas palabras no como un medio de salvación, porque la gente ya había sido salvada de Egipto, sino como reglas que debían seguir. Puesto que la obediencia era una condición para continuar en el pacto, estas palabras pasaron a ser la base para perseverar como pueblo de Dios. La ley moral fue dada como cimiento de la fe del pueblo de Dios. Los que amaban a Dios guardarían esa ley. La ley moral del Decálogo es básica y expresa la responsabilidad de todos los hombres. Las demás leyes que Israel recibió fueron también obligatorias para ellos. Las leyes sociales y ceremoniales pueden cambiar, pero no así las relaciones fundamentales entre Dios y el hombre, ni las de los hombres entre sí, pues tal como se encuentran en los Diez Mandamientos son eternas. Se ha supuesto comúnmente que los primeros cuatro mandamientos fueron escritos en una tabla y dictan los deberes de un pueblo santo para con un Dios santo: (1) No tendrás otros dioses delante de mí. (2) No te harás imágenes de mí. (3) No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano. (4) Guardarás el sábado como día santo. La segunda tabla incluía los otros seis mandamientos que dictaban los deberes éticos de los hombres para con sus congéneres: (5) Honrarás a padre y madre. (6) No matarás. (7) No cometerás adulterio. (8) No robarás. (9) No

darás falso testimonio. (10) No codiciarás. Es importante notar que en el Nuevo Testamento, Jesús cita en Mateo 22:37-40 la misma distinción entre los deberes para con Dios y los deberes para con los hombres: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primer y más grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se basan toda la ley y los profetas.”

Éxodo 20:18-20. El temor del pueblo. Estar cerca de una montaña ardiente y oír la voz del Dios Altísimo fue una experiencia aterradora para los israelitas. Al ver estas cosas, se echaron para atrás y se mantuvieron lejos. El temor los venció. ¿Es correcto definir que “el temor del Señor” es un “asombro reverente”? La respuesta es no, porque aunque el temor del Señor implica asombro reverente, también implica sentir temor de atraer el juicio de Dios sobre uno. Por causa de este temor, el pueblo le pidió a Moisés que fuera un intermediario. Se dieron cuenta de que no estaban listos para cuestionar el lugar de Moisés como profeta de Dios, tal como habían hecho antes. Moisés les dijo que no temieran, salvo que pecaran contra Dios. Los hijos de Dios no deben temer la providencia divina, pero el temor santo es necesario para lograr reverencia y obediencia.

Éxodo 20:21—23:33. El libro del pacto. La primera parte de la ley divina fue dada en lo que se llamó el Libro del Pacto. Este libro contenía el Decálogo (o Diez Mandamientos), principios básicos de toda moral y religión verdaderas. Esos principios prohibían adorar a otros dioses, hacer ídolos y profanar el nombre de Dios. En ellos se estableció la ley del sábado, la dignidad de los padres, la condición sagrada de la vida humana y la santidad de la familia. El robo, la mentira y la codicia también se condenaban por ser violaciones a la ley fundamental de la moral. Además de estos Diez Mandamientos, el Libro del Pacto contenía los principios morales básicos de la ley. Había restricciones sobre el tipo y duración de esclavitud a la que debían ser sometidos los esclavos hebreos. Se dieron reglas para evitar la crueldad entre los seres humanos y para salvaguardar la reverencia hacia Dios. Vale la pena notar que este código hebreo de leyes respeta y garantiza los derechos de incluso los menos privilegiados y los rechazados. Reconoce el valor de la vida humana a la hora de administrar justicia sobre todos, incluyendo los esclavos, y la retribución en general. Estas reglas eran de carácter puramente civil y carecían del fuerte tono religioso del código bíblico. Finalmente, como un ítem de legislación ceremonial, debían realizarse tres fiestas anuales: (1) La Fiesta de los Panes sin Levadura (Pascua), (2) la Fiesta de los Primeros Frutos (Pentecostés) y (3) la Fiesta de los Tabernáculos (Cosecha). De las siete fiestas anuales que había, todos los varones israelitas adultos estaban obligados a asistir a estas tres fiestas. El Pacto también estableció el tipo de política que debía tener Israel con las siete naciones cananeas. El Señor les dijo: “No harás alianza con ellos ni con sus dioses. En tu tierra no habitarán, no sea que te hagan pecar contra mí sirviendo a sus dioses, porque te será tropiezo” (Ex. 23:32-33).

Éxodo 24:1-18. Ratificación del pacto. Moisés le leyó el Libro del Pacto al pueblo y para ratificar sus términos roció la sangre de un sacrificio sobre el pueblo y sobre al altar que habían construido. El pueblo dijo: “Obedeceremos y haremos todas las cosas que Jehová ha dicho”. Así fue como Israel recibió el Decálogo y el Libro del Pacto. Luego de esta ratificación, Dios dio más instrucciones. A fin de mantener su vida religiosa necesitaban definir la forma de adoración y establecer reglas que abarcaran cosas externas, tales como las personas santas, los lugares santos, los ritos y las ceremonias. Dios le mandó a Moisés que subiera al monte para recibir tablas de piedra y una ley, así como mandamientos escritos por Dios. Los Diez Mandamientos fueron escritos en tablas de piedra por Dios mismo. Cuando Moisés subió, una nube cubrió el monte, lo cual fue considerado como la gloria del Señor. Esta nube de gloria permaneció sobre el monte durante seis días sin que se

escuchara voz alguna. Fueron días para preparar a Moisés antes de entrar directamente a la presencia de Dios. Al séptimo día Dios llamó a Moisés para que entrara en la nube. Allí permaneció Moisés por cuarenta días y cuarenta noches, sin comer, y allí recibió el diseño que tendría el Tabernáculo.

Éxodo 25:1—31:18. El tabernáculo y la adoración. Los materiales del tabernáculo debían ser aportados sólo por los israelitas. Se requerían tres metales: oro, plata y bronce. Se aceptaban tres tipos de pieles: de cabra, de machos cabríos y de tejones o focas. Otros materiales incluían el lino, la madera de acacia, aceite, especias, ónice, y otras piedras preciosas. Los colores debían ser morado, escarlata, azul y blanco. El tabernáculo debía ser una estructura movable de quince metros de largo y cinco de ancho, con una altura de cinco metros también. Aunque el tabernáculo mismo sería luego reemplazado por el templo que Salomón construyó, este plano básico fue el que se utilizó para determinar la estructura más permanente. Dios nombró a Aarón el sumo sacerdote junto con sus hijos Nadab, Abihú, Eleazar e Itamar, para que sirvieran con su padre y lo sucedieran.

Éxodo 32:1—34:35. El pacto se rompe y restaura. La ausencia prolongada de Moisés del campamento produjo desafortunados resultados entre pueblo. Se impacientaron y nombraron representantes para que fueran a Aarón a pedir que les hiciera ídolos y para que instituyera alguna forma de adoración religiosa organizada. Aarón cedió fácilmente a sus demandas y con ornamentos de oro que le trajeron, les hizo una imagen de un becerro. Quizás Aarón pensó que el becerro era sólo un símbolo, porque al día siguiente propuso una fiesta para el Señor. Pero los israelitas dijeron: “¡Israel, estos son tus dioses que te sacaron de la tierra de Egipto!” (Ex. 32:4) Sea cual fuera la intención de Aarón, no logró del todo que siguieran adorando a Dios. El pueblo sucumbió a una expresión emocional que lo llevó a la idolatría y la apostasía. Moisés habría vuelto al campamento sin saber del todo lo que estaba pasando si Dios no le hubiera advertido sobre lo que pasaba. Fue un acto de misericordia que le revelara esa tragedia a Moisés antes de que dejara el monte. Le dijo: “Anda, desciende, porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, se ha corrompido”. Le dijo que iba a destruir al pueblo por su pecado, pero Moisés le recordó que eran Su pueblo y que Él los había sacado de Egipto. En la defensa de Moisés del pueblo delante de Dios, hizo tres argumentos: (1) Anularía las victorias del pasado, (2) les daría ocasión a los egipcios de glorificarse y (3) rompería Su promesa a Abraham, Isaac y Jacob. Dios se complació de la intercesión de Moisés y cambió su parecer hacia el pueblo. Cuando Moisés se acercó al campamento y vio el pecado del pueblo, el becerro y sus danzas, su ira fue tan grande que rompió las tablas de piedra en las que Dios había escrito los Diez Mandamientos. Tomó el becerro de oro, lo quemó, lo hizo polvo y tiró ese polvo en el agua que hizo tomar la gente. A los levitas, que aparentemente no habían participado en la orgía licenciosa, les ordenó que destruyeran a los ofensores más descarados. Luego retornó sin fuerzas al Monte Sinaí por otros cuarenta días y noches durante los cuales Dios renovó las tablas de piedra que Moisés había quebrado, y dio garantías adicionales de Su misericordia y preocupación. Le concedió a Moisés ver parte de Su gloria. Por causa de esto, el rostro de Moisés brilló con una luz celestial, producto de su encuentro cara a cara con Dios. Esta evidencia visual convenció a Israel de que el mensaje de Moisés provenía de Dios.

Éxodo 35:1—40:38. Construcción del tabernáculo. Después de esto Moisés estuvo listo para realizar la construcción del tabernáculo. Dios le había dado instrucciones específicas antes y ahora las podía ejecutar. Moisés convocó al pueblo para darles instrucciones sobre lo que se requería para el tabernáculo. El pueblo de Israel respondió trayendo regalos y sus corazones se abrieron hacia el Señor. Dieron conforme a la capacidad de cada uno y las mujeres pusieron sus manos al servicio de Dios. Se seleccionaron dos hombres para supervisar la construcción—Bezalee y Aholia. Fueron

escogidos por sus tareas particulares y sus destrezas especiales. Los obreros siguieron las instrucciones que Dios le había dado a Moisés en el monte. El pueblo hizo lo mejor que pudo para dar generosamente ofrendas en bienes y servicios; los obreros forjaron bellas piezas de arte con los materiales; Moisés aceptó los productos terminados y los colocó en su orden correcto en la casa de Dios. Israel no podía ahora gozarse en la garantía de que el favor de Dios había vuelto a ellos. El regreso a Dios después de haber pecado fue largo y arduo y pareció que por un tiempo fueron dejados a su suerte, pero ahora sabían que Dios estaba con ellos lleno de misericordia. El Éxodo, un relato del plan redentor de Dios, cierra con esta nota de perdón perfecto y aceptación divina.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 3)

1. ¿Por qué se llenó el nuevo faraón de amargura contra los hebreos?
2. ¿Cuáles fueron los vigorosos métodos de opresión que se diseñaron para controlar a los hebreos?
3. ¿Cuántos años pasó Moisés capacitándose como “el hijo de la hija del faraón”?
4. ¿Por qué huyó Moisés de Egipto y adónde fue?
5. ¿Cómo recibió Moisés su entrenamiento en sus primeros cuarenta años y cómo en sus segundos cuarenta años?
6. ¿Qué cambió la pacífica vida pastoril de Moisés?
7. ¿Cuál fue la diferencia en la respuesta de los israelitas y el faraón cuando Moisés regresó a Egipto?
8. ¿Cuáles fueron las diez plagas que Dios envió sobre Egipto?
9. ¿Cuáles fueron los Diez Mandamientos que dio Dios y cómo se dividen?
10. ¿Cuál fue el sabio consejo que le dio a Moisés su suegro Jetro?

LECCIÓN 4: EL PENTATEUCO

Levítico, Números, Deuteronomio

LEVÍTICO

Introducción. Levítico es una especie de manual sobre ceremonias religiosas que sirven de guía a sacerdotes y adoradores. El valor religioso del libro es mayor de lo que se aprecia en un análisis rápido de su contenido. En estas leyes y directrices para los ritos y la adoración, que fueron escritas para un pueblo y sus líderes religiosos hace más de treinta siglos, vemos las bases para la vida moral y religiosa del pueblo hebreo en los inicios de su desarrollo. Levítico ofrece enseñanzas que insisten en la justicia y la misericordia, en la bondad hacia los extranjeros y los pobres, y en la consideración hacia los esclavos y los débiles, e incluso hacia los animales. Este código moral destaca virtudes personales, tales como la castidad, la sinceridad y la fidelidad. En cuanto a la religión, habla de un único y solo Dios verdadero, y todo el sistema contiene la idea de que Israel ha sido llamado a ser un pueblo santo y consagrado al servicio de un Dios santo. La clave en Levítico es la santidad, un término que se empieza a utilizar después de cruzar el Mar Rojo. La exigencia de la santidad aparece en un versículo clave: “Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios” (19:2).

Autor y fecha. De los veintisiete capítulos de Levítico, veinte inician con la frase “el Señor dijo” o “el Señor le habló a Moisés”. Esto implica que este libro es un relato de Moisés sobre lo que el Señor le dijo a él. Este libro abarca un mes y medio, entre la construcción del tabernáculo y la partida del Sinaí.

Propósito. Más que cualquier otro libro del Antiguo Testamento, Levítico llama a sus lectores a que vivan una vida santa. Todo sacrificio carece de importancia si no conduce a una vida santa. La palabra “santo” aparece noventa veces en este libro y la palabra “santificar” aparece diecisiete veces. Los llamados a ser santos se basan en la realidad de que Dios es santo. Somos santos si tenemos comunión con Él y obedecemos Sus mandatos. La santidad es el carácter esencial de Dios: pureza, amor, verdad. No podemos ser como Dios en esencia, pero sí podemos—y Dios lo espera—compartir su carácter.

Contenido. Hay dos ingredientes necesarios para unir a Dios y a una persona. La primera es el sacrificio (caps. 1-7) y la segunda es la representación sacerdotal (caps. 8-10). El sustituto animal (sacrificio) y la persona substituta (sacerdote) son los medios para reconciliarse con Dios. El adorador jamás puede ser el sacrificio; necesita de algo externo a él. Una persona jamás puede ser su propio sacerdote en asuntos de expiación; requiere de alguien externo a él que sea su mediador. Es posible saber quiénes se han reconciliado con Dios y están en una relación correcta con Él, pues lo evidencian en la manera en que viven. Levítico se mueve desde la causa (caps. 1-10) hacia los resultados (caps. 11-27). Para servir se requiere primero ser limpios (caps. 11-16) y luego ser santos (caps. 17-27). Por tanto, Levítico pasa del sacrificio a la purificación ceremonial y luego a la santidad moral.

Levítico 1:1—7:38. El sistema de sacrificios. En Levítico se les dan directrices al adorador y al

sacerdote en cuanto a cómo ofrecer sacrificios. Hay muchos tipos de ofrendas autorizadas. Hay cinco tipos básicos de ofrendas o sacrificios: (1) una ofrenda totalmente quemada, expresión de adoración y devoción, símbolo de la dedicación de uno a Dios (Lv. 1:1-17, 6:8-13); (2) una comida (Lv. 2:1-16, 6:14-23) para dar gracias, asequible hasta para el más humilde de los adoradores; (3) la ofrenda de paz (Lv. 3:1-17, 7:11-38) que indica comunión con Dios; (4) una ofrenda por el pecado (Lv. 4:1-35, 6:24-30) para retribuir la culpa, y a diferencia de las tres anteriores, no se dice que esta ofrenda sea “dulce para el Señor”; y (5) la ofrenda por la transgresión (Lv. 5:1-6, 6:7, 7:1-7) que solía hacerla la persona que había ofendido adrede. Esto implicaba más de lo que se requería para los pecados por omisión.

Levítico 8:1—10:20. La instalación del sacerdocio. Esto incluye la consagración de Aarón y sus hijos en la función sacerdotal. Les da instrucciones a los agentes de la mediación, es decir, a los sacerdotes. Todo el sistema levítico supone este papel mediatorio de parte de los hijos de Aarón. La importancia de ser correctos a la hora de realizar estos asuntos queda evidente en el continuo énfasis de que todo debe hacerse según el mandato del Señor a Moisés. El capítulo 8 habla de la consagración de los sacerdotes, y el capítulo 9 describe el inicio de la adoración en el tabernáculo. El capítulo 10 narra la historia de Nadab y Abihú, los hijos de Aarón, y subraya el peligro de no observar la adoración en la forma que el Señor ha demandado. Ellos ofrecieron un “fuego extraño” en el santuario de Dios y de inmediato vino juicio sobre ambos y fueron consumidos por fuego. El que inmediatamente después se les advierta a Aarón y a sus otros hijos que no tomen vino ni otras bebidas fuertes, ha hecho que muchos crean que estos dos sacerdotes presuntuosos estaban bajo la influencia del licor cuando cometieron el pecado que les costó la vida. El Señor debe ser santificado por los que se acercan a Él, y esto debe hacerse en una forma que a Dios le agrade.

Levítico 11:1—15:33. Leyes sobre la impureza. Esta tercera sección del libro trata sobre lo que hay entre el pueblo del pacto y Dios en términos de la vida diaria. Esta revelación tiene que ver con lo que es puro y limpio y lo que no lo es. Se habla de la comida, del contacto con cadáveres de animales, y de la impureza de personas, ropas, muebles y casas. El fin se expresa claramente: Israel no debe contaminarse.

Levítico 16:1-34. El día de la expiación. Este capítulo es el clímax del Levítico. Aquí se habla de la expiación de Israel. Es el clímax en el sistema de ofrendas que muestra el camino para llegar a Dios por medio del sacrificio. El sumo sacerdote entra solo al tabernáculo y sacrifica un becerro por el pecado, y un carnero para el holocausto. Echa suertes sobre dos machos cabríos para decidir cuál será sacrificado por el pecado y cuál será liberado en el desierto. Luego de sacrificar al becerro por él y su casa, sacrifica un macho cabrío por los pecados de la nación y rocía con su sangre tanto el tabernáculo como el altar para que queden purificados. Coloca las manos sobre el macho cabrío que queda vivo, conocido como “chivo expiatorio” y confiesa los pecados de la nación. Este macho cabrío se lleva al desierto y se deja libre para que se lleve con él los pecados del pueblo. En otra parte se establece la expiación por personas o animales en forma individual. Aquí se trata de la expiación a favor de los sacerdotes, el lugar santo, la tienda de la reunión, el altar y todo Israel. Es la expiación por toda impureza, iniquidad, transgresión y pecado. Es el punto dentro del viejo pacto en que el Señor y Su pueblo, por medio del sumo sacerdote, entran en la más estrecha relación posible entre sí.

Levítico 17:1—27:34. Un manifiesto santo. En esta sección se da la ley de la santidad, es decir, Moisés da estatutos relacionados con la santidad que concluyen en un capítulo final de promesas y

diezmos. La mayoría de los teólogos opinan que esta sección es el inicio de lo que ha llegado a conocerse como el Código de la Santidad. Después de las reglas que se dan en el capítulo 17 sobre cómo matar animales para comer, y las que se dan en el capítulo 18 sobre las relaciones sociales, aparece el capítulo 19 que tiene la intención obvia de ser una unidad en sí mismo. Este tema se indica en el mandato: “Seréis santos”. Las leyes levíticas se entienden dentro del marco de la santidad en el diario vivir, lo cual se explicita a lo largo de este capítulo. Este capítulo es una miniatura de la ley levítica y contiene lo siguiente: respeto hacia los padres y hacia el sábado; abstinencia de la idolatría; el sacrificio correcto de las ofrendas de paz; cuidado hacia los pobres y los extranjeros por lo que no hay que arar a fondo los campos; prohibición de robar, hacer tratos deshonestos y mentir; falsos juramentos y profanación del nombre de Dios; prohibición de sacarle provecho a los sordos y ciegos; prohibición de hacer juicios injustos; chismes; odio hacia el prójimo; venganza; mezcla de panes, semillas o telas; comer del fruto de un árbol nuevo; comer sangre; practicar lo oculto; cortarse el pelo o cortar la carne de los muertos; prostituir a las hijas; hacer transacciones deshonestas; la exigencia de respetar al anciano; amar al prójimo y al extranjero como se ama a uno mismo. Con sólo leer la lista notamos el espíritu humanitario de la ley levítica. El capítulo 20 vuelve a describir mucho de lo que ya está en el capítulo 18, pero añade las consecuencias de romper esas leyes, con el fin de mostrar cuán serios son esos pecados. El capítulo 20 contiene muchas advertencias y exhortaciones para los israelitas que siguen el camino de los cananeos: ocultismo, irrespeto hacia los padres y aberraciones sexuales. Los israelitas deben ser un pueblo santo que viva en una tierra santa y camine con un Dios santo. Los capítulos 21 y 22 indican que los sacerdotes deben ser santos delante del Señor porque son los encargados de llevarle ofrendas a Él. Deben protegerse contra la degradación. En el capítulo 23 se nos dan los tiempos señalados entre Israel y Dios. La palabra hebrea “tiempo señalado” se traduce usualmente como “fiestas”. La lista de las reuniones santas incluye el sábado, que debía ser un signo especial del pacto de Dios e Israel. También aparecen las tres grandes fiestas anuales: la Pascua, la Ofrenda de los Primeros Frutos y la Fiesta de las Semanas. Además, había otras tres fiestas que se celebraban en el séptimo mes: la Fiesta de las Trompetas, el Día de la Expiación y la Fiesta de los Tabernáculos. El carácter sagrado del número siete es un tema común en todo el Pentateuco. Así como el séptimo día era santo, lo era también el séptimo mes.

Levítico 24:1-23. Aceite santo, panes santos y el Nombre Santo. La importancia simbólica de esta lámpara que debía estar encendida perpetuamente, queda clara en la promesa de que Israel sería luz entre las naciones del mundo. Los panes santos son las doce tortas que debían prepararse y mantenerse delante del Señor en todo tiempo; simbolizan el pacto de Dios con las doce tribus. Este capítulo cierra con el castigo que vendrá sobre la persona que blasfeme contra el nombre del Señor. Todo mal uso del nombre de Dios equivale a blasfemar contra ese nombre, y en el Antiguo Testamento implicaba la pena de muerte a manos de toda la congregación.

Levítico 24:1-55. Los años santos. Había dos leyes relacionadas con los años, agrupados en grupos de siete o “sábados”. La primera refería al año sabático. La tierra debía cultivarse por seis años y dejarse descansar el séptimo. La segunda ley era sobre el año después del séptimo año sabático, o el año cincuenta, llamado “jubileo”. Ese año, todas las tierras y propiedades que habían sido vendidas debían retornar a las familias originales, y todos los esclavos debían recobrar su libertad.

Levítico 26:1—27:34. Palabras finales de promesas y advertencia. En todo el Pentateuco cada sección de la ley suele concluir con una exhortación a la obediencia. Por tanto, este capítulo ofrece una palabra final de promesas y advertencias. Primero, recuerda que la idolatría está prohibida. Este

recordatorio se conecta con una declaración sobre la importancia de reverenciar los sábados y el santuario. Luego se da una promesa de bendición multiplicada si Israel es obediente. Finalmente, hay una extensa promesa de castigo y juicio contra la desobediencia, que serán suavizados por la misericordia del Señor pues Él recordará Su pacto y Su compromiso con ellos. Las leyes de Dios, si se obedecen, traen bendición, pero si se desobedecen, traen juicio. Estas consecuencias no son casuales, sino un resultado directo de la promesa que los israelitas hicieron en Sinaí, donde se obligaron a sí mismos a obedecer, así como Dios se obligó a Sí mismo a ser Su Dios. El capítulo 27 parece ser un pensamiento adicional. Sin embargo, el tema es la redención y muchos han sugerido que fue colocado allí adrede. La ley del diezmo fue instituida para que los levitas y sacerdotes tuvieran una fuente de manutención y pudieran realizar todas las ceremonias. Por ser el último capítulo del libro, indica también el propósito de todo el sistema levítico: la redención. Las leyes de Dios no fueron otorgadas para que las personas se volvieran legalísticamente justas, sino como expresión de una condición redimida. Sin duda, el contenido del capítulo se limita estrechamente a la redención de lo que fue dedicado a Dios. Pero este concepto de propiedad redimida apunta al tema más amplio de la redención.

NÚMEROS

Introducción. Antes de dejar el campamento en Sinaí, se realiza un censo del pueblo. Este censo y otro que se realiza después, le dan el nombre al cuarto libro del Pentateuco: Números. En el conteo sólo fueron incluidos los varones mayores de veinte años, y se excluyeron a los hombres de Leví. El número fue de 603,550 varones.

Autor y fecha. La posición tradicional es que Números fue escrito por Moisés alrededor del año 1200 antes de Cristo y que su forma final se alcanzó no más allá del siglo once. Números es la Palabra de Dios para Su pueblo, tanto entonces como hoy. Moisés, como escritor de este libro, no se limita a registrar eventos, sino que interpreta la historia del pueblo. En cada evento ve la mano de Dios, que vigila a Su pueblo y les provee para sus necesidades, manteniendo Su pacto con ellos y preparándolos, mediante severa y larga disciplina, para que lo sirvan y sean Sus testigos en el mundo.

Antecedentes. Se acercaba el primer aniversario de la liberación de Egipto por lo que se le dio un énfasis especial a la celebración de la Pascua. El tabernáculo estaba operando y podemos imaginarnos el gozo del pueblo celebrando su liberación de la esclavitud de Egipto. Columnas de humo y fuego los habían guiado desde Egipto por el desierto, y ahora estaban permanentemente presentes sobre el tabernáculo. Mientras la nube estuviera sobre el tabernáculo, la gente debía seguir en el campamento. Cuando la nube se levantaba, el tabernáculo debía ser movido y el pueblo debía disponerse para la marcha.

Propósito. La lección espiritual que se refuerza en este libro es que el pueblo de Dios puede avanzar sólo en la medida en que confíe en Sus promesas y se apoye en Su fuerza. El propósito del censo antes del fracaso en Kadesh y del censo de la siguiente generación en las llanuras de Moab, fue mostrar que la razón por la que no entraron a Canaán no tenía nada que ver con los números. El tamaño del ejército no era lo importante, sino el tamaño de su fe.

Contenido. La narración de Números empieza donde termina el Éxodo. El pueblo está ahora listo para dejar el Sinaí y recibir la tierra prometida de Dios. Sin embargo, necesitan organizarse para

lograr que esa tierra “fluya leche y miel”. Dios sabe lo que ellos van a enfrentar y por tanto le da instrucciones a Moisés de hacer un censo para que la gente se organice tanto para viajar como para pelear.

Números 1:1—10:10. Preparaciones en el Sinaí. La escena que abre el libro de Números ocurre diez meses y medio después de que el pueblo llega al Monte Sinaí. Ha transcurrido un mes desde que la construcción del tabernáculo y un poco más de un año desde haber iniciado el éxodo desde Egipto. Esta sección trata de la preparación para dejar el Sinaí, el conteo de las personas, la organización del campamento, la inauguración de la adoración regular y los procedimientos para deshacer el campamento. Moisés ha recibido la orden de Dios de contar a todos los varones que sean mayores de veinte años. En el conteo hay un hombre de cada tribu como asistente. Cada persona es anotada por familia (tribu) y por la casa de su padre. El fin de este primer censo es en parte determinar cuántos hombres hay disponibles para la guerra. John Wesley da una gran explicación sobre el propósito de este censo. Dice que en parte fue para que la gente alabara a Dios porque Él había sido fiel a Su promesa de multiplicarlos, y en parte para ordenar mejor el campamento. También porque este censo podría luego compararse con otro que se hizo después y que aparece al final del libro de Números. Allí leemos que ninguno de los muchísimos que fueron censados en el primer censo estaba vivo, excepto Josué y Caleb. Wesley nos dice que esto sirve de justa advertencia para todas las generaciones futuras, que deben pensar las cosas dos veces antes de rebelarse contra el Señor, cosa que hicieron los hijos de Israel durante su gran marcha hacia la Tierra Prometida. El Señor le habla a Moisés y le pide que Aarón y sus hijos bendigan a los hijos de Israel. Es una bendición muy conocida que reciben los hijos de Dios que son obedientes. Aarón y sus hijos debían decir: “Jehová te bendiga y te guarde. Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz”. Esta bendición, al igual que el Padrenuestro, ha sido muy usada hasta el día de hoy.

Números 10:11—13:33. Desde Sinaí hasta Kadesh. De repente, en “el segundo mes del año segundo, el día veinte del mes” se alzó la nube del tabernáculo, sonaron las trompetas y todo el campamento se puso en movimiento. Precedidas por el arca sagrada y Hobab, todas las huestes iniciaron su marcha hacia la tierra prometida. Cada tribu con su príncipe iba siguiendo su propio estandarte. Moisés inició el camino con un canto de advertencia: “¡Levántate, Jehová! ¡Que sean dispersados tus enemigos y huyan de tu presencia los que te aborrecen!” Al atardecer el pueblo cantó: “¡Descansa, Jehová, entre los millares de millares de Israel!” Luego de dejar el Sinaí, el pueblo murmuró por muchas cosas y Dios los castigó por su descontento. Más tarde se rebelaron y enojaron porque sólo tenían maná que comer y no tenían carne. Moisés se desanimó mucho pero Dios le indicó que nombrara setenta ancianos que lo ayudaran con los problemas. Muy pronto, también, Dios envió un abundante suministro de codornices, aunque permitió que una plaga matara a muchas de ellas. Siguieron el viaje y en el siguiente campamento, Miriam y Aarón sintieron grandes celos de Moisés. Se quejaron y cuestionaron el derecho de Moisés al liderazgo, así como su matrimonio con una mujer etíope. No se sabe si esta referencia es a la hija de Jetro o quizás a otro matrimonio de Moisés luego de la muerte de Séfora. Con rapidez Dios vengó a su líder escogido y Miriam cayó enferma de lepra, una enfermedad muy temida en las tierras orientales. Fue sanada después de que Moisés orara por ella, pero estuvo en cuarentena fuera del campamento, tiempo después del cual se reinició el camino. En Kadesh le esperaba a Moisés otro problema. Dios le pidió que enviara al jefe de cada tribu al norte a “espíar la tierra de Canaán” y traer un informe de vuelta al pueblo. Aunque descubrieron que la tierra era rica en frutos, fértil y llena de buenas cosechas, su informe fue triste. Diez de los doce hombres tuvieron temor de los gigantes que habitaban las grandes ciudades

amuralladas. Informaron que Israel sería como un saltamontes para ellos. Caleb y Josué hicieron todo lo posible para animar a las personas a pesar de ese mal informe, pero sólo ellos creyeron que Dios podía hacer que Su pueblo conquistara esa tierra.

Números 14:1—20:13. El fracaso en Kadesh y los cuarenta años de destierro. Toda la compañía de israelitas se rebeló entonces abiertamente y amenazó con elegir a un nuevo capitán para regresar a Egipto. Josué y Caleb estaban muy angustiados y como siguieron insistiendo en que hicieran lo que Dios quería, muchos deseaban apedrearlos. Pero Dios apareció y amenazó con desheredar a la nación, creando un pueblo más grande y más poderoso con los descendientes de Moisés. De nuevo Moisés intercedió por este pueblo descarriado. Mencionó que nunca se habían negado deliberadamente a avanzar y que jamás habían dicho antes que regresarían a Egipto y a la esclavitud. Esta vez habían ido demasiado lejos y Dios decretó que todos los que tenían más de veinte años, a excepción de Josué y Caleb, morirían antes de que llegaran a Canaán, la tierra prometida. Porque tenían temor de ir en ruta directa, el pueblo prefirió dar la vuelta para llegar a la tierra, de manera que vagaron por cuarenta años en el desierto, un año por cada día que los espías habían explorado Canaán. Estos diez espías que dieron el informe cayeron víctimas de una plaga. El pueblo pronto se arrepintió, pero ya era demasiado tarde. Yendo en contra de la advertencia de Moisés, intentaron hacer con sus propias fuerzas lo que le habían impedido a Dios hacer. Intentaron invadir la tierra prometida, pero los guerreros amalecitas y cananeos los vencieron fácilmente y los hicieron retroceder hasta Horma. Por una generación el pueblo de Dios fue nómada porque se negó a obedecer a Dios en Kadesh. Cuando se iba acercando el fin de los cuarenta años, alrededor del año 1400 antes de Cristo, el pueblo escogido de Dios regresó a Kadesh, donde antes le había dado la espalda a Dios y a la tierra prometida. Hubo dos incidentes durante este campamento en Kadesh. Murió Miriam y fue enterrada. Y a Moisés le suplicaron que le hablara a una roca para que hubiera agua para el pueblo murmurador. Lleno de impaciencia, Moisés se le adelantó al Señor y tocó la piedra dos veces. Debido a su desobediencia, Dios le negó a Moisés entrar en la tierra de la promesa, aunque le permitió guiar al pueblo hasta sus mismas fronteras.

Números 20:14—21:35. El acercamiento a Canaán. En lugar de ir directamente al norte hacia Palestina, los israelitas se desviaron al este para tomar lo que se conocía como la Calzada Real, cruzando Edom hasta la ribera oriental del Jordán. Cuando Moisés envió mensajeros al rey de Edom, pidiéndole permiso para pasar por su tierra, éste se lo negó. Como resultado, el pueblo tuvo que desviarse hacia el sur alrededor de la cordillera que se extiende desde el Mar Muerto hasta un extremo del Mar Rojo. En el Monte Hor, Moisés, Aarón y Eleazar recibieron la orden de subir a la cima del monte. Allí Eleazar fue investido con las vestiduras del sumo sacerdote y Aarón murió y fue enterrado. El pueblo permaneció de luto por Aarón por treinta días en el Monte Hor. Durante la larga marcha alrededor de las montañas, se manifestó nuevamente el espíritu de queja entre el pueblo. Esta vez Dios usó una invasión de serpientes venenosas que quemaban como fuego para que el pueblo se arrepintiera. Pero Moisés recibió la orden de hacer una serpiente de metal y colocarla en el extremo superior de un poste que debía colocar en medio del campamento. Todo el que fuera mordido por una serpiente debía mirar esa serpiente de metal y viviría. Así como Moisés elevó la serpiente, y los que la vieron vivieron, así Cristo sería elevado en la cruz para que los que lo miren en fe “no mueran sino que tengan vida eterna”. Al acercarse el pueblo al territorio al oriente del Jordán, Moisés envió mensajeros al rey amonita Sihon, pidiéndole permiso para pasar por su territorio usando las carreteras hechas. En lugar de permitirles el paso en paz, Sihon envió su ejército para guerrear contra los israelitas. Fue derrotado y asesinado, y los israelitas tomaron su tierra. El territorio de Basán al norte y este era liderado por el gigante Og, quien también intentó resistirse por

las armas, y fue igualmente muerto y su ejército derrotado.

Números 22:1—36:13. En la ribera del Jordán. Tras estas conquistas, el pueblo de Israel se acercó a la meta. Descendieron al valle del Jordán, que está opuesto a Jericó, en las llanuras de Moab. Allí levantaron su último campamento antes de entrar a la tierra prometida. Balac, rey de Moab, desesperado llamó al famoso profeta oriental llamado Balaam para que viniera y maldijera a los israelitas. Aparentemente Balaam adoraba muchos dioses y reconoció que Jehová era el Dios de Israel. No quería maldecirlos y cada vez que intentaba hacerlo maldecir, sus maldiciones se tornaron en bendiciones, entre ellas la bella profecía mesiánica: “Saldrá estrella de Jacob, se levantará cetro de Israel”. Antes de irse de Moab, Balaam le aconsejó al rey pagano que enviara mujeres moabitas y madianitas al campamento de Israel para que tentaran a las personas a ser inmorales e idólatras, sabiendo que esto les acarrearía la ira de Dios. Esta estrategia fue tan exitosa que llevó a 24 mil israelitas a la muerte en una plaga que les sobrevino. Balaam se cita hoy día como ejemplo de los falsos profetas que tienen más interés en el provecho personal que en servir a su pueblo. Después de la plaga que produjo el maligno consejo de Balaam, se hizo un segundo censo del pueblo. El número de hombres que podían pelear había disminuido un poco, y sólo había dos hombres de la lista original: Josué y Caleb. Tras completar las conquistas al oriente, las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés recibieron su herencia en el distrito que habían antes ocupado Sihón y Og. Prometieron ayudar a las demás tribus en la conquista del territorio al oeste del Jordán. Los levitas recibieron un total de 48 ciudades, incluyendo seis que serían “ciudades de refugio”, a las que podrían huir aquellos que cometieran un asesinato sin querer, para evitar la venganza. En este tiempo se dieron también otras leyes adicionales.

DEUTERONOMIO

Introducción. Este libro es el último del Pentateuco. En muchas formas resume todo el mensaje de los primeros cuatro libros: Dios ama a Su pueblo Israel y lo ha llamado a una vida santa.

Autor y fecha. Tradicionalmente, se ha afirmado que este libro fue escrito en su totalidad por Moisés, entre los años 1400 y 1250 antes de Cristo.

Antecedentes. Deuteronomio abre donde cierra el libro de Números: el pueblo hebreo está en las planicies de Moab, frente al Jordán y a Jericó. El recorrido de cuarenta años desde Kadesh Barnea, que debería haber tomado sólo once días, ha llegado a su fin. De toda la generación que rechazó la promesa de Dios, es decir, la tierra de Canaán, sólo quedan tres personas: Josué, Caleb y Moisés.

Propósito. En Deuteronomio, Moisés prepara a los hijos de Israel para que entren a Canaán. Ha pasado una generación y esta gente que no conoce la promesa de Dios debe ser motivada para que obedezca en aquello en lo que sus padres fueron infieles. Con este fin en mente, Moisés vuelve a contar la historia del éxodo y el establecimiento del pacto. Subraya la gracia de Dios, así como Su poder y asombrosa santidad. Es importante que el pueblo no olvide la importancia de los años pasados. No deben olvidar jamás que fueron escogidos por el amor redentor de Dios y no por méritos personales. La memoria de ese amor inmerecido debe motivarlos a obedecer con radicalidad. La memoria, el amor y la obediencia, son temas constantes en este libro.

Contenido. A excepción del capítulo 34, casi todo el libro registra las palabras de Moisés al pueblo de Israel, que se dividen en tres grandes discursos. Estas arengas fueron dadas a Israel mientras

estaban acampados al este del Jordán en Sitim. Estas personas eran niños o no había nacido aún cuando la ley fue dada por primera vez en el Monte Sinaí. Debían conocer cómo trata Dios con Su pueblo y cuáles eran Sus exigencias para su nueva vida en la tierra donde iban a entrar.

Deuteronomio 1:1—4:43. El primer mensaje de Moisés. En el primer mensaje, Moisés relata cómo Dios los guió fielmente desde Horeb hasta su presente ubicación en la llanura. Enfatiza el amor y la misericordia de Dios, y los exhorta a obedecer la santa ley de Dios.

Deuteronomio 4:44—26:19. El segundo mensaje de Moisés. En su segundo mensaje, Moisés interpreta magistralmente la ley moral. Repasa los Diez Mandamientos, a los que añade: “Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas” (6:5). Menciona también los requisitos específicos del pacto, adaptando las leyes de Éxodo a la nueva situación que tendrán luego de entrar a la tierra prometida. Enfatiza las prohibiciones de la idolatría y otras prácticas paganas, así como el establecimiento de un santuario central y la preparación para un reino. No menciona aquellas leyes que no fueron modificadas o que no requerían ser repetidas, especialmente las que aplicaban a las prácticas del tabernáculo.

Deuteronomio 27:1—33:29. El tercer mensaje de Moisés. Su tercer mensaje abarca el futuro. Moisés concluye con un encargo solemne: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, de que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (30:19). A los ciento veinte años, Moisés le habla por última vez a su pueblo y lo encomienda al cuidado fiel de Dios. Josué es ordenado para ser su sucesor como capitán de Israel. Con este encargo, una canción y una bendición, concluyen las palabras del gran líder de Israel.

Sería difícil no estimar la contribución de la vida y obra de Moisés. Fue un gran general, un gran estadista, un gran legislador, un gran organizador religioso, un gran escritor, un gran profeta y un gran intercesor.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 4)

1. ¿Cuáles cinco tipos de sacrificios que se instauraron en este tiempo?
2. ¿Qué les ocurrió a Nadab y Abihú, hijos de Aarón, y por qué?
3. ¿Qué es el Día de la Expiación del que habla Levítico?
4. ¿Cuáles eran las tres fiestas anuales que simbolizaban el pacto en forma especial?
5. ¿Cuáles eran las dos leyes relacionadas con los años, que se dividían en grupos de siete “sábados”?
6. ¿Qué se incluyó en el censo del pueblo?
7. ¿Cuál es la lección espiritual que se refuerza en todo el libro de Números?
8. ¿Cuál es famosa y conocida bendición que el Señor les dio a Aarón y sus hijos para que se la dijeran al pueblo?
9. ¿Qué informaron los doce espías que fueron a Hebrón y qué resultado de ello?
10. ¿Cuáles son los tres grandes discursos de Moisés en Deuteronomio y cuál es el tema central de este libro?

LECCIÓN 5: LA CONQUISTA DE CANAÁN Josué, Jueces, Rut

El relato del éxodo de Israel desde Egipto y cómo sobrevivió en el árido desierto del Sinaí, así como la conquista de Canaán, es una de las historias más cautivantes de la Biblia. El Pentateuco nos relata la historia hasta el ingreso a la tierra de Canaán, y en los libros de Josué, Jueces y Rut se continúa la historia, describiendo la conquista y el asentamiento en Canaán. Este período abarca la invasión y conquista de Palestina, los atribulados tiempos de los jueces y la creciente demanda por un rey que centralizara la autoridad de la nación.

JOSUÉ

Autor y fecha. Aunque el libro de Josué lleva el nombre de su personaje central, no está claramente indicado que fuera él quien lo escribió. Josué escribió las palabras del pacto y sin duda documentó su administración. El período que abarca este libro va desde el momento en que el pueblo cruza el Jordán hasta la coronación de Saúl, en el siglo 15 antes de Cristo, alrededor del año 1050—unos trescientos años. Josué, hijo de Nun, aparece primero como líder militar en la desesperada batalla contra los amalecitas justo después del éxodo. Fue el asistente más confiable de Moisés y su mano derecha en los largos años en el desierto, y porque él y Caleb protestaron contra el informe de los otros diez espías, ambos pudieron entrar en la tierra prometida.

Antecedentes. La conquista y asentamiento de los israelitas en Canaán ocurrió en un tiempo políticamente favorable de la historia del Antiguo Cercano Oriente. A finales del siglo trece todos los principales poderes del segundo milenio habían caído. La misma Canaán estaba desunida y debilitada a causa de las continuas guerras internas y de la dominación internacional. Fue en este vacío de poder que un grupo de nómadas hebreos logró entrar y sobrevivir en el pedazo de tierra que es quizás el más importante del mundo. El momento fue sin duda favorable. Los documentos antiguos y otros datos arqueológicos describen a la sociedad cananea como de índole urbana con una economía predominantemente agrícola. La religión cananea se basaba en el ciclo de la fertilidad según el cual la productividad y el bienestar de la vida dependían de la actividad sexual continua de los dioses y diosas. La adoración en los cultos contenía prácticas sexuales explícitas que se daban en templos y capillas por todo el territorio. Israel siempre se vio tentado a participar en estas formas de la religión cananea. Teniendo este trasfondo en mente, podemos entender ciertas leyes sobre las comidas y la sexualidad humana que Dios les dio, así como las instrucciones de destruir ciudades y echar fuera a sus habitantes.

Propósito. El propósito de Josué es documentar el primer cumplimiento de las promesas que Dios les hizo a Abraham, Isaac y Jacob. Lo que inició con Moisés se logró con Josué. Este libro, como todos las memorias, mantiene vivo el recuerdo de lo que Dios hizo en beneficio de las futuras generaciones.

Contenido. Justo antes de que Moisés muriera, Dios le habló a Josué: “¡Esfuérzate y ámate!, pues tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra que les juré, y yo estaré contigo” (Dt. 31:23). Este

nombramiento divino quedó luego confirmado cuando Dios le ordenó a Josué que reuniera al pueblo y lo guiara a través del Jordán (Jos. 1:2-9) hacia la tierra que a Moisés sólo se le había permitido ver de lejos. Jehová le aseguró a Josué que estaría con él así como había estado con Moisés, y que nadie podría detenerlo en la tarea que estaba por delante (Jos. 1:6). El libro de Josué tiene tres grandes secciones: (1) los capítulos 1 a 12, donde se relata la conquista, (2) los capítulos 13 a 22, donde se describen los territorios tribales y la dispersión final, y (3) los capítulos 23 y 24, donde están los discursos de despedida de Josué.

Josué 1:1—2:24. En la frontera de la Tierra Prometida. Inmediatamente después de la muerte de Moisés, cuando acabaron los treinta días de duelo, Josué inició los preparativos para invadir Palestina. Israel estaba acampado al lado este del Jordán, opuesto a Jericó. Por tres días se prepararon los suministros para cruzar el río. Dos hombres fueron enviados para obtener información de la ciudad, así como de las fortificaciones y la moral de los habitantes. Los espías no tuvieron dificultades para entrar a Jericó y se quedaron en casa de Rahab. Ella afirmó creer en Dios Jehová que “había secado las aguas del Mar Rojo” y les había dado muchas victorias sobre los amorreos. Cuando el rey de Jericó se enteró de que había dos espías israelitas en la ciudad, le exigió a Rahab que los entregara. En lugar de hacerlo, ella los escondió entre los juncos que secaba en el techo. Rahab sabía que todos los habitantes de Jericó iban a ser asesinados, así que les pidió a sus visitantes que la salvaran a ella y a su familia. A cambio los ayudó a escapar desprendiéndolos por la pared externa de la ciudad usando una cuerda de color escarlata. Esta cuerda escarlata sería la señal para indicar dónde estaba la casa de Rahab a fin de protegerla a ella y a su familia.

Josué 3:1—5:15. Entrada a Canaán. Cuando los espías retornaron con las noticias de que los habitantes de Jericó estaban llenos de temor y pesimismo, los israelitas deshicieron el campamento y se acercaron al río. Dios había dado claras instrucciones sobre cómo debían cruzarlo. Primero pasaron los sacerdotes con el Arca del Pacto sobre sus hombros. El pueblo los siguió aproximadamente unos mil metros atrás. Cuando los pies de los sacerdotes tocaron el agua, el río Jordán se detuvo y el pueblo lo cruzó en seco. Cuando iban pasando, un representante de cada tribu tomó una piedra del fondo del río para erigir un monumento en la otra ribera del Jordán. Los sacerdotes y el Arca permanecieron en tierra seca hasta que toda la compañía cruzó. Cuando salieron del río, las aguas rugientes avanzaron y volvieron a llenar el cauce. El primer campamento de Israel, al oeste del Jordán, fue Gilgal, donde se realizó el rito de la circuncisión. También se celebró allí la Pascua utilizando los suministros del nuevo y fértil hogar de la nación. Tan pronto como el pueblo se abasteció de alimentos de la tierra, cesó el maná con el cual habían subsistido en el desierto.

Josué 6:1—12:24. Las campañas. Dios dirigió a los hijos de Israel en tres etapas o campañas. (1) La primera fue el ataque a las ciudades de Jericó y Hai, en la zona central de Canaán. Cuando Josué estaba por llevar al ejército contra Jericó, se topó con el ángel del Señor que estaba parado con una espada desenvainada. Este visitante divino le dijo: “Quítate el calzado de los pies, porque el lugar en que estás es santo”. Josué obedeció, tal como había hecho también Moisés ante la zarza ardiente. Como la ciudad de Jericó estaba ubicada en una posición estratégica, era en realidad como una puerta para la tierra de Canaán. Josué recibió la orden de capturar este importante reducto. Obedeciendo el mandato divino, los israelitas marcharon alrededor de la ciudad. Siete sacerdotes con siete trompetas talladas de cuernos de carneros iban al frente de la compañía, llevando el arca sagrada. Esto se hizo por seis días consecutivos. Al séptimo día, le dieron siete vueltas a la ciudad. Entonces los sacerdotes sonaron las trompetas y el pueblo gritó a gran voz. Las murallas se derrumbaron y Jericó fue conquistada por Josué y su gente. Tal como se había dicho, los israelitas

destruyeron totalmente la ciudad y sólo salvaron a Rahab y a su familia, que fueron admitidos en la comunidad hebrea. Rahab se casó después con Salmón, de la tribu de Judá, y fue la madre de Booz, que se casó con Rut y de cuyo linaje vino luego David, uno de los ancestros de Cristo. Hai estaba justo al oeste de Jericó y era la “ciudad clave” para conquistar el centro de Canaán. Cuando los israelitas atacaron Hai, fueron vencidos. Llenos de temor, Josué y los ancianos se postraron ante el arca y le oraron a Jehová. Dios les dijo que la razón de su fracaso era porque había habido transgresión en el campamento, y Él no les daría la victoria si no quitaban el pecado y hacían expiación por él. Josué reunió al pueblo y se descubrió que Acán era culpable. Éste confesó que había robado plata y oro y una vestidura babilónica de Jericó, a sabiendas de que Dios lo había prohibido. Este pecado le costó la vida a él y a su familia. Luego, Dios le ordenó a Josué que atacara de nuevo a Hai y esta vez conquistaron la ciudad. (2) La segunda campaña fue hacia el sur, y se registra en los capítulos 9 y 10. Un evento importante en estas batallas contra los gabaonitas es que se requirió tiempo adicional en la batalla, por lo que Josué oró para que el sol se detuviera. Jehová respondió a su oración y el sol no se puso por casi un día entero más. Así pudo Josué ganar la batalla y regresar a Gilgal, donde estaba su campamento. (3) La tercera campaña fue hacia el norte y se registra en Josué 11:1-5. La confederación amorrea tenía 300 mil hombres en infantería, 20 mil carruajes y 10 mil hombres a caballo. Dios le dijo a Josué que no tuviera temor porque Él, el Señor, los libraría. El ejército mucho más pequeño de Josué, con la ayuda del Señor, destruyó al enemigo. Con esta última batalla llegó a su fin la resistencia unida de los israelitas. En tres cosas Josué no logró completar la conquista de Canaán: (1) Hizo un trato con Gabaón, lo cual le permitió al pueblo cananeo seguir viviendo en la tierra prometida. (2) No destruyó el reducto jebusita en Jerusalén, acción que se logró en el tiempo de David, cuatro siglos después. (3) Y dejó que los filisteos siguieran atrincherados en sus ciudades en la costa. Aunque las victorias de Josué fueron arrolladoras y muchas ciudades enemigas fueron destruidas, la conquista nunca llegó a ser completa porque muchas veces no destruyeron a sus enemigos, sino simplemente los dispersaron o subyugaron. Por eso las tribus de Israel, cada una en su propio territorio y heredad, tuvieron siempre que mantenerse alerta contra los remanentes de esos enemigos. Esto fue particularmente cierto en el caso de los grupos más fuertes, como los cananeos en las llanuras del noroeste, los filisteos al suroeste y los amalecitas y amorreos al este, contra quienes el poderoso Sansón y otros lucharon en las siguientes generaciones y de quienes leemos en Jueces y el primer libro de Samuel. En Josué 11:16—12:24 se ofrece un resumen de la conquista.

Josué 13:1—22:34. Distribución de la tierra prometida. El trabajo de Josué no terminó con la conquista de Canaán. Ahora debía dirigir a las tribus de Israel en la división de la tierra y los asentamientos. La tierra debía ser limpiada, cultivada y desarrollada. Los guerreros nómadas debían volverse agricultores para mantener y mejorar los territorios ganados. En los capítulos 13 a 22 vemos la división de la tierra y cómo se asignó a cada una de las doce tribus. La distribución fue de esta manera. (1) Las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, mientras aún vivía Moisés, recibieron territorios en la ribera este del Jordán. (2) La tribu de Judá, con quien Caleb estaba asociado, recibió su porción al sur en la ribera oeste del Jordán. Fue la primera gran división de la tierra e incluyó a Jerusalén y el muy deseable territorio de los cinco reyes, que se extendía hasta Kadesh Barnea y el río de Egipto. En una segunda división que se vino después, la tribu de Simeón fue incluida en el territorio de Judá, porque la porción de la tribu de Judá era demasiado grande para ella. (3) Las tribus de Manasés y Efraín, hijos de José, recibieron un gran territorio en el centro de Palestina. Josué, su gran líder, pertenecía a la tribu de Efraín y escogió para su heredad la ciudad de Timnatserá en el área montañosa de Efraín. (4) En la segunda división de la tierra, se distribuyó tierra para las tribus más pequeñas. Las tribus de Benjamín y Dan recibieron la pequeña franja entre

las dos poderosas heredades de Judá, y Manasés y Efraín. La tribu de Dan no podía poseer esta tierra, porque la ocupaban los filisteos. Así que más tarde emigraron hacia el lejano norte. (5) Las demás tribus—Aser, Zabulón, Isacar y Neftalí, así como Simeón, Benjamín y Dan—recibieron sus partes en la segunda división que se realizó, en la parte norte de Palestina. A la tribu de Leví no se le dio tierras. Los levitas debían distribuirse entre las demás tribus en cuarenta y ocho pueblos o ciudades, las cuales incluían seis ciudades de refugio. Los levitas debían ser mantenidos por las otras tribus. Las doce tribus tenían una cosa en común: debían seguir peleando contra el remanente de los cananeos que todavía vivía en sus territorios.

Josué 23-24. Los discursos finales de Josué. A la edad de ciento diez años, Josué reunió a los líderes de Israel para hablarles. En un primer discurso, le dijo a Israel que obedeciera al Señor, que había peleado por ellos y les había dado heredad. Así como había hecho antes Moisés, Josué les advirtió cuán peligroso era asociarse con los cananeos y adorar a sus dioses. Repasó la historia de Israel y del trato de Dios con Su pueblo desde el principio. En un segundo discurso, los retó diciendo que el Señor les había dado una heredad por la que no habían trabajado, razón por la cual debían servirlo sólo a Él. Les advirtió que serían castigados si caían en la apostasía. Los retó con la frase: “Escogeos hoy a quien sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová.” Al ponerse de ejemplo y comprometer su casa al servicio de Jehová, el pueblo prometió lealtad. Poco después de su segundo discurso, Josué murió y fue enterrado en su heredad en el Monte Efraín. Inmediatamente después murió también el sacerdote Eleazar, hijo de Aarón, y fue enterrado junto a su hijo Fineas en el Monte Efraín. Los huesos de José, que habían sido traídos desde Egipto, se enterraron en una parcela que Jacob les había comprado a los hijos de Hamor. La influencia de Josué bendijo a su pueblo por muchos años. En ninguna parte se indica que pecara contra Dios en toda su vida.

JUECES

Introducción. Los dos siguientes siglos de la historia de Israel han recibido el título de “la edad media” del pueblo de Dios. Fue una época de una débil confederación entre las doce tribus de Israel, pues no tenían un gobierno central claro y ocasionalmente hubo luchas civiles entre los clanes. El libro de Jueces recibe este título por doce héroes que sirvieron como jueces de Israel durante aproximadamente trescientos años, inmediatamente después del período que abarca el libro de Josué. Estos jueces fueron primeramente líderes militares, pero también fueron representantes religiosos de Jehová. En el libro de Josué, vemos la conquista de Canaán con Josué al frente y vemos que nunca se completó totalmente. Sin conquistar quedaron remanentes de cananeos al norte, de filisteos al sur y de traicioneros amalecitas y amorreos al este, que estaban todos listos para guerrear a la primera oportunidad. El principal resultado de esto fue que las tribus de Israel tuvieron que estar constantemente en guardia contra estas fuertes tribus. Se nos dice desde el principio del libro de Jueces que, poco después de morir Josué, el pueblo se alejó de las enseñanzas del Señor y adoró dioses extranjeros, baales y a Astarot de los cananeos. Enojado por su desobediencia, el Señor “los entregó en manos de robadores que los despojaron”. Pero entonces el Señor levantó jueces que salvaron a Israel de quienes los atacaron. Pero cuando moría ese juez, el pueblo volvía atrás y se comportaba aún peor que sus padres, yendo en pos de otros dioses. El libro de Jueces relata, por consiguiente, las hazañas de una serie de jueces que, uno tras otro, tuvieron como principal deber rescatar al pueblo de sus opresores en el nombre del Señor.

Autor y fecha. La escritura no indica quién es el autor de Jueces. La fecha de los eventos y

episodios históricos que se narran en este libro, como hemos dicho antes, abarca unos trescientos años después de la historia narrada en el libro de Josué, es decir, un período entre los años 1375 y 1075 antes de Cristo.

Antecedentes. Puesto que los jueces estaban confinados a una tribu o región particular, es razonable suponer que muchos de los eventos y períodos se traslapan. El libro de Jueces se centra en el papel de tribus individuales en su proceso de asentarse y mantener su heredad. Debido a los límites naturales, así como a la necesidad de resolver asuntos locales, Israel se convirtió en un pueblo cada vez más fragmentado, y pese a la advertencia de Josué, no expulsaron a todos los grupos cananeos. En consecuencia, los israelitas fueron incorporando gradualmente costumbres y dialectos de las regiones. Lo que más daño le hizo al bienestar de Israel fue sucumbir a la religión cananea. La apostasía de Israel socavó la base del pacto que permitía su unidad y lo hizo vulnerable a la usurpación extranjera.

Propósito. El propósito del libro de Jueces tiene tres partes: (1) mostrar que es necesario contar con líderes consagrados, (2) centrar nuestra atención en la gran paciencia del Señor y (3) dar testimonio de que incluso en tiempos de gran apostasía hay unos pocos que se aferran a la fe y adoran al Dios verdadero. El refrán que cierra el libro de Jueces revela el fin general: ilustrar gráficamente la caída de Israel por ser infiel. Las palabras son: “En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía” (21:25). El tema de fondo—que Dios siempre está dispuesto a salvar a Su pueblo cuando éste se vuelve a Él en arrepentimiento y con fe—es un rayo de esperanza.

Contenido. Hay seis ciclos separados de pecado, opresión y liberación en el libro de Jueces. El esbozo general del libro es el siguiente. (1) Jueces 1:1—2:5, un prólogo que describe cómo están las cosas al inicio del período, es decir, que la conquista inicial estaba lejos de haberse completado y no era algo permanente. (2) Jueces 2:6—16:31, la porción más grande de este libro contiene las historias de los jueces y retrata cuán fácilmente cambiaron las condiciones después de morir Josué. La sección 2:11—3:6 describe el ciclo repetitivo: apostasía, opresión, súplica y liberación. En los primeros seis de estos ciclos, los israelitas llegaron a un punto de arrepentimiento y clamaron a Dios para ser liberados. Pero es importante notar que en el séptimo ciclo, en la historia de Sansón, no hay una petición de ayuda. Los israelitas se habían acostumbrado tanto a vivir bajo la autoridad de pueblos extranjeros que corrían el peligro de perder su identidad. Hay otras dos historias separadas, que conforman un epílogo (caps. 17-21) e ilustran la anarquía religiosa que existía en las últimas etapas de este período.

Jueces 1:1—2:5. **El significado del pasado.** El primer capítulo y medio de este libro se dedica a repasar brevemente la conquista de Palestina a manos de Josué, indicando lo que se logró y lo que todavía había que realizar. Este resumen abarca brevemente parte del material del libro de Josué, pero desde otro punto de vista. Sirve de introducción para el cuerpo principal del libro de Jueces.

Jueces 2:6—16:31. **La historia de los jueces.** El libro de Jueces habla de una sucesión de seis apostasías, seis períodos de esclavitud a naciones extranjeras, seis oraciones pidiendo liberación y seis liberaciones de los ciclos que ocurrieron durante este período. En cada caso, el Señor levantó a un juez o libertador que atacaba a una o a todas las tribus ofreciendo una resistencia armada contra el opresor enemigo. Se nombran quince libertadores de los cuales sobresalen Otoniel, Aod, Débora (y Barac, su general), Gedeón, Jefé y Sansón. Fueron escogidos por sus conexiones familiares, su rango o su posición, e incluso por su carácter moral. Fueron líderes militares que Dios levantó para

enfrentar una emergencia en la vida de Su pueblo. Otros jueces menos importantes fueron Samgar, Tola, Jair, Ibzán, Elón y Abdón.

PRIMER CICLO (Jue. 3:1-11). Opresión de los habitantes de Mesopotamia. La primera opresión que vino por la idolatría llegó de Mesopotamia, al noreste. Durante este período había entrado en Israel el culto a Baal, el dios sol, y a Astarot, la diosa luna. El pueblo había sido oprimido ya ocho años cuando fue movido al arrepentimiento y pidió liberación. Dios levantó a Otoniel, sobrino de Caleb, en la tribu de Judá, como el primer juez. Otoniel fue uno de los cuatro jueces de quien se dijo: “El Espíritu de Jehová vino sobre él”. Bajo su mando, los invasores fueron repelidos y durante los cuarenta años de su vida, la tierra gozó de paz.

SEGUNDO CICLO (Jue. 3:12-31). Los moabitas. Tras la muerte de Otoniel, Israel volvió a caer en la idolatría. Esta nueva apostasía fue castigada con una invasión de los moabitas provenientes del sureste. El rey Eglón de Moab, con la ayuda de las tribus vecinas de Amón y Amalec, cruzó el Jordán y capturó Jericó, la ciudad de las palmeras. La opresión duró dieciocho años hasta que Dios levantó como juez y libertador a Aod, un zurdo de la tribu de Benjamín. Aod, quien debía llevarle el tributo a Eglón, urdió el plan de acercársele en secreto al rey y asesinarlo. Durante este tiempo, otro juez de nombre Samgar, mató a seiscientos filisteos con una aguijada de cabra mientras defendía a su pueblo durante una invasión de los filisteos desde el suroeste.

TERCER CICLO (Jue. 4:1—5:31). Los cananeos. Nuevamente vinieron del norte los problemas. Jabín y Sísara, al mando de novecientos carros armados y una gran hueste de soldados cananeos, invadieron el territorio. La profetisa Débora y su joven amigo Barac fueron los instrumentos que Dios escogió para la liberación. La batalla se libró cerca del río Cisón, que recorre por el occidente toda la llanura de Esdrelón. La victoria israelita se debió principalmente a que Dios envió una tormenta que desbordó el Cisón y dejó atascados los novecientos carros en el lodo. Sísara huyó hacia la tienda de Jael, la esposa de Heber el ceneo. Jael le dio leche a beber y lo cubrió con una manta, razón por la cual el cansado general cayó dormido. Estando dormido, Jael le traspasó las sientes con una estaca y lo clavó en tierra. Los cananeos fueron derrotados en la frontera norte y así se garantizó la paz por cuarenta años. El canto triunfal de Débora, relatado en el capítulo cinco de Jueces, habla de esta victoria.

CUARTO CICLO (Jue. 6:1—10:5). La invasión de los madianitas. Vinieron nuevos peligros desde el oriente del Jordán. Por siete años consecutivos los madianitas invadieron el centro y sur de Palestina, justo en el tiempo de la cosecha, y se apoderaron de los cultivos, producto del trabajo de un año entero. Desesperados, los israelitas oraron a Dios pidiendo un libertador. Un ángel del Señor se le apareció a Gedeón, un hombre joven de la tribu de Manasés. De inmediato, Gedeón ofreció un sacrificio, destruyó el altar local de Baal y les pidió ayuda a las tribus vecinas. A su llamado respondieron treinta y dos mil hombres. Aunque Gedeón pidió prueba del llamado de Dios, usando un vellotino, vemos en esta oración a un hombre profundamente consciente de que va a exponer a su gente a un grave peligro en batalla. Por tanto, deseaba total garantía de que Dios lo había escogido. La respuesta de Dios demostró que Él no depende de los números. Gedeón inició con treinta y dos mil soldados y tras hacer una primera prueba, la cifra quedó en diez mil. Una segunda prueba redujo el grupo a trescientos soldados. Pero el enemigo contaba con ciento treinta y cinco mil soldados. Gedeón dividió a sus hombres en tres grupos de cien. Cada uno tenía una trompeta, un cántaro vacío y una tea dentro del cántaro. A medianoche gritaron: “¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!” Esta sorpresa produjo que el enemigo se autodestruyera. Gedeón pidió ayuda para perseguir a los

enemigos y les pidió a los hombres de Efraín que resguardaran los vados de Bet-bara y del Jordán. Los hombres de Efraín capturaron a Oreb y Zeeb, capitanes de los madianitas. Luego Efraín mostró enojo y celos y fue gracias a la modestia y diplomacia de Gedeón que no hubo problemas. Debido a esta victoria, los israelitas quisieron levantar a Gedeón como rey y a su familia como la casa real. Esto le generó horror a Gedeón, quien insistió en que sólo el Señor debía ser su gobernante. Sin embargo, después de su muerte, su hijo Abimelec se nombró a sí mismo monarca, y su primer acto fue matar a sus sesenta y nueve medios hermanos, de los cuales escapó sólo el menor, llamado Jotam. Después de tres años de reinado, Abimelec recibió un golpe en la cabeza durante una batalla, cuando una mujer le lanzó una rueda de molino desde una muralla. El que lo hubiera atacado una mujer fue para él una desgracia, y como no murió de inmediato, le ordenó a un escudero que lo matara. A este período pertenecen también Tola y Jair, dos jueces menores.

QUINTO CICLO (Jue. 10:6—12:15). Los amonitas. La apostasía y la opresión que vino por esa causa a mano de los filisteos y amonitas duraron 18 años. El pueblo de Israel fue defendido por Jefté, un hombre de Galaad. Jefté era hijo ilegítimo y sus hermanos lo habían echado fuera de la casa paterna, de manera que había vivido como capitán de la guerrilla en el lejano territorio del noreste. Los hombres de Efraín, llenos de orgullo y celos, amenazaron con quemar la casa de Jefté porque no los convocó a pelear en la guerra. Pero Jefté negó el cargo y los acusó de no ayudar cuando se les pidió. Jefté derrotó al ejército de Efraín en una batalla en la que murieron cuarenta y dos mil hombres de Efraín. Jefté juzgó por seis años.

SEXTO CICLO (Jue. 13-16). La opresión de los filisteos. El último y más largo ataque contra los israelitas vino del suroeste, de las costas de Filistea. Los filisteos tenían cinco grandes ciudades. Pasaron cuarenta años sin que viniera un respiro. Luego nació Sansón, el hijo prometido a Manoa y su esposa. Sansón recibió una fuerza sobrenatural, la cual tendría siempre y cuando fuera fiel a su promesa nazarea. Pero Sansón era débil a nivel moral. Quiso casarse con una mujer filisteas, en oposición al deseo de sus padres. Sin embargo, violando las leyes de Dios, Sansón se comprometió con ella. Pero el padre de la mujer la dio a otro en matrimonio, de manera que Sansón, enfurecido, quemó toda la siega de los filisteos, provocando que éstos invadieran Judá y exigieran que Sansón les fuera entregado por lo que había hecho. La alianza entre Sansón y Dalila, otra mujer filisteas, fue la caída final de este hombre. Cuando esta mujer infiel supo finalmente cuál era el secreto de su voto nazareo y lo rapó, el Señor abandonó a Sansón, cuya fuerza fue como la de cualquier otro mortal. Lo capturaron fácilmente, le sacaron los ojos y lo encadenaron a un molino en la prisión de Gaza. Cuando los filisteos realizaron una fiesta en honor a su dios Dagón, hicieron traer a Sansón para burlarse de él. Tras una oración desesperada a Dios, Sansón recuperó temporalmente su fuerza y empujó los pilares centrales que sostenían el balcón del templo. Todos los que estaban en el templo, incluyendo a Sansón, murieron.

Jueces 17-21. Otras dos historias: los hombres de Dan y los hombres de Benjamín. Los últimos cinco capítulos del libro de Jueces son una especie de apéndice para el período de los jueces. Son comentarios sobre la apostasía espiritual y moral de la nación de Israel. En esos días había mucha confusión civil y religiosa. Se relatan dos episodios que la idolatría, los sacerdotes apóstatas y la guerra civil entre las tribus que estaban muy separadas. El primer episodio es la migración de una parte de la tribu de Dan, que al pasar por Efraín se encuentra con un hombre llamado Micaía. Este hombre había erigido imágenes en su hogar y persuade a un joven levita a que sirva de sacerdote en su hogar. Pero seiscientos hombres de Dan se roban las imágenes e invitan al joven sacerdote para que sea su padre espiritual, y dejan de esta forma a Micaía sin protección. El último episodio en

Jueces es la historia del crimen de los hombres de Gabaa contra un levita y su concubina. El resultado de esta atrocidad lleva a la guerra civil entre las tribus. La tribu de Benjamín defiende a Gabaa y por eso es exterminada casi en su totalidad. El libro de Jueces cierra y resume la historia en una frase: “En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía” (21:25).

RUT

Introducción. El libro de Rut es una obra de arte literaria. Escrito exquisitamente en forma de cuento corto, entretiene el suspenso y el romance, logrando poner en primer plano el cuidado providencial de Dios en la vida de personas ordinarias. Se ha dicho que la historia de Rut es como la calma que viene después de la tormenta. Luego de leer Jueces y sus sórdidas historias de crímenes y derramamiento de sangre, de su falta de ley y sus venganzas salvajes, el lector se topa felizmente con una bella historia de vida tal como sin duda la vivieron muchas personas comunes. La historia de Rut complementa al libro de Jueces y retrata la vida doméstica. Lo hace en una forma que no encontramos en ningún otro libro, y por tanto, suaviza el juicio sobre el período histórico de los reyes.

Autor y fecha. No se sabe quién es el autor del libro de Rut ni en qué fecha se escribió. Sin embargo, el tiempo que el libro abarca indica que se trata de la última parte del tiempo de los jueces.

Antecedentes. Debido a una hambruna en el área, Elimelec, un hombre de Belén de Judea, se muda a Moab con su esposa Noemí y sus dos hijos Mahlón y Quelión. Allí muere Elimelec. Sus dos hijos se casan con mujeres moabitas, llamadas Rut y Orfa. Pasan diez años y los dos hijos mueren también, dejando a tres viudas llenas de dolor. Noemí se entera de que las condiciones han cambiado en Judá, así que determina regresar a su tierra natal.

Propósito. El libro de Rut tiene varios propósitos: (1) Mostrar que aún en tiempos de apostasía hay fe y santidad; (2) ilustrar el concepto de un pariente que redime; (3) mostrar el alcance de la gracia de Dios en el Antiguo Testamento, que abarca también a los gentiles; y (4) trazar desde Judá, la genealogía de David.

Contenido. Aunque el libro toma el nombre de Rut, en realidad narra la historia de Noemí y de cómo sus tristes experiencias terminan en abundancia y felicidad. Los primeros versículos hablan de que se muda a Moab, una tierra lejana al oriente del Jordán, debido a que en Judá hay malas condiciones económicas. Junto con Rut y llena de amargura, Noemí regresa a Judá. La generosa lealtad y el cuidado amoroso de Rut generan gradualmente en Noemí un sentimiento de valor y esperanza. Luego se desarrolla la estrategia central del libro: el encuentro con Booz, los planes de matrimonio, la propuesta, el reclamo de la propiedad, el matrimonio y el nacimiento de un heredero. La escasez de Noemí se torna en plenitud.

Rut 1:1-22. **La tragedia golpea a una familia hebrea.** Después de la muerte de su esposo y sus dos hijos, Noemí decide volver a casa y sus dos nueras inician el viaje de retorno con ella. Consciente de la soledad que les espera en un país extranjero, Noemí les suplica a sus nueras que vuelvan a sus hogares. Orfa, llena de pesar, se devuelve, pero Rut se aferra a Noemí porque la ama y no desea dejarla. Decide acompañar a su suegra a Judá y al pueblo de Jehová. Rut decide abandonar los dioses de Moab y volverse una seguidora del Señor Dios de Israel, al lado de Noemí. Ha visto algo en la vida y la fe de estos israelitas que no sólo la han ganado para ellos, sino también para el Señor.

Pronuncia la famosa frase que suele repetirse hoy día en las ceremonias de matrimonio: “No me ruegues que te deje y me aparte de ti; porque adondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios mi Dios” (1:16). Noemí, quien es realmente el personaje central de la historia, llega a Belén al inicio de la cosecha de la cebada. Todo el pueblo se conmueve al verlas y las mujeres se preguntan: “¿No es ésta Noemí?”

Rut 2:1-23. Rut espiga detrás de los segadores. En su búsqueda de un trabajo para vivir, Rut se va a los campos y recoge lo que los segadores van dejando caer, lo cual era un privilegio que la ley ordenaba para beneficio de los pobres. Resultó ser que, por una coincidencia providencial, el campo al cual Rut fue le pertenecía a Booz, un pariente rico de Elimelec. Booz llega un día a supervisar el progreso de la siega y ve a Rut. Cuando se entera de quién es, le instruye que se quede cerca de las criadas que se encargaban de hacer los atados después de que los segadores han cortado el grano. Rut se asombra de que Booz la trate tan generosamente, y Booz le explica que él ha sabido de cuán bondadosa ha sido ella hacia Noemí desde la muerte de su esposo. También está impresionado de que haya dejado su parentela y su tierra natal para venir a vivir entre extraños. Ella es una prosélita judía. Cuando llega el momento de la comida de mediodía, Booz la invita a comer con él y con sus segadores. Luego les ordena a los segadores que favorezcan a Rut en su trabajo, para que pueda recoger suficiente grano para ella y Noemí. Cuando Rut le cuenta a Noemí lo que ha ocurrido en el día y de la generosidad de Booz, Noemí agradece la consideración de este hombre e insta a su nuera a que se quede con los siervos de Booz durante toda la época de la siega.

Rut 3:1-18. La extraña petición de Rut. Al final de la cosecha, Noemí pone en marcha su plan para Rut. Con perspicacia femenina, Noemí ha quizás intuido que Booz puede estar interesado en su nuera. Le dice a Rut que se bañe, se unja y se ponga sus mejores vestidos, y que vaya hacia donde Booz trilla el grano. Rut hace lo que le pide. Booz tiene su cama al final del montículo de grano, probablemente para protegerlo de los ladrones. Cuando se duerme, Rut va a él y se acuesta a sus pies. A medianoche Booz se despierta y descubre a la mujer a sus pies. Cuando le pregunta quién es, Rut contesta: “Yo soy Rut, tu sierva”. Luego le hace una petición que ella misma no entiende, pero Booz sí. Era el lugar de Booz cumplir su parte con la viuda de un pariente fallecido. Sólo había una complicación y era que primero debía consultarse a otro pariente que era más cercano. Booz prometió hacerlo en la mañana. Rut se quedó quieta hasta la mañana y cuando todavía estaba oscuro se alejó y le llevó grano de Booz a Noemí.

Rut 4:1-22. Booz redime la herencia de Elimelec. La ley de la tierra era que cuando un hombre moría, el pariente más cercano del muerto debía casarse con su viuda para que los niños que nacieran de esa unión, llevaran el nombre del primer esposo y pudieran heredar sus bienes. Como Noemí ya no estaba en edad de tener hijos, su nuera Rut debía ser su substituta y darle un hijo para perpetuar el nombre de la familia. El pariente más cercano deseaba originalmente la propiedad de Noemí, pero cuando se dio cuenta que eso implicaba casarse con Rut, renunció a su obligación y se la transfirió a Booz. Esto le permitió a Booz redimir la herencia y tener la posibilidad de casarse con Rut. Hubo gran felicidad en esta pequeña familia cuando nació un hijo, al que le pusieron Obed. Nadie estaba tan feliz como Noemí, quien vio en el niño su propia perpetuación, así como la de su familia en Israel. Obed fue el padre de Isaí que fue el padre de David, el rey más grande de Israel. El libro de Rut concluye con una genealogía formal de la historia familiar de David. A la humilde pero devota Rut, la moabita, se le concedió el gran honor de ocupar un lugar en la genealogía del rey más grande Israel, así como en la genealogía de Jesús, el Mesías y más grande descendiente de David. El que Rut, una gentil, tenga un lugar en los ancestros de Jesús, sugiere la importancia de la misión de

Cristo para con los gentiles y el mundo entero.

Conclusión. En esta lección sobre Josué, Jueces y Rut, se esboza el cumplimiento de la profecía que Dios le hizo a Abraham en cuanto al regreso de sus descendientes a Palestina tras estar en Egipto. Muchas son las lecciones que se desprenden de este período. Durante los días de Josué, y siempre que el pueblo fuera leal hacia el Dios de sus padres, Israel fue invencible. Sin embargo, la idolatría y la adopción de costumbres cananeas produjeron anarquía y derrota en el pueblo de Dios. El inicio de días mejores se observa en la gran unidad nacional que trajo el vigoroso liderazgo de Samuel, que estudiaremos a continuación.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 5)

1. ¿Cuál es el propósito del libro de Josué?
2. ¿Cómo ayudó Rahab a los espías israelitas y qué resultados obtuvo para si misma y su familia?
3. De acuerdo con el plan israelita para entrar a la tierra prometida, ¿quién debía ir primero, qué debía cargar y qué ocurrió en las riberas del río Jordán?
4. ¿Cuáles fueron las tres etapas o campañas que Dios ordenó para las batallas en la tierra prometida?
5. ¿En qué tres cosas específicas falló Josué para terminar la conquista de Canaán?
6. ¿Qué era lo único que tenían las doce tribus en común?
7. ¿Cuántos años tenía Josué al morir y cuáles fueron sus dos exhortaciones finales?
8. Después del libro de Josué, ¿quiénes fueron los doce jueces y qué período abarcan sus vidas?
9. ¿Por qué se les llama “la edad media” a los dos siglos después de la muerte de Josué en el registro del pueblo de Dios, y cuáles fueron las seis naciones que los invadieron y conquistaron?
10. ¿Cuáles son los cuatro propósitos del libro de Rut?

LECCIÓN 6: LOS REYES Y SUS REINOS 1 y 2 de Samuel

Introducción. El libro de Jueces termina con la muerte de Sansón, que deja a Israel sin consuelo y sin líder. El sacerdocio, bajo el liderazgo de Elí y su hijo, es corrupto e inmoral. No ha habido palabra profética del Señor en un largo tiempo. El primer libro de Samuel abre con el nacimiento de Samuel, alrededor del año 1100 antes de Cristo. Esta fecha se determina por el hecho de que los hijos de Samuel fueron jueces en Beerseba antes de que Saúl fuera rey en el año 1050. Esto coloca el nacimiento de Samuel en el tiempo del dominio de amorreos y filisteos, y del nacimiento de Sansón. El libro abarca unos 90 años y describe la vida de Samuel y el reinado de Saúl. Este primer libro de Samuel cierra con la muerte del rey Saúl, el primer rey de una monarquía unida. El segundo libro de Samuel abre con la ascensión de David al trono de Judá y cierra justo antes de su muerte. A diferencia del reinado de Saúl, el reinado de David unifica y desarrolla el reino. Une las tribus, establece un gobierno eficiente, organiza el sacerdocio y mantiene un ejército que rara vez pierde una batalla. David hereda una tierra dividida por la guerra, pero al morir, deja un imperio. Estos dos libros, 1 y 2 de Samuel giran en torno a tres grandes personajes: Samuel, Saúl y David. Básicamente contienen cuatro historias: la vida de Samuel (1 S. 1-7), la relación de Samuel y Saúl (1 S- 8-15), la relación de Saúl y David (1 S. 16-31) y la vida de David (2 S. 1-24).

Autor y fecha. Al igual que otros escritos del Antiguo Testamento, los libros de Samuel no se le adscriben a un autor específico. Las fechas de estos libros se colocan entre el año 1100 y 970 antes de Cristo.

Antecedentes. Los dos libros de Samuel abarcan aproximadamente ciento cincuenta años: desde el nacimiento de Samuel hasta justo antes de la muerte de David. Incluyen la transición de un grupo de tribus débilmente unidas, gobernadas por jueces nombrados por Dios (de los cuales Samuel fue el último), hasta una monarquía muy organizada cuya dinastía también fue escogida por Dios. Durante casi todo este período dominan la escena los guerreros filisteos de la costa mediterránea. Este pueblo proviene de Grecia y de la isla de Creta. Cuando David los subyuga finalmente, inicia el establecimiento de su imperio.

Propósito. Los libros de Samuel contienen verdaderas grandes historias. Su principal fin es explicar la manera tan particular en que se desarrolló la dinastía davídica. Los fines teológicos parecen ser éstos: (1) mostrar que la obediencia o desobediencia de una persona hacia Dios tiene consecuencias directas en su vida, y (2) mostrar que a pesar las consecuencias de corto plazo, Dios reina y domina en tal forma, que Sus bendiciones de largo plazo llegan al mundo.

Contenido. El primer libro de Samuel habla de Samuel el profeta, sacerdote y juez; de Saúl, el primer rey de Israel; y de David, el hombre conforme el corazón de Dios. El segundo libro de Samuel continúa con la vida de David como rey de Judá y luego de todo Israel.

1 Samuel 1:1—8:28. **El ministerio de Samuel.** Samuel nació en respuesta a la oración de Ana, su madre. Agradecida por su nacimiento, Ana lo dedica al Señor. Fue entrenado en el templo en Silo

por el sacerdote Elí. Dios llamó personalmente a Samuel siendo éste un niño, hablándole de noche, y le reveló la destrucción de la casa de Elí. Israel y los dos hijos de Elí habían caído en la idolatría, y por eso Dios juzgó la nación por medio de una batalla contra los filisteos. Ambos hijos de Elí fueron muertos y el arca del pacto fue llevada al templo de Dagón en Asdod. Elí estaba sentado en el trono del juicio en la puerta de la ciudad cuando le llegaron las noticias, las cuales le impactaron tanto que cayó y se rompió el cuello. Tenía noventa y ocho años cuando murió y juzgó en Israel por cuarenta años. La captura del arca sólo les trajo problemas a los filisteos. Todas las mañanas que el arca estuvo en el templo de Dagón, el ídolo fue hallado boca abajo frente al arca, y los habitantes de Asdod sufrieron graves plagas. Cuando el arca fue llevada a otras ciudades filisteas, el resultado fue el mismo. Finalmente, desesperados, los filisteos decidieron regresarle el arca al pueblo de Israel. La pusieron en una carreta nueva jalada por dos vacas lecheras, incluyeron una ofrenda de oro y la vieron partir jalada por los animales directamente hacia la tierra de Israel. Luego de la desastrosa batalla en la que el arca fue capturada por los filisteos, Samuel pasó a ser conocido como juez y líder del pueblo. Se estableció en Ramá, donde había nacido y luego sería enterrado, y desde allí hizo un viaje todos los años por la tierra, instruyendo al pueblo y guiándolo hacia la adoración. Cuando Samuel percibió que el pueblo había alcanzado un sincero nivel de arrepentimiento por la idolatría en la que habían caído, y un deseo de servir al Señor, convocó a una reunión en Mizpa para ofrecer sacrificios y renovar el pacto. Al oír de esta reunión, los filisteos reunieron sus tropas y atacaron. Dios escuchó la oración de Samuel y una gran tormenta de truenos confundió tanto al ejército enemigo que permitió que los israelitas los vencieran rápidamente. La victoria sobre los filisteos fue tan completa que éstos jamás se atrevieron a atacar a Israel de nuevo durante el período del fuerte liderazgo de Samuel. El capítulo 8 es una transición entre el período de los jueces y la era de la monarquía. En términos teológicos, representa el fin de la teocracia, es decir, del reinado de Dios mediante jueces o líderes nombrados en forma directa. El propósito de Dios era, sin duda, que Israel fuera una teocracia, pero el pueblo y sus ancianos tenían una naturaleza tan perversa y desobediente, que demandaron un rey, con lo cual dio inicio la monarquía. El Señor le dijo a Samuel que no lo estaban rechazando a él como líder, sino al Señor mismo. Samuel les hizo ver los problemas que traería una monarquía, pero el pueblo volvió a pedir gobernante. Tres razones dieron para desear un rey: (1) Deseaban un líder que los dirigiera en tiempos de guerra; (2) opinaban que a su edad, Samuel era demasiado viejo como para guiarlos; y (3) deseaban la pompa y ceremonia de una corte real, tal como tenían otras naciones. Samuel le llevó esta solicitud al Señor y de nuevo el Señor dio Su consentimiento a la demanda de los representantes de la nación. Samuel los envió a su casa para esperar el tiempo de la acción.

1 Samuel 9:1—15:35. Saúl se convierte en rey. Son pocos los hombres que, teniendo tantas cosas a su favor al inicio de su carrera, han concluido en una tragedia tan amarga como la de Saúl, el primer rey de Israel. Su historia en las páginas del Antiguo Testamento es un testimonio inolvidable de las trágicas consecuencias de la desobediencia y la terquedad hacia el plan de Dios. La primera reunión con Saúl no deja ver el terrible desenlace que tendrá su vida. Saúl nació en Gabaá, un pueblo cerca de Ramá, el hogar de Samuel. Provenía de la tribu de Benjamín. Como hombre, Saúl era desconocido a nivel político. Trabajaba cuidando los rebaños de su padre Cis. Su apariencia física sin duda influyó en que fuera escogido, porque era cabeza y media más alto que los demás. Su gran tamaño inspiró confianza y las tribus se unieron para seguirlo, lo cual era tan necesario para salvar a Israel de los filisteos. Saúl inició su reinado con una serie de brillantes victorias contra los amorreos, moabitas, edomitas y filisteos, así como contra otros enemigos de Israel. Sin embargo, pronto olvidó su dedicación y las solemnes palabras que Samuel pronunció cuando lo ungió, pues permitió que sus éxitos lo envanecieran. Lleno de orgullo y vanidad, se dio a sí mismo todo el crédito de haber

vencido a sus enemigos, en vez de darle la gloria al Señor. Tres grandes pecados cometió Saúl siendo rey. (1) El primero fue en la batalla contra los filisteos en Micmas. Hizo un sacrificio al Señor antes de la batalla, y en ausencia de Samuel y pretendiendo ser sacerdote lo realizó él mismo. Cuando vino Samuel lo regañó por su desobediencia y por transgredir el mandato de Dios. (2) Otro grave error de Saúl fue ordenarle al ejército que se abstuviera de comer hasta que él fuera vengado de sus enemigos. Dijo que si alguno comía sería llevado a la muerte. Su hijo Jonatán, que era muy popular y respetado por las tropas, estaba ausente peleando con el enemigo cuando su padre dio la orden, de manera que violó el mandato del rey. El pueblo rápidamente se dio cuenta de cuán insensatamente había actuado el rey e impidieron que Jonatán fuera muerto. (3) El mayor pecado de Saúl fue su deliberada desobediencia hacia el Señor cuando fue enviado a pelear contra los amalecitas. Se le ordenó destruir al enemigo y todo el ganado. Sin embargo, Saúl le perdonó la vida al rey enemigo y conservó lo mejor del ganado para sí mismo y su ejército. Luego mintió sobre lo que en realidad había ocurrido en la batalla. Samuel se reunió con Saúl en Gilgal y le anunció que Dios lo había rechazado por completo. Al principio Saúl no creyó sus palabras y afirmó que había salvado lo mejor del ganado enemigo para ofrecerlo en sacrificio a Dios. Samuel entonces le dijo que Dios lo había rechazado como rey y que el reino le sería dado a otro.

1 Samuel 16:1—31:13. Saúl y David. Tras esta reunión entre Samuel y Saúl, la vida del rey cambió. En su mente sonaban las palabras de Samuel de que había sido rechazado y desamparado por Dios. Aunque quiso seguir siendo un buen rey, el temor y la sospecha empezaron a socavar su estabilidad mental. El capítulo 16 del primer libro de Samuel narra la inusual historia de cómo fue escogido David y cómo fue ungido en secreto para ser el sucesor de Saúl y rey de Israel. David era el menor de los ocho hijos de Isaí, quien residía en Belén de Judá. David era un joven pastor muy diestro y también tocaba el arpa. El Señor guió a Samuel a la casa de Isaí y cuando identificó a David como el que debía ungir, lo hizo en secreto. Saúl era vengativo y hubiera matado a David si hubiera sabido que Samuel lo había ungido como el siguiente rey. Cuando Saúl se dio cuenta de que su reino estaba escapándosele poco a poco de las manos, empezó a sufrir de lapsos de melancolía y desesperación, que rayaban en locura. En esos momentos, David, que ya estaba al servicio de Saúl, era llamado para que le tocara el arpa al rey y lo restableciera. David tuvo también otra oportunidad para demostrar su servicio a Saúl y revelar su valor y valentía. Fue en la ocasión en que les llevó comida a sus tres hermanos que estaban en una batalla con Saúl contra los filisteos. Llegó justo a tiempo para escuchar el reto del gigante Goliat, que pedía que enviaran a un campeón para que peleara contra él uno a uno, y que quienquiera que ganara, sería el amo del otro. No había nadie en Israel que pudiera responder el reto porque todos tenían miedo del gigante que medía más o menos dos metros y medio de alto y llevaba puesta una coraza de ciento cincuenta y siete libras. Al escuchar el reto del gigante David dijo: “¿Quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?” Saúl envió a llamar a David y éste le dijo al rey que por sus peleas contra el oso y el león cuando guardaba los rebaños de su padre, estaba equipado que para pelear contra el filisteo que se atrevía a insultar al Dios de Israel. Aunque se le ofreció la vestidura del rey, David escogió aquellos instrumentos que conocía: un cayado, una honda y cinco piedras lisas. La ira y el orgullo hicieron que Goliat se descuidara al ver a David y lo amenazó con darles su cuerpo a las aves y las bestias del campo. La tranquila respuesta de David ha inspirado a muchos a lo largo de los siglos: “Tú vienes a mí con espada y lanza, y un escudo, pero yo vengo a ti en el nombre del Señor de las huestes, el Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado”. La honda que usó David era del tipo que usaban los pastores para proteger a las ovejas. Usualmente era una tira de cuero que tenía una bolsa en el centro para sostener las piedras. Ambos extremos se sostenían en la mano y se giraba alrededor de la cabeza hasta que se soltaba uno de los extremos y la piedra era lanzada con tremenda fuerza. Era

posible lograr una gran precisión. No se nos dice por qué David tenía cinco piedras y sólo utilizó una para matar al gigante, pero como Goliat venía de una familia de gigantes y tenía varios hermanos, quizás David se preparó en caso de que otros cuatro bajaran de la colina en auxilio de Goliat. Lo que ocurrió ese día se supo en muchas partes lejanas. Cuando regresaron a casa tras derrotar a los filisteos, las mujeres salieron de todas las ciudades de Israel cantando y danzando al encuentro del rey Saúl. Cantaban: “Saúl ha matado sus miles y David sus diez miles.” Esta canción hizo enojar grandemente a Saúl al punto que desde ese día buscó la manera de matar a David. Sabía que su propia popularidad iba en descenso, mientras que la de David iba en aumento, y que al final David tendría el reino. Abiertamente, Saúl procuró matar a David por cualquier medio, a veces incluso por su propia espada y en otras oportunidades con la ayuda de espías y bandas de asesinos. David fue perseguido por toda la tierra, de una colina a otra, de una cueva a otra, en el desierto y en el Neguev. Pero David tenía muchos amigos leales en su lucha contra Saúl. Desde el día en que asesinó al gigante, trabó una amistad especial con Jonatán, el famoso hijo de Saúl. Jonatán estaba del lado de David y siempre trató de que su padre cambiara de opinión. Como no lo logró, hizo un pacto con David de protegerlo, manteniéndolo informado de los movimientos secretos de Saúl. Samuel fue otro fiel amigo de David. Vivió sus últimos días en su casa en Ramá y a veces David lo visitaba, y esto funcionó bien hasta que Saúl descubrió dónde se escondía David. En dos ocasiones distintas, David tuvo la oportunidad de matar a su feroz enemigo, pero en cada caso se compadeció de Saúl, dejando que su castigo viniera del Señor. Para Saúl, el día final le llegó en la batalla en el Monte Gilboé. Cuando vio cuán grande era el ejército de los filisteos tuvo miedo y buscó el consejo del Señor. Puesto que Dios no le respondió, buscó a una bruja en Endor. Esta mujer invocó el espíritu de Samuel, que le advirtió a Saúl: “El Señor ha quitado el reino de tu mano y se lo ha dado a tu prójimo David.” Al escuchar estas palabras, Saúl tuvo mucho temor y cayó al suelo y fue con mucha dificultad que sus siervos lo persuadieron de que volviera a la batalla que se acercaba. Los filisteos estaban decididos en especial a destruir al rey y a su familia. Los tres hijos de Saúl fueron muertos en la batalla. Saúl mismo fue herido gravemente y le pidió a su escudero que lo matara misericordiosamente con una espada, porque tenía temor de que los filisteos lo torturaran y mutilaran si lo llegaban a capturar vivo. El escudero se rehusó, por lo que Saúl tomó su propia espada, la sujetó al suelo y se tiró encima de la punta, de manera que murió suicida. Cuando los filisteos hallaron a Saúl y a sus hijos, colgaron sus cuerpos en la pared del templo de Astarot. Aunque esta historia es muy triste, es también un relato de heroísmo. Los hombres de Jabes Galaad, el pueblo que Saúl había salvado al inicio de su reinado, supo de la muerte de Saúl y en un rápido ataque nocturno tomaron los cuerpos de Saúl y sus hijos de la pared de Betsan y los llevaron a Jabes. Allí los cremaron y luego enviaron sus huesos al sepulcro familiar en Zelá.

2 Samuel 1:1—20:26. El reinado de David. El segundo libro de Samuel inicia cuando David ya es rey por derecho. David no estuvo presente en la batalla del Monte Gilboé, donde Israel sufrió una derrota deshonrosa. Estaba en Ziklag, una ciudad en el desierto en el límite del Neguev, que estaba en manos de los filisteos, donde David había estado por un año o más para escapar de Saúl y sus perseguidores. Cuando se enteró del desastre de Israel y de la muerte de Saúl y Jonatán, David lloró sus muertes como si fueran su propia familia y porque era una tragedia nacional. David no hizo distinción alguna entre la pérdida de Saúl y la de Jonatán, su fiel amigo. En vida, Saúl había ganado muchas batallas para Israel contra sus enemigos y además, había sido el ungido del Señor. Este mismo amor por la verdad y la justicia de Dios, hizo que David no le quitara a Saúl la vida en las dos ocasiones distintas en que podría haberlo hecho. Pocos son los hombres que son tan generosos con un enemigo, como lo fue David con Saúl. Luego de buscar el consejo de Dios, David dejó Ziklag y fue a Hebrón, donde su propia tribu lo ungió como rey sobre la casa de Judá. Aunque fue declarado

rey de Judá, David todavía debía enfrentar a los seguidores de Saúl y al pueblo de Israel antes de ser rey de todo Israel. Entre ellos estaban Abner, el comandante del ejército de Saúl e Isbolet, el cuarto hijo de Saúl. Los siguientes siete años ellos sostuvieron una guerra tribal. Sin embargo, en las batallas e intrigas que vinieron, tanto Abner como el príncipe Isbolet fueron asesinados. Cuando el pueblo lo supo, los ancianos de la casa de Saúl buscaron a David en Hebrón. Así, todas las tribus de Israel hicieron rey a David en una asamblea nacional, cumpliéndose así las palabras del Señor a David. Cuando los filisteos, que habían esclavizado a los israelitas desde la muerte de Saúl en la batalla del Monte Gilboé supieron que David había sido ungido rey, fueron a buscarlo. Pero David se encerró en sus fortalezas. Buscó la guía de Dios, lo cual era su costumbre y luego salió y venció a los filisteos en dos batallas separadas. Desde ese momento en adelante, los israelitas controlaron la fortaleza de Sión y la ciudad de Jerusalén. La captura de Jerusalén fue un evento importante en la historia de Israel. Antes de esto, la nación no había tenido un centro real, una capital. Sin embargo, de ahora en adelante, el centro nacional se estableció en Jerusalén. David tenía una fuerte relación con Dios. Uno de sus primeros actos como rey, fue tomar un grupo de hombres armados y traer de vuelta al tabernáculo de Jerusalén el arca de Dios que había estado guardada por casi ochenta años. Construyó una casa real hermosa, pero no estaba contento porque el arca de Dios descansaba en una tienda. Así que fue al profeta Natán con un plan para construir un templo, pero el Señor no se lo permitió porque su vida había sido la de un guerrero y había derramado mucha sangre. Pero le dijo que su hijo Salomón sería un hombre de paz. David acató la voluntad de Dios en oración y se dedicó a recoger grandes cantidades de materiales, entre ellos oro y plata. Este material fue guardado para que su hijo Salomón, que aún no había nacido, construyera el templo en el cuarto año de su reinado tras la muerte de David. Sin embargo, David tenía mucho trabajo por hacer antes de que los enemigos de Israel fueran expulsados de la tierra. Venció a los filisteos en el occidente, a los moabitas, edomitas y amorreos al este, y también a los amalecitas. Luego subyugó a los sirios y aliados. Todas las naciones enemigas entre Egipto y el Éufrates fueron dominadas. En 2 Samuel 8:6 se nos dice: “Y Jehová dio victoria a David por dondequiera que fue”. David fue soberano en su propia tierra y muy respetado y temido en otras tierras.

El asombroso realismo de la Biblia se nota en el relato del trágico pecado de David, y la larga lista de consecuencias que esto le acarreó. Así fue como ocurrió el horrible fracaso de un gran líder, de un hombre “según el corazón de Dios”. Cuando había pasado el invierno con su estación lluviosa, David envió a Joab y al ejército israelita a pelear contra los amorreos. Debido a su alta posición él no acompañó a las tropas al campo de batalla. Un día que se paseaba por el patio de su palacio, vio a una mujer en el patio de su casa en una terraza inferior. Hizo averiguaciones sobre ella y descubrió que era la esposa de Urías, uno de sus oficiales. El deseo de David por esa mujer superó sus sensibilidades más nobles y envió mensajeros a Betsabé para que le llevaran a él. El mal engendra el mal, y el pecado lleva a otro pecado. Betsabé quedó embarazada y se lo hizo saber a David. El rey entonces, en un desesperado intento de tapar su pecado, hizo que Urías viniera a casa para que estuviera con su mujer, pero Urías no quiso disfrutar de los placeres del hogar y la familia mientras sus soldados estuvieran viviendo la dureza del campo de batalla. El segundo intento de David para tapar su pecado fue emborrachar a Urías, pero Urías se negó a volver a casa. Entonces, David le ordenó al general al mando que pusiera a Urías en lo más encarnizado de la batalla para que fuera asesinado. Urías murió en batalla y esto le permitió a David desposar a Betsabé. Los dos trágicos episodios en la vida de David fueron: (1) su inexcusable pecado con Betsabé, esposa de Urías, y (2) ordenar que Urías fuera colocado directamente bajo ataque enemigo para que fuera muerto y así el pecado del rey quedara encubierto. Por un tiempo pareció que David se había salido con la suya y que todo el asunto pasaría inadvertido, pero las acciones de David habían molestado al Señor. Por

eso el Señor envió al profeta Natán a confrontar a David por su pecado y cuando el profeta lo retó, David se arrepintió rápida y completamente. El profeta le aseguró que Dios lo había perdonado, pero que habría consecuencias de sus actos toda su vida. Las palabras de Dios fueron: “La espada jamás se apartará de tu casa”. Esto fue así ciertamente, porque David vivió para ver que su hija Tamara fuera violada por su medio hermano Amón, quien a su vez fue asesinado por su hermano Absalón. Luego, tenemos la historia de la rebelión de Absalón y su conspiración para derrocar a su padre David. Se relata luego el exilio temporal de David de su capital en Jerusalén y la muerte de su hijo Absalón en la lucha entre ambos por el reino. Mientras David estuvo fuera del palacio, sus esposas fueron violadas en público por sus enemigos. David retomó luego la capital y su autoridad jamás fue retada en serio nuevamente. Una rebelión prematura al mando de un hombre llamado Seba, de la tribu de Benjamín, fue desmantelada rápidamente. Aunque su gran pecado y sus consecuencias le robaron un poco de gloria al reinado de David, él se arrepintió sinceramente y el final de su vida fue tan hermoso que llegó a ser llamado “el hombre según el corazón de Dios”.

2 Samuel 21:1—24:25. Un apéndice. Los últimos cuatro capítulos del segundo libro de Samuel son una especie de apéndice donde se narran algunos eventos importantes del reinado de David, aunque no necesariamente en orden cronológico. Provocado por Satanás, David ordenó que se hiciera un censo ilegal, lo cual le trajo una grave plaga a la nación. Por otro lado, la lucha dentro de su familia y la ambición de otro de sus hijos amenazaron la paz mental del viejo rey. David murió a los setenta y un años. Fue rey de Judá por siete años y rey de todo Israel por otros treinta y tres. En todas las maneras fue un hombre admirable. Como ser humano, fue grande. Tuvo un amor sin límites por Dios, una fe inquebrantable y lealtad para con Él, y una verdadera hambre de conocer y hacer la voluntad del Señor. En muchas maneras David refleja las debilidades y características de una época dura. El reino se estableció firmemente en su tiempo. Aunque su pecado inexcusable manchó su obra y provocó rebelión, dolor y derramamiento de sangre, las acciones de David fueron sólidas y duraderas. Murió a los setenta y un años tras un largo reinado de cuarenta años—siete de los cuales fue en Hebrón como rey de Judá, y treinta y tres en Jerusalén como rey de todo Israel. Cuando su hijo Salomón ascendió al trono halló una nación fuerte, respetada y relativamente próspera. Salomón llevó a la nación a su más alto nivel de poder político y de prosperidad.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 6)

1. ¿Cuál es el propósito general y cuál el propósito teológico de los libros de Samuel?
2. ¿Cuál es la diferencia entre una teocracia y una monarquía?
3. ¿Cuáles fueron las tres razones que el pueblo dio para justificar su deseo de tener un rey?
4. ¿Cuál es el testimonio inolvidable que da la vida de Saúl?
5. ¿Qué significa lo que ocurrió después de la muerte del gigante Goliat?
6. ¿Por qué se dejó caer Saúl sobre su propia lanza y cuál es la historia de verdadero heroísmo que ocurrió después?
7. ¿Por qué no le permitió Dios a David construir el Templo y cuál fue su actitud ante ello?
8. ¿Cuáles fueron los dos trágicos episodios del reinado de este gran rey?
9. ¿Cuáles consecuencias trajeron los pecados de David?
10. ¿A qué edad murió David y cuánto tiempo reinó sobre Judá e Israel?

LECCIÓN 7 – NOTAS

LOS REYES Y SUS REINOS

1 y 2 de Reyes

Introducción. Salomón, el tercer rey del reino unido de Israel, contrasta vívidamente en muchas formas con su padre David. Es el hijo menor de David que nace después de que David se casa legalmente con Betsabé, y es criado en el esplendor y lujo de una corte oriental. Su nombre significa “pacífico”, lo cual da fe del deseo de David de tener paz y su anticipación a la naturaleza del reinado de Salomón. Los dos libros de Reyes son una secuencia a los dos libros de Samuel y deben leerse como una continuación de la historia de la nación hebrea. Los dos libros de Samuel abarcan la parte más importante de la historia hebrea—desde el nacimiento del profeta Samuel hasta el fin del reinado de David, más o menos desde el año 1100 hasta el 974 antes de Cristo. Los libros de Reyes abarcan el período crucial entre la muerte del rey David en el 974, el cautiverio y exilio del reino del norte en el año 721, y la caída y exilio de Judá (o reino del sur) en el año 586.

Autor y fecha. No se conoce quién es el autor de los dos libros de Reyes, pero se cree que fue un profeta. Los profetas se agrupaban en comunidades o escuelas, que luego llegaron a ser el centro de la vida religiosa y los líderes de la nación. Se supone que los relatos históricos están escritos desde el punto de vista de los profetas. Por tanto, los eventos se presentan como las lecciones morales y religiosas de un vocero de Jehová. Los libros se consideran “profecías”. La fecha en que fueron compuestos los ubica más o menos entre el año 560 y el 538 antes de Cristo.

Antecedentes. El compilador de los libros de Reyes obviamente fue testigo de la caída del reino del sur y de la imposibilidad de la nación israelita de mantener su relación única con Dios. Desde su perspectiva durante el exilio, analiza a los reyes de Israel y Judá y esboza sus dificultades para ser leales al pacto. Su historia es triste, pero retrata la importancia de la santidad y la desobediencia, porque afectan a aquellos cuyas vidas tocan.

Propósito. El propósito de los dos libros es mostrar, con base en la historia de Israel, que el bienestar de la nación depende en última instancia de su fidelidad al pacto con Dios, y que el éxito de cualquier líder debe medirse por el grado con que se apega a la constitución mosaica y el grado con que mantenga un testimonio puro y dé honor a Dios delante de los paganos. Este registro de eventos es importante porque tiene gran valor desde la perspectiva de Dios para Su plan de redención.

Contenido. Los dos libros de Reyes hablan del ascenso de Salomón al poder y de los logros en su reinado. Hacia el fin de esos años gloriosos de la monarquía, la idolatría se torna un problema que al final lleva a que el reino se divida en dos: Israel (reino del norte) y Judá (reino del sur). Los muchos logros positivos del reinado de Salomón se narran en los capítulos 1 al 10, y al inicio del capítulo 11 la situación empieza a cambiar. El resto de los libros narra el deterioro gradual, con pocos interludios de esperanza, hasta que ambas naciones son destruidas. Al inicio de 1 Reyes 12, se analizan las reglas del reino dividido. La historia de la inestable coexistencia de Israel y Judá continúa a partir de 1 Reyes 12:1 hasta la caída del reino del norte en 2 Reyes 17:41. La sección final de 2 Reyes (18:1—25:30) narra la vida de Judá que caminó entre verdaderas reformas

religiosas (Ezequías y Josías) y una absoluta apostasía (Manasés y Joacaz). Los libros de Reyes terminan con la destrucción de Jerusalén y el inicio del exilio babilónico con Nabucodonosor. Pero el epílogo (2 R. 25:27-30) deja entrever que, incluso en esos tiempos de desesperación, el pacto de amor de Dios con Su pueblo siguió vigente.

1 Reyes 1:1—11:43. Un reino bajo la “casa de David”. Cuando el reino de David estaba por llegar a su fin, se levantó la pregunta de cuál de sus hijos sería su sucesor. Absalón, el guapo hijo mayor ya había muerto por haberse rebelado contra su padre. Adonías, el siguiente hijo en línea, y hermoso como su hermano Absalón, ambicionaba ser el sucesor de su padre David. Formó un plan e hizo que Joab, el comandante más viejo del ejército, y Abiatar el sacerdote, se pusieran de su lado. Pero el profeta Natán, el sacerdote Sadoc y treinta hombres valientes de David no estaban del lado de Adonías, sino del de Salomón. Así que Natán acudió a Betsabé, la madre de Salomón y le pidió que entrara a la cámara del rey, donde el anciano varón descansaba en su lecho, para solicitarle que mantuviera su promesa de poner a Salomón como rey después de él. Esto se hizo como Natán lo planeó. David llamó al profeta Natán y al sacerdote Sadoc y ungió a Salomón como rey en una ceremonia que se realizó en Gihón. Luego Salomón montó la mula de David como señal de que era rey. El reinado de Salomón se caracterizó por su devoción a la causa de Dios. Aunque casarse con la hija del faraón egipcio fue un problema posteriormente, los primeros años del gobierno de Salomón estuvieron llenos de evidencias del favor de Dios. Durante una fiesta sacrificial en Gabaón, Dios se le apareció durante la noche y le pidió que escogiera un regalo. El joven rey no pidió riquezas ni larga vida, sino el don de la sabiduría para gobernar al vasto pueblo de Dios. Esta sabiduría fue clara en muchas maneras a lo largo de los cuarenta años de su reinado. El genio para organizar que vimos en la vida de David estuvo presente en formas aún más marcadas en Salomón. La reputación de su sabiduría se supo por toda la tierra y muchos vinieron desde lejos para comprobarla.

El mayor logro de Salomón fue construir el Templo, el primer centro permanente de adoración que tuvo la nación de Israel. David reunió cantidades fabulosas de suministros, oro, plata y piedras preciosas, además de que hizo grandes ganancias en muchas empresas comerciales exitosas. Contrató a diestros artesanos de Tiro para que ayudaran en la construcción, obra que duró siete años. Envió treinta mil israelitas a los montes del Líbano, diez mil por vez, a traer la famosa madera de ese país. Forzó a ciento cincuenta mil cananeos que se quedaron en el país a que cargaran piedras y sirvieran como acarreadores. El lugar más sagrado del Tabernáculo era el Lugar Santísimo. Dentro del Lugar Santísimo estaba el arca del pacto que descansaba bajo las alas de dos colosales querubines de madera de olivo recubiertos de oro. Sólo los sacerdotes oficiantes podían ingresar al Lugar Santísimo, que estaba separado del santuario por una partición de cedro, recubierto de oro, de donde colgaban ricas cortinas. El Templo de Salomón fue la primera estructura y la más grande que se erigió en ese lugar. Estuvo en pie desde su dedicación en el año 960 antes de Cristo, hasta su destrucción a manos del ejército babilónico de Nabucodonosor en el año 586 antes de Cristo, casi cuatro siglos después.

La escena de la dedicación del Templo fue magnífica en verdad. Siguiendo el precedente establecido por David, el rey en persona presidió la gran reunión religiosa. Se ofrecieron muchos sacrificios y Salomón hizo una maravillosa oración de dedicación. La gloria de Dios descendió y el pueblo adoró y alabó a Dios. Luego de la dedicación, Dios se le apareció de nuevo a Salomón y le prometió serle fiel, pero le advirtió que si desobedecía y se rebelaba habría consecuencias fatales. Para darle un brillo final a la dedicación, Salomón anunció una fiesta de catorce días. Esa fiesta fue en realidad parte del acto de ofrecer sacrificios, los cuales se hicieron en abundancia. El total de animales

sacrificados fue veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Tal como establece la ley, solo una pequeña parte de cada sacrificio se quemó con fuego; el resto fue dado al pueblo para que participara y se regocijara en esta gran fiesta sagrada.

El esplendor externo de Salomón llegó a su punto más alto durante la visita de la reina de Saba. Tras la visita de la reina el brillo del lujo y la prosperidad duraron un breve tiempo. Pero aparecieron dos grandes males: la maldición de la poligamia y la maldición de la dictadura. Trajeron ruina espiritual tanto para el rey como para el pueblo. En la ley de Moisés el gobernante teocrático tenía prohibidas tres cosas específicas, y Salomón las hizo las tres, no solo deliberadamente, sino a gran escala. (1) Se le prohibía multiplicar caballos, pues eran el símbolo del militarismo—Israel debía ser instrumento de paz. (2) Se le prohibía amasar oro y plata, porque esto solo llevaría al empobrecimiento del pueblo. (3) Se le prohibía tomar muchas esposas extranjeras debido al peligro de que alejaran al líder de Dios. En particular, se le prohibía explícitamente el matrimonio con mujeres de otras naciones. La Biblia nos dice que Salomón tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas. Las esposas paganas trajeron sus religiones idólatras con ellas y Salomón permitió que se levantaran altares a los ídolos por toda la nación. Había mucho descontento en la nación. El profeta Ahías fue enviado a Jeroboam, uno de los suboficiales de Salomón, con la promesa de darle el dominio sobre diez de las tribus, debido a que el rey había dejado de adorar a Dios. Jeroboam tuvo que huir exilado a Egipto, pero regresó cuando supo que Salomón había muerto. Alrededor del año 931 antes de Cristo, tras cuarenta años de reinado, murió Salomón el Magnífico a los setenta años. La espléndida súper estructura que había erigido tenía debilitada su base. La deslealtad hacia Dios había debilitado la nación y había afectado sus cimientos.

1 Reyes 12:1—2 Reyes 17:41. Los dos reinos y sus historias sincronizadas. Tras la muerte del rey Salomón y el ascenso al trono de su hijo Roboam, el reino israelita se dividió en dos: el reino de Judá en el sur, y el reino de Israel en el norte. El reino del norte es conocido de varias maneras: Israel, las diez tribus y Efraín. Su historia desde el inicio fue una de desmoronamiento y apostasía, lo cual llevó al cautiverio y a la extinción de la nación. En la coronación que vino después de la muerte de Salomón, Roboam amenazó con aumentar la ya pesada carga de impuestos y esto fue la gota que derramó el vaso y provocó que las diez tribus del norte dejaran el reino consolidado y escogieran a Jeroboam como rey. Se establecieron temporalmente en la ciudad de Siquem. En esta separación de los reinos influyeron varios aspectos: (1) El aislamiento geográfico de Judá, que dificultó la intercomunicación con las otras tribus. (2) Los pesados impuestos y tributos que se le impuso al pueblo para mantener el lujo de Salomón y los muchos edificios que erigió, provocaron gran resentimiento. (3) Los celos de la tribu de Efraín, tribu que lideraba el norte. (4) La ambición personal de Jeroboam y la negativa de Roboam de escuchar razones en cuanto a los pesados impuestos que había ordenado Salomón. Y lo más importante, (5) la idolatría que Salomón y sus esposas extranjeras introdujeron, que socavó la lealtad del pueblo hacia Dios. La lealtad a Dios era su lazo más fuerte para seguir unidos.

En Judá, luego de Roboam reinó su hijo Abiam por tres años y siguió el pecaminoso patrón religioso que había establecido su padre. Sin embargo, Asa, tercer rey de Judá e hijo de Abiam, realizó un cambio en Judá. Quitó los ídolos que su padre había hecho y expulsó de la tierra los cultos paganos. Quitó de su cargo de reina madre a su abuela Maaca en la corte, porque adoraba a la diosa cananea Astoret. La escritura nos dice que Asa fue totalmente fiel al Señor todos los días de su vida. La casa de David fue preservada tal como el Señor prometió.

Durante este primer período de Israel hubo tres dinastías, o tres líneas distintas de reyes que ocuparon el trono de este reino independiente. La primera fue la dinastía de Jeroboam I y consistió sólo de su fundador y de su hijo Nadab. Jeroboam reinó del 931 al 910 antes de Cristo, un total de veintidós años. Ahías le había asegurado a Jeroboam que si era fiel a Dios, sus hijos reinarían en Israel sin interrupción después de él. Pero Jeroboam no acató la advertencia que le dio el profeta Ahías. Quizás tuvo temor de que si el pueblo asistía a las fiestas anuales en el Templo de Jerusalén, dejarían de serle leal a él. Por tanto, levantó dos altares con becerros de oro—uno en Dan al norte, y otro en Betel, al sur. Violando también la ley divina, colocó sacerdotes que no eran de la tribu de Leví. Dos veces fue exhortado Jeroboam por su idolatría—una por un profeta desconocido de Judá, y otra por Ahías. Pero no se arrepintió nunca en su vida. Vivió en guerra con Judá hasta su muerte. A su muerte, subió al trono Nadab, pero el reino estaba en problemas. Reinó menos de dos años, pues en una batalla con los filisteos, fue asesinado por Baasa, de la tribu de Isacar, quien también masacró a toda la familia y ocupó el trono en su lugar. Así se cumplió la predicción de Ahías en cuanto a la destrucción total de la casa de Jeroboam. Esto dio paso a la dinastía de Baasa, que duró veinticuatro años, durante los cuales tuvieron guerra casi constantemente con Asa, que era en ese momento el rey de Judá. Pero Baasa siguió adorando al becerro de Jeroboam, pese a que fue advertido por el profeta Jehú, hijo de Hanani, de que su familia sufriría la misma suerte que la de Jeroboam. Tras la muerte de Baasa, reinó su hijo Ela por dos años quien fue tan pecador como su padre. La vida de Ela no fue larga porque Zimri, uno de los comandantes de sus carros, lo asesinó para tomar el trono. Tan pronto se colocó allí, Zimri asesinó a todos los varones descendientes de la casa de Baasa. Con esto se cumplió la profecía de Jehú y así concluyó la segunda dinastía que permitió un debilitamiento aún mayor de Israel a manos de Siria y otros enemigos. El triunfo de Zimri duró sólo siete días porque una revuelta del ejército puso al mando a Omri, general en jefe. Esto inició la dinastía de Omri, en la cual hay cuatro reyes malignos: Omri, Acab, Ocozías y Joram. Omri murió alrededor del año 874 antes de Cristo, tras reinar en Israel por 12 años. Le siguió su hijo Acab, que se casó con Jezabel, una reina maligna por cuya influencia casi fue destruido por completo el culto a Jehová en el reino del norte. Otros reyes antes habían intentado erradicar la adoración al verdadero Dios, pero la estrategia de Jezabel y Acab fue reemplazarla por la adoración a Baal, y perseguir y matar en forma sistemática a todos los profetas de Dios. Muy pocos escaparon.

Durante los turbulentos años de la dinastía de Omri vivieron dos notables profetas que dieron testimonio de fidelidad a Dios. Elías apareció sin aviso alguno, justo cuando Acab, bajo la influencia de Jezabel, intentaba eliminar la adoración a Jehová colocando la idolatría a Baal. Elías le advirtió a Acab que habría sequía y hambre como castigo por la idolatría. Después de tres años de sequía y hambre, Elías volvió ante Acab. Esta vez retó al rey a que reuniera a los sacerdotes y profetas de Baal para enfrentarlos en el monte Carmelo. El reto era simple: ambos competidores debían ofrecer sacrificios. El dios que enviara fuego para consumir el sacrificio sería reconocido como el verdadero Dios. Los ochocientos cincuenta sacerdotes de Baal fallaron; entonces Elías reparó el altar del Señor, mojó el sacrificio con agua para que no hubiera fraude e invocó a Jehová para que respaldara Su nombre. Descendió fuego del cielo que consumió el sacrificio, secó el agua y hasta derritió las piedras del altar. Al mandato de Elías, los profetas y sacerdotes de Baal fueron degollados. La reina Jezabel se puso furiosa por haber perdido a sus profetas y sacerdotes y amenazó de muerte a Elías. Tal como Dios había prometido, vinieron las lluvias y terminó la sequía. Pero a causa de las amenazas de Jezabel, Elías huyó al monte Horeb, al sur de Palestina, totalmente desanimado. Pero Dios le prometió un compañero. Había estado solo por muchos años, pero ahora tendría un amigo y ayudante. Sería Eliseo. Elías se presentó de nuevo al rebelde Acab y lo denunció por haberle dado muerte a Nabot para apoderarse de su viña. Pronunció el fin de Acab y su familia. Acab fue herido

en batalla y cuando su carro regresó a Samaria, la sangre fue lavada en un estanque de la ciudad. Los perros, tal como había visto Elías, lamieron la sangre de Acab y varios años después, la misma profecía de Elías se cumplió cuando dijo: “Los perros se comerán a Jezabel en el muro de Jezreel”. Finalmente, a Elías se le concedió un honor especial: fue la segunda persona en ser llevada al cielo en una nube sin haber visto la muerte. Eliseo vio el carruaje y los caballos de fuego aparecer en el cielo y a Elías ser arrebatado al cielo. El manto de Elías cayó sobre su sucesor quien pidió una doble porción del espíritu de Elías. El espíritu de Elías llegó a significar entre los judíos lo mismo que el espíritu de la profecía. Eliseo, más que ningún otro hombre en el Antiguo Testamento, tuvo un poder milagroso. Muchos de los milagros que realizó fueron simples actos de bondad. Incluso después de su muerte, sus huesos tuvieron tanta vida, que el cuerpo de un israelita que iba a ser enterrado, al entrar en contacto con el esqueleto del profeta, volvió a la vida.

Jehú, conocido como “el hijo de Nimsi” para distinguirlo del profeta que lleva el mismo nombre, había sido soldado al servicio de Acab. Elías recibió autoridad para ungirlo como rey de Israel en lugar de Acab, pero no fue sino hasta quince años después que Eliseo envió a un joven profeta para que lo ungiera. Los mejores reyes de Israel fueron descendientes de Jehú. Después de la dinastía de Jehú vino la dinastía de Peka. Fue rey once años durante los cuales fue idólatra y adoró al becerro, tal como habían hecho otros antes que él. La siguiente dinastía es la de Oseas, que subió al trono tras asesinar a Peka. Oseas fue el último rey de Israel, pues el rey de Asiria invadió Palestina y envió grandes cantidades de israelitas a Media y Mesopotamia. Los asirios trajeron colonos para que se establecieran en estas tierras y se casaran con la gente que quedó en el país. Esta mezcla de pueblos dio origen a los samaritanos, que se mencionan más tarde en el Antiguo y Nuevo Testamentos. El cautiverio fue el juicio que Dios trajo sobre una nación apóstata. La idolatría, la borrachera y el comportamiento licencioso le robaron toda la fuerza al pueblo. A pesar de las repetidas advertencias y al fiel ministerio de grandes profetas, la nación siguió su camino descendente, dando testimonio de que ese es el resultado de cualquier nación que olvida a Dios.

La historia del reino del sur, o Judá, abarca un período de casi tres siglos y medio, de los cuales los primeros doscientos cincuenta años corren paralelos a la historia de Israel que hemos estado estudiando. El término “judío” viene de Judá, y originalmente se usaba para referirse a las personas del reino de Judá. Después del cautiverio que se narra en 2 Reyes, se utiliza para referirse a cualquier miembro de la raza hebrea que regresaba a Palestina, hasta que finalmente llegó a aplicarse a todos los descendientes de las doce tribus de Israel.

Después de la revuelta de Jeroboam y las diez tribus del norte (llamadas Israel), todo Judá y la mayoría del pueblo de Benjamín siguieron siendo fieles al hijo de Salomón, Roboam y a la casa de David. A David se le había prometido un trono perpetuo, y aunque Roboam causó la división de las diez tribus del norte, lo cual le costó al reino la mayoría de las tribus y una gran área de la nación, hubo una sola dinastía o línea de reyes desde David hasta la destrucción total de la nación a manos de Nabucodonosor. Durante este período, hubo diecinueve reyes y una reina, todos descendientes de David, que guiaron el incierto destino del pueblo de Dios en la tierra llamada Judá. Aunque Israel tuvo muchas ventajas por separarse del reino de Salomón, también Judá tuvo ganancias. (1) Tuvo menos fronteras expuestas. (2) Disfrutó de una sucesión continua de reyes. (3) Su población era más fuerte. (4) Tuvo la ventaja de tener en Jerusalén un centro fijo para la adoración y el gobierno. Debido a que Jeroboam instituyó la adoración a un becerro, muchos hebreos leales a Jehová, junto con muchos sacerdotes y levitas dejaron Israel y emigraron a Judá, lo cual reforzó espiritualmente a la nación de Judá.

Los trescientos cuarenta y cinco años de la vida de la nación de Judá se dividen en cuatro períodos. Los primeros tres se distinguen porque tras un descenso religioso y moral viene una reforma o avivamiento bajo un rey notable y muy espiritual.

(1) El primer período va de Roboam a Josafat. Hubo cuatro reyes que reinaron durante este primer ciclo de descenso y reforma, que abarcó ochenta y un años. Como hemos visto, tras la muerte de Salomón, su hijo Roboam tomó la decisión de aumentar los impuestos y las restricciones sobre el pueblo, lo cual llevó a la revuelta de las diez tribus del norte bajo el mando de Jeroboam. El primer acto de Roboam después de la revuelta fue formar un ejército en un intento de volver a dominar las tribus rebeldes. El profeta Semaías le advirtió que no lo intentara y así impidió una guerra civil. Roboam se contentó con fortificar varias ciudades a lo largo de la frontera norte de su territorio y con aprovisionar sus fortalezas. Debido a la división de las tribus, el faraón de Egipto atacó Judá. Tomó muchas ciudades de Judá y saqueó Jerusalén y el tesoro del Templo. Roboam murió tras diecisiete años de ser rey, y su hijo Abiam ocupó el trono. Abiam murió tres años después y su hijo Asa pasó a ser rey. Asa fue rey por cuarenta y un años y al inicio intentó que el pueblo volviera a adorar a Jehová. Aunque su propio corazón estaba a derecho con Dios, muchos del pueblo siguieron a los ídolos. Sin embargo, Asa hizo varias cosas que mostraron falta de confianza en Dios y el profeta Hanani lo exhortó por ello. Como resultado, Hanani fue hecho prisionero. Josafat era el hijo mayor de Asa y reinó con él cinco años antes de su muerte. Cuando Asa murió, Josafat pasó a ser rey y de inmediato retomó la reforma iniciada por su padre años atrás. Instruyó al pueblo en la ley del Señor, enviando levitas y príncipes para que les enseñaran. Dios prosperó su reino, y tanto filisteos como árabes le pagaron tributo a Judá. Cometió varios errores graves, pero Dios los resolvió porque Asa oró. Una innovación importante del reinado de este gran rey fue el establecimiento de una corte suprema de levitas, sacerdotes y abogados prominentes de Jerusalén. Este organismo fue el antecesor de lo que luego sería el Sanedrín. Josafat murió a los setenta años y fue seguido de su hijo Joram. Con Joram inició el segundo período de los reyes de Judá.

(2) El segundo período va de Joram a Ezequías. El segundo descenso al pecado y un segundo avivamiento en Judá ocuparon un período de aproximadamente sesenta y siete años, durante los cuales hubo ocho reyes y una reina. A la muerte de Josafat, el joven rey Joram mató a sus hermanos y a otros de la casa real que podían amenazar su seguridad. Su esposa Atalía era maligna, porque era hija de Jezabel y Acab, influyó en Joram para que restableciera los altares idólatras y los lugares altos por toda la nación, además de que incitó a la gente a la fornicación y la maldad. Elías le envió una carta de advertencia de lo que podría sobrevenirle por su maldad, pero Joram no escuchó, de manera que murió dos años después. Sólo tenía cuarenta años y reinó ocho. Tras su muerte, el único hijo vivo era Ocozías quien pasó a ser el rey a los veintidós años. Reinó sólo un año pues fue muerto en batalla. Atalía tomó ventaja de la confusión que vino tras la muerte de su hijo y tomó el poder real. Inmediatamente ordenó que los jóvenes hijos de Ocozías fueran asesinados, de los cuales se salvo sólo el niño Joás, que fue rescatado por Josaba, su tía y esposa del sumo sacerdote Joiada. Atalía reinó seis años con mano dura mientras Joás estuvo escondido en el Templo. Cuando el niño cumplió siete años, el sacerdote Joiada lo dio a conocer al pueblo y Atalía fue ejecutada. Las cosas marcharon bien mientras vivió este sabio y santo consejero. El pacto de servir al Señor fue renovado y el templo de Baal fue destruido. El Templo se reparó y restauró. Desafortunadamente, tras la muerte de Joiada, Joás dejó de serle leal a Dios. Zacarías, hijo de Joiada, denunció la idolatría del rey y de su pueblo y como resultado, Joás ordenó que muriera apedreado. Como en todas las otras ocasiones de rebelión, Dios juzgó prontamente el reinado de Joás, quien enfermó gravemente. Su hijo Amasías tomó las riendas del gobierno. Joás fue asesinado en su cama por sus propios siervos

por haber ejecutado a Zacarías. El primer acto de Amasías como rey fue ejecutar a los asesinos de su padre. Durante su reinado terminó la larga alianza entre los reinos del norte y del sur. Tras su muerte, reinó en Jerusalén por veinticuatro años su hijo Uzías (o Azarías). Este nuevo rey era un hombre muy capaz. Reorganizó el ejército, mejoró las máquinas de guerra y tuvo sobresalientes victorias sobre filisteos y árabes. Además, fomentó la agricultura por todo el país y recogió tributos de las naciones vecinas. A nivel personal, adoró a Dios, pero el pueblo siguió aferrado a sus altares idólatras. Tras su muerte, pasó a ser rey su hijo Jotam. Jotam fue otro rey que hizo lo correcto ante los ojos del Señor, aunque no quitó los lugares altos de adoración pagana. Su reinado se caracterizó por mostrar la misma prosperidad externa que hubo durante el reinado de Azarías. Jotam tenía solo cuarenta y un años cuando murió y lo sucedió su hijo Acaz que tenía veinte años. Aunque su padre había adorado a Jehová, Acaz declaró abiertamente su idolatría. Reinó aproximadamente dieciséis años y murió alrededor del año 720 antes de Cristo. Fue relevado por su joven hijo Ezequías, que fue muy diferente de su padre. Desde muy temprano, Ezequías mostró gran devoción al Dios verdadero. Reparó y limpió el Templo, y restauró la observancia correcta de sus ordenanzas. Celebró la Pascua con ceremonias adecuadas, a las cuales invitó no sólo a su pueblo, sino también al reino del norte. Con gran celo intentó erradicar la idolatría por todo el reino, destruyendo las imágenes y los altares que hallaba.

En Oseas vemos al último de los reyes del reino del norte. Durante su reinado, Israel fue aplastado por los impacientes gobernantes asirios. Su desobediencia no le dejó otra alternativa a Dios. La nación cayó y el pueblo fue llevado cautivo. El paso de la inocencia al desastre es largo, y un paso lleva al otro. Hubo una constante progresión hacia el mal: (1) pecados en secreto; (2) adoración de otros dioses; (3) irrespeto hacia la Palabra del Señor; (4) endurecimiento del corazón e incredulidad; (5) mal sin límites; (6) juicio y desastre. A pesar del castigo, Dios siguió llamando a Su pueblo a que regresara a Él. Los israelitas del reino del norte no sólo fueron llevados a otras áreas, sino que su tierra fue repoblada con otros pueblos cautivos. La caída del reino del norte es la trágica historia de la desobediencia y del no cumplir el pacto. El colapso de Israel hizo que Judá quedara como único reino israelita en Palestina.

2 Reyes 18:1—25:30. Un reino—Judá sigue solo. Ezequías reinaba en el tiempo en que el reino del norte fue destruido. Siete años después de su destrucción, Ezequías fue azotado por una enfermedad, pero Isaías le trajo promesa de sanidad y le dijo que el Señor le añadiría quince años más a su vida. Durante ese tiempo, Ezequías fue insensato y les mostró a los asirios los tesoros de la ciudad y su bello Templo. Así que los asirios decidieron atacar a Ezequías y a su ejército, quienes lograron resistir animados por Isaías. Una misteriosa plaga atacó el ejército asirio y ciento ochenta y cinco mil soldados murieron en una sola noche. Ezequías llegó al fin de sus quince años prometidos alrededor del año 687 antes de Cristo, y tras su muerte ascendió al trono su hijo Manasés. Así inició el tercer período de los reyes de Judá y Judá siguió solo, puesto que el reino del norte había sido llevado cautivo.

(3) Este tercer período va desde Manasés hasta Josías. El último siglo de la historia de Judá como nación independiente abarca otro ciclo de maldad y reformas. Al final, su caída en el pecado fue tan grande que ya no hubo una recuperación. Cada caída al pecado fue más pronunciada, y cada intento de reforma tuvo menos éxito. El tercer período de los reyes de Judá inició con Manasés, a quien le siguieron su hijo Amón y su nieto Josías. Manasés reinó cincuenta y cinco años, pues inició su reinado a los doce años. Manasés fue el rey más maligno que tuvo Judá. Casi desde el inicio reveló su desobediencia hacia el Dios de su padre. Reestableció la adoración a Baal, adoró las estrellas del

cielo, erigió altares paganos en el mismo atrio del Templo y persiguió amargamente a los que se mantenían fieles a Dios y se oponían a sus innovaciones religiosas. Una tradición muy generalizada afirma que el gran Isaías perdió su vida en esta persecución religiosa que Manasés dirigió contra los que servían al Señor. Al final, Manasés fue llevado a Babilonia, donde su total desolación le devolvió la cordura. Humildemente buscó al Señor y se arrepintió de su maldad. Cuando regresó a su reino removió los falsos dioses y procuró deshacer el daño que había causado. Su reinado de cincuenta y cinco años fue el más largo de todos los reyes de Judá. Su hijo Amón siguió el ejemplo inicial de su padre y fue maligno. Su carrera del mal fue corta pues sus propios siervos lo asesinaron al cabo de dos años. Su hijo Josías, que sólo tenía ocho años en ese momento, fue hecho rey. El sumo sacerdote Hilquías fue el sabio consejero del joven Josías y juntos realizaron una reforma extensa de la vida religiosa del pueblo. Josías hizo todo lo posible para eliminar del reino los altares a Baal, destruyó los altares paganos y quemó en ellos los huesos de los falsos sacerdotes. Durante las reparaciones del Templo, se descubrió una copia de la ley del Señor y esto causó una gran impresión en Josías y en el pueblo, y los animó en su lucha contra la idolatría. Josías murió a los treinta y tres años en una batalla contra Egipto. Fue el último gran rey reformador de Judá.

(4) El último de los cuatro grandes períodos vino después de la muerte del rey Josías. Hubo cuatro reyes en este período y todos fueron débiles. Abarca desde Jeocoaz hasta Sedequías. Jeocoaz era el hijo menor de Josías y tenía veintitrés años cuando murió su padre. El egipcio que mató a Josías, en su regreso a su país se detuvo en casa del rey. Se llevó preso a Jeocoaz a Egipto y colocó a su hermano mayor Joaquín en el trono. Joaquín inició su reinado en el año 608 antes de Cristo a los veinticinco años. Al igual que Jeocoaz se alejó de Dios. Jeremías escribió una profecía de lo que le ocurriría, pero después de leer tres o cuatro páginas, el rey rompió el rollo en pedazos y lo lanzó al fuego. Políticamente, el destino de Palestina dependió siempre de los acontecimientos en Asiria, Egipto y Babilonia. Joaquín murió encadenado allí donde fue atado por los babilonios que pretendían llevarlo a Babilonia. Su joven hijo Joacim pasó a ser rey. Nuevamente los babilonios atacaron Jerusalén, y capturaron y saquearon la ciudad y se llevaron al rey y a muchos nobles, sacerdotes y personas importantes como rehenes a Babilonia. Joacim estuvo encarcelado en Babilonia por treinta y siete años.

Nabucodonosor determinó librarse de Jerusalén, la rebelde capital de la nación judía. Destruyó sistemáticamente la ciudad indefensa. El Templo había sido saqueado por completo once años antes, pero ahora fue quemado y sus anchos muros fueron derribados. La destrucción de Jerusalén, ocurrida en el año 586 antes de Cristo, y la deportación del grueso de la población de Judá a tierras extranjeras marca el final de una larga serie de juicios contra un pueblo idólatra y descarriado. Los inútiles intentos de reformas que hicieron Ezequías y Josías no lograron detener la oleada de pecado e idolatría. Nabucodonosor le dio al profeta Jeremías la opción de ir a Babilonia con los exilados judíos o de quedarse en Judá con el remanente. Jeremías decidió quedarse. Tras la muerte del gobernador vasallo, los líderes del pueblo remanente buscaron a Jeremías para preguntarle qué debían hacer. Jeremías les contesta que el deseo del Señor era que se quedaran en la tierra. Pero, temerosos de Nabucodonosor por la muerte de su gobernador, huyeron a Egipto, obligando a Jeremías a acompañarlos.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 7)

1. ¿Cuál es el propósito de los dos libros de Reyes?
2. Cuando Dios le dio a escoger a Salomón un don, ¿qué escogió?
3. ¿Cuál fue el logro más grande del reinado de Salomón y cuáles tres cosas hizo él que no armonizaron con la dirección de Dios?
4. ¿Qué causó la división del reino de Israel y cómo se dividió este reino?
5. ¿Cuáles son las cinco razones que llevaron a que el reino se dividiera en un reino del norte y un reino del sur?
6. ¿Cuál fue la promesa que, por medio del profeta Ahías, Dios le dio a Jeroboam, el primer rey del reino del norte, y por qué no la acató Jeroboam?
7. ¿Cuáles son los cuatro beneficios que disfrutó el reino del sur (Judá)?
8. ¿Qué importante innovación ocurrió durante el tiempo del rey Josafat?
9. ¿Cómo mostró el rey Ezequías su devoción al verdadero Dios?
10. ¿En qué fue diferente el rey Manasés antes y después de ser llevado cautivo a Babilonia?

LECCIÓN 8 – NOTAS

LOS REYES Y SUS REINOS

1 y 2 Crónicas

Introducción. Los dos libros de Crónicas deben estudiarse junto con los libros de Samuel y los libros de Reyes, pues son suplementos para éstos. Los escritos de Samuel y Reyes se interesan principalmente en trabajar el doble tema de la revelación de Dios de Sí mismo, y Su trato con Su pueblo en lo que ha sido llamado frecuentemente “el punto de vista profético”. El escritor de Crónicas se interesa básicamente en la nación como comunidad religiosa, de manera que la organización de su Templo, así como los rituales y ceremonias, se describe desde un punto de vista levítico o sacerdotal. Crónicas no es una continuación de la historia de la nación hebrea, sino una duplicación y suplemento a partes de los dos libros de Samuel y los dos de Reyes. Trata casi exclusivamente de la historia de Judá, o reino del sur, y no menciona nada de Israel, o reino del norte, excepto cuando debe explicar algo que tenga que ver con Judá.

Autor y fecha. No sabemos quién fue el autor de Crónicas, pero por la importancia que se le da al orden levítico, podemos suponer que el escritor fue un levita. La fecha de estos libros es posterior a la de los libros de Samuel y Reyes, y se ha dicho que no pudo haber sido anterior al período entre el 400 y el 340 antes de Cristo, y que incluso pueden fecharse en el año 300.

Antecedentes. Los siglos que abarcan los dos libros de Crónicas fueron tristes y difíciles en la historia de Israel. El gran imperio de David y Salomón había sido destruido por completo. Todo lo que había quedado era la provincia de Judá, una pequeña porción de tierra dentro del gran y poderoso imperio persa. El magnífico Templo de Salomón había sido reemplazado por uno de menor esplendor. La monarquía davídica había sido reducida a un protectorado provincial que le rendía cuentas al rey persa. Esto era aún más doloroso porque al regresar del exilio había nacido la esperanza de que el Mesías llevaría a Judá a una nueva era de esplendor, pero esa esperanza no se había cumplido. Es en este contexto que el cronista anima a su pueblo. Le recuerda que el fin global de Dios para Israel todavía está en vigencia por las promesas hechas a David. Dios le prometió a David un trono perpetuo y una sola dinastía o línea de reyes reinaron desde David hasta la total destrucción de la nación a manos de Nabucodonosor. La importancia de los dos libros de Crónicas es lo que añaden y omiten en relación con los libros de Samuel y Reyes. Las adiciones que hace el cronista tienen que ver principalmente con el templo y sus servicios, eventos que enfatizan los aspectos religiosos de la nación en contraste con los aspectos civiles. Las omisiones muestran que se interesa primeramente en dos instituciones divinas: la adoración y los ritos del Templo, y la línea real de David. El cronista omite la mayoría de los pecados y debilidades de David y Salomón, y a veces las de los reyes de Judá. Sin embargo, las adiciones que hace enfatizan la adoración y los ritos del templo durante el reino de Judá y muestran poco interés en las reformas del rey Josías.

Propósito. El propósito de los dos libros de Crónicas es trazar la historia de la fe y la salvación y seguir una línea recta de confianza en Dios. Los lectores conocen los libros de Samuel y Reyes y están conscientes de los pecados del pasado. Pero su generación debe recordar las victorias de su herencia y deben estar seguros de los triunfos del futuro. Llamam al pueblo a volver a abandonarse por completo a la voluntad de Dios por medio de la fe y la verdadera adoración.

Contenido. El contenido de los dos libros de Crónicas se divide históricamente en tres grandes partes: (1) Las genealogías hebreas (1 Cr. 1—9); (2) la historia de David y Salomón (1 Cr. 10—2 Cr. 9); (3) el reino dividido: la historia de Judá (2 Cr. 10—36).

1 Crónicas 1:1—9:44. Las genealogías hebreas. El primer libro de Crónicas inicia con la sección genealógica más extensa de toda la Biblia, la cual abarca nueve capítulos. Las genealogías cubren toda la historia del Antiguo Testamento: inician en el capítulo 1 con Adán hasta llegar a la comunidad posexílica en el capítulo 9. Esta sección termina con la línea de Saúl, que es el tema del capítulo 10. Una parte menciona los pueblos, otro las ubicaciones, y una tercera parte, que es la más grande, menciona las familias, que son las genealogías en el sentido más estricto. Esta última parte adquiere aún más importancia después del exilio, porque se les exigió a los descendientes de Aarón probar su genealogía como condición para ser sacerdotes, y se realizaron grandes esfuerzos para evitar el matrimonio con extranjeros y mantener la pureza de la raza judía.

1 Crónicas 10:1—29:30 a 2 Crónicas 9. La historia de David y Salomón. El capítulo 10 del primer libro de Crónicas sirve de transición y también de introducción para hablar de la casa de David. Las tablas de las genealogías sirven de base para el resto del material que hallamos en ambos libros de Crónicas. Tras la muerte de Saúl, David se convierte en el primer rey de Judá y luego de todo Israel. Otros eventos importantes en la vida de David son las guerras, las victorias y los triunfos; el retorno del arca del Señor a Jerusalén; un salmo de agradecimiento; otras victorias de David contra los filisteos; su propósito de construirle una casa al Señor junto con planos y especificaciones; y la despedida y muerte de David. Desde 1 Crónicas 28 hasta 2 Crónicas 9 vemos el reino de Salomón como rey. La última cosa que hizo David para organizar la vida religiosa, militar y de gobierno del pueblo fue coronar rey a Salomón. Esta decisión no fue sólo de David sino también de Dios. Aunque en 1 Reyes hay otros detalles de la vida de Salomón, en 2 Crónicas se listan cosas que no aparecen en 1 Reyes. Seis de los capítulos hablan de los detalles del Templo. Es evidente que la construcción del Templo es más importante para el cronista que misma la vida de Salomón. Los cuarenta años del reinado de este hombre, hijo de David, llegan a su término en el capítulo 9 de 2 Crónicas. Esta sección describe los tristes detalles de la carrera de Salomón, enfatizando las glorias de su primera parte. La meta es describir las instituciones del rey más que su biografía.

2 Crónicas 10:1—36:23. El reino dividido: la historia de Judá. 2 Crónicas 10:1 marca el punto en la historia en que el reino que inició con Saúl y llegó a su cúspide con David y Salomón se divide ahora en dos. El hijo y sucesor de Salomón es débil e inepto y cae víctima de su poderoso y astuto antagonista, Jeroboam. Por un poco más de dos siglos después de Salomón, hubo dos reinos israelitas que se conocieron como el reino del norte, o Israel, y el reino del sur, o Judá. Sólo las tribus de Judá y Benjamín se quedaron con los descendientes de Salomón. Las otras diez tribus, con Efraín a la cabeza, se separaron de la casa de David y fueron gobernadas por varias dinastías, de las cuales Jeroboam fue el primero. El cronista no da muchos detalles sobre el reino del norte, porque ninguno de sus reyes siguió la voluntad del Señor. Todos adoraron en altares hechos para becerros de oro en Dan y Betel. Incluso en Judá el reino del sur, de los diecinueve reyes y una reina que se sentaron en el trono de David, sólo cuatro fueron reformadores y avivadores de la fe. La historia de Judá se puede dividir en cuatro ciclos, con un reformador para cada uno de los períodos, excepto para el cuarto. El segundo período tiene dos reyes. Hubo otros reyes que pueden ser clasificados como buenos, pero que no lograron generar un avivamiento religioso.

Primer ciclo de la historia de Judá (10:1—20:37). El primer ciclo abarca la historia de cuatro reyes,

dos de los cuales fueron moral y religiosamente indiferentes y dos que fueron buenos. (1) Roboam reinó diecisiete años, del 931 al 913 antes de Cristo y murió a la edad de cincuenta y ocho años. Fue uno de los reyes malignos y fue enterrado con sus ancestros en la ciudad de David. (2) Roboam escogió como sucesor a Abías, hijo de Maaca, la hija de Absalón. Reinó del año 913 al 911. (3) Asa fue un rey bueno, pero no cumplió la promesa de su reino. Reinó del 911 al 870 y murió en el año 41 de su reinado y fue enterrado con sus padres con gran pompa. Todo lo bueno que hizo superó a lo malo que cometió en sus últimos años. (4) Josafat reinó del 870 al 848. Correinó con su padre unos tres años. Fue el primer rey reformador que logró resultados. Partió, por supuesto, de la buena base que había colocado su padre Asa. Instruyó al pueblo en la ley y creó un cuerpo de sacerdotes y abogados prominentes de Jerusalén, institución que fue precursora del Sanedrín. Josafat reinó veinticinco años y agradó al Señor. Cometió un grave error al aliarse con Acab, rey de Israel, casando a su hijo Joram con Atalía, hija de Acab y Jezabel. El avivamiento que logró fue mayor que el de su padre, pero no eliminó todos los lugares altos, lo cual implica que siguió habiendo idolatría en Judá.

Segundo ciclo de la historia de Judá (21:1—32:33). Este segundo ciclo abarca el período más largo y contiene los reyes más grandes del reino del sur. Fueron dos siglos que llegaron a una gran paz y prosperidad a mediados del siglo ocho, bajo Uzías. También fueron testigos del avivamiento más grande de Judá en la segunda mitad del siglo ocho, bajo el rey Ezequías y los profetas Isaías y Miqueas. El reino del sur duró casi siglo y medio más que el reino del norte, debido a que la nación vivió un avivamiento y Dios honró las oraciones del pueblo que pedían la liberación de los asirios. Los reyes de este período fueron: (1) Joram, que reinó del 848 al 841. Sólo tenía treinta y dos años cuando empezó a reinar, pero había servido cinco años como coregente al lado de su padre. Reinó ocho años por sí mismo. Idolatró a su esposa Atalía, hija de Acab. Murió de una horrible enfermedad y fue enterrado en Jerusalén aparte de los demás reyes. (2) Ocozías inició su reinado en el 841 antes de Cristo y reinó sólo un año, a los cuarenta y dos. Fue asesinado en batalla por Jehú, el recién nombrado rey de Israel. (3) Atalía, la reina madre, en Judá, asesinó a toda la familia real cuando Azías murió, para poder así ser la única gobernante de Judá. Pero la hermana de Ocozías tomó a Joás, su hijo, y lo mantuvo en secreto por seis años en el templo con el sacerdote Joiada. Atalía reinó durante esos seis años. (4) Joás reinó del 835 al 796. En el séptimo año de Atalía, el sacerdote Joiada colocó en el trono a Joás y fue su consejero. Joás inició su reinado a los siete años de edad y reinó cuarenta y dos. El sacerdote Joiada fue la mano que lo guió y tuvo una gran influencia positiva. El rey siguió al Señor mientras Joiada vivió, pero apenas éste murió, los príncipes de Judá volcaron a Joás de nuevo hacia la idolatría. Joás cayó en una idolatría tan profunda que llegó al punto de mandar a apedrear a Zacarías, hijo de su amigo y consejero Joiada. Debido a esta maldad, fue asesinado cuando estaba enfermo y en cama por dos de sus propios sirvientes. Fue enterrado en Jerusalén, pero no con los reyes. (5) Amasías reinó del 796 al 767. Inició cuando tenía veinticinco y siguió los pasos inestables de su padre Joás. Inició haciendo la voluntad de Dios pero pronto se volvió idólatra y perseguidor de profetas. (6) Uzías reinó del 767 al 740 y es considerado uno de los grandes reyes y reformadores. Empezó a reinar en el 791 mientras su padre Amasías estaba en el exilio. Reorganizó el ejército, mejoró las máquinas de guerra, obtuvo asombrosas victorias sobre filisteos y árabes, promovió la agricultura en todo el territorio y recogió tributo de las naciones vecinas. Personalmente, adoró a Dios, pero el pueblo siguió aferrado a sus altares idólatras. Reinó en lo que se llama “la época dorada” tanto de Judá como de Israel, un período lleno de gracia y prosperidad, al menos en la superficie. Sin embargo, los profetas señalaron que no había una clase media, y que los ricos se estaban haciendo más ricos y los pobres más pobres. Las reformas de Uzías y la promesa de un avivamiento espiritual hicieron que Isaías pronunciara que su muerte fue una

calamidad. Inició muy bien, igual que su padre, y logró muchas cosas buenas, pero al final de su reinado el orgullo lo hizo caer. Prosperó por honrar a Dios y escuchar el consejo del profeta Zacarías. Sin embargo, por su pecado se volvió leproso y no fue enterrado con los reyes, sino en un campo cercano. (7) Jotam reinó del 740 al 732, aunque inició desde el 750, como coregente al lado de su padre. Fue un buen rey, pues aprendió la lección viendo a su padre, pero no logró guiar a su pueblo hacia un avivamiento. Jotam murió a los cuarenta y un años y fue enterrado con los reyes en Jerusalén. Fue un buen gobernante. Su hijo Acaz fue su sucesor. (8) Acaz reinó del 732 al 716. La lección que se puede aprender de los reyes es que la herencia y el ambiente no son las únicas bases para tener éxito en el servicio al Señor. Lo más importante es la respuesta personal o la escogencia. Algunos reyes buenos tuvieron hijos malos que reinaron después de ellos. Algunos reyes malos tuvieron hijos buenos que los sucedieron. Acaz fue un rey pagano que gobernó por dieciséis años y murió a los treinta y seis. Fue tan maligno que no fue enterrado con los reyes, aunque su tumba estuvo en Jerusalén. (9) Ezequías reinó del 716 al 687 y fue uno de los más grandes reformadores. Superó a Josafat y a Josías en cuanto a los resultados de sus reformas. La salud y recursos de Ezequías fueron grandes, pero no pasó la última prueba del Señor. A veces una persona deshace con una tonta acción todo lo bueno que ha hecho antes. Ezequías fue enterrado como uno de los más grandes reyes de Judá, al lado de David como uno de sus más honorables descendientes. En su lugar reinó su hijo Manasés.

Tercer ciclo de la historia de Judá (33:1—35:27). Este período incluye el descenso en la degradación moral bajo Manasés y también el último empuje por lograr una vida espiritual bajo Josías. La muerte de Josías marca el final de la monarquía davídica, porque los reyes del cuarto ciclo fueron todos vasallos, ya sea de los egipcios o de los caldeos. (1) Manasés, que reinó del 687 al 642, tiene el récord del reinado más largo y más maligno de todos los reyes de Judá. Inició su reinado a los doce años y reinó por cincuenta y cinco años. Revirtió todo lo bueno que había hecho Ezequías. Reestableció la adoración a Baal y persiguió a los que querían ser fieles a Dios. Estuvo cautivo y durante ese tiempo tomó conciencia de su maldad, se arrepintió y reconoció a Dios como Señor de Israel. Por eso el Señor lo volvió a colocar en el trono en Jerusalén. Cuando fue liberado, intentó deshacer todo el daño que había causado y quiso erradicar todos los falsos dioses. Sin embargo, su conversión tardía tuvo poco efecto en su pueblo y en su hijo. (2) Amón reinó del 642 al 640. Su nombre corresponde al de un dios egipcio. Reinó sólo dos años y vivió una vida llena del mal. Fue asesinado en su propia casa por dos sirvientes, quienes fueron luego llevados a muerte por Josías, hijo de Amón. El pueblo era idólatra y estaba sin ley. (3) Josías reinó del 640 al 608, e inició cuando sólo tenía ocho años. Su consejero fue el sumo sacerdote Hilcías. Josías inició una reforma extensa de la vida religiosa del pueblo. El descubrimiento de una copia de la ley del Señor haciendo reparaciones en el Templo, impresionó muchísimo a Josías y al pueblo. Reinó treinta y un años en Jerusalén y caminó derecho mientras siguió al Señor. Fue asesinado en una batalla en el año 609 y su muerte marcó el fin de la gran reforma. También marcó el fin del reinado davídico, pues el siguiente ciclo fue un período en el que los reyes fueron vasallos de Egipto o de Babilonia.

Cuarto ciclo de la historia de Judá (36:1-23). Esta sección abarca el fin del reino de Judá y el edicto proclamado por Ciro. Durante este tiempo reinaron cuatro reyes: Joacaz en el 608, Joacim del 608 al 587, Joaquín en el 597, y Sedequías del 597 al 586. El pueblo era muy malo y se burlaba de los profetas. Los caldeos asesinaron a jóvenes y viejos sin misericordia, arrasaron el Templo y la ciudad hasta sus cimientos y se llevaron al pueblo cautivo a Babilonia. Ciro, el conquistador medopersa del imperio neobabilónico, emitió un decreto en el 538 para que se reconstruyera la ciudad de Jerusalén y el Templo. Extendió el reto a todos los que regresaran en el nombre del Señor. Zorobabel guió el

regreso a Jerusalén en el año 536. Los ejércitos de Nabucodonosor destruyeron Jerusalén y el Templo, y el pueblo fue llevado a tierras extranjeras. El juicio contra los israelitas vino debido a su idolatría y por errar el camino. Pero hubo un rayo de esperanza después de los oscuros días de la destrucción y el cautiverio, pues se levantó la nueva nación de Israel bajo Su Dios. Dios ejecuta Su voluntad en la historia pese a los fracasos de los seres humanos.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 8)

1. ¿Cuál es el propósito de los dos libros de Crónicas?
2. ¿Qué queda en claro por las omisiones de los dos libros de Crónicas?
3. ¿Qué debían recordar las personas de esa época?
4. ¿Por qué el cronista le da más importancia a la construcción del templo que a la vida de Salomón?
5. ¿Qué es lo importante del reinado de Josafat, el bisnieto de Jeroboam?
6. ¿Cuál fue el grave error de Josafat y cuál fue el resultado del mismo en su muerte?
7. ¿Qué es lo importante del reinado del rey Uzías (también conocido como Azarías)?
8. ¿Qué hizo Manasés con las buenas reformas de Ezequías y qué lo hizo recapacitar al final?
9. ¿Qué es lo importante del reinado del niño rey Josías?
10. ¿Cuáles ejércitos destruyeron Jerusalén en el año 586, qué le ocurrió al pueblo y qué fue lo que atrajo este juicio contra los israelitas?

LECCIÓN 9 – NOTAS

LOS LIBROS DEL RETORNO Y LA RESTAURACIÓN

Esdras, Nehemías y Ester

Introducción. Los libros de Esdras y Nehemías registran en orden cronológico los últimos acontecimientos del período del Antiguo Testamento. El libro de Ester es una historia, narrada exquisitamente, sobre la vida de los judíos que no regresaron del exilio, sino que se asentaron y florecieron en tierras extranjeras. A diferencia de los libros de Samuel, Reyes y Crónicas, que narran la dramática historia del levantamiento, caída y exilio de la nación judía, estos tres libros cuentan del retorno y la restauración de Jerusalén cerca de medio siglo después de estar exilados en Asiria, Babilonia y Persia, pero principalmente en Babilonia. Esdras y Nehemías son especialmente importantes porque nos dan casi toda la información directa del retorno y la restauración: quiénes volvieron, cuándo volvieron y qué hicieron al regresar.

Autor y fecha. Como casi todos los libros de este período, no se conoce quién es el autor de ninguno de los tres libros. Se estima que Esdras es del año 536, Nehemías del 446 y Ester del 521 antes de Cristo.

Antecedentes. Durante el exilio y la restauración, el pueblo de Israel estuvo sujeto primero a los babilonios y luego a los persas. La historia de estos dos grandes imperios que reinaron en el Oriente Medio durante casi trescientos años debe saberse a grandes rasgos para que podamos comprender mejor lo que les ocurrió a los judíos durante este tiempo. Nabucodonosor, del imperio babilonio, derrotó totalmente al imperio egipcio en el año 605 antes de Cristo. Después de esto marchó por Palestina en pos de los egipcios que huyeron, por lo cual tomó Jerusalén. En ese tiempo, en el 605, Nabucodonosor se llevó muchos israelitas cautivos, entre ellos a Daniel. En ese mismo año fue llamado de vuelta a Babilonia para que subiera al trono pues su padre había muerto. El cautiverio en Babilonia tuvo tres etapas. Tal como había predicho Jeremías, pasaron setenta años antes de que Nabucodonosor destruyera Jerusalén y el Templo. Las tres etapas del cautiverio en Babilonia fueron: (1) la caída de Jerusalén a manos de Nabucodonosor; (2) la deportación de Joaquín y once mil líderes; y (3) la total destrucción de Jerusalén y la deportación de todos, excepto los campesinos más pobres. La historia de Palestina está ligada a la historia política de los grandes imperios mundiales del Medio Oriente. Asia Menor, cuna de la civilización, fue también el lugar donde se desarrollaron cuatro grandes culturas estrechamente relacionadas con el Antiguo Testamento, a saber: Egipto, Asiria, Babilonia y Ur (hogar del patriarca Abraham).

Propósito. Esdras y Nehemías parecen tener tres propósitos: (1) mostrar la providencia de Dios quien cuida a Su pueblo de vecinos hostiles, (2) mostrar la importancia y sabiduría de obedecer, y (3) subrayar el valor de creer y apartarse de las prácticas paganas. El libro de Ester parece tener cuatro propósitos: (1) mostrar cómo es vencido el antisemitismo en una sociedad segregada y subyugada, (2) presentar el contexto histórico de la fiesta de Purim, una de las fiestas que no aparecen en el Pentateuco, (3) mostrar de nuevo que Dios puede proteger a Su pueblo aún si éste está en el exilio, y (4) mostrar cómo el Señor exalta al pueblo que se humilla haciendo oración y ayuno, que es la base del arrepentimiento.

Contenido. Así como el cautiverio pasó por tres etapas, el regreso también tuvo tres fases diferentes:

(1) Zorobabel, Josué y la reconstrucción del Templo, (2) la gran reforma de Esdras, y (3) Nehemías y la reconstrucción de los muros de Jerusalén.

Esdras 1:1—6:22. El primer retorno bajo Zorobabel. Ciro fue el primer rey del imperio persa y subió al trono de Babilonia en el año 538 antes de Cristo. Uno de sus primeros actos oficiales fue autorizar el retorno a Palestina de los judíos exilados para que reconstruyeran el Templo en Jerusalén. La política de Ciro era que los pueblos conquistados retornaran a sus tierras y que sus dioses les fueran devueltos. Puesto que el Dios de los judíos no tenía una imagen que lo representara, como era el caso con las divinidades paganas, Ciro escogió darles un regalo especial a los judíos cautivos. Les devolvió los vasos sagrados que habían estado en Babilonia por al menos cincuenta años. Se calcula que Nabucodonosor había tomado entre 5 mil y 6 mil vasos de oro y plata del Templo en Jerusalén. Zorobabel era un príncipe de noble linaje entre los judíos y fue nombrado por Ciro para que fuera el gobernador de la colonia que se establecería en Palestina y que sería súbdita de Persia. Zorobabel era descendiente directo de David, un ancestro de Jesús. Pero los samaritanos y los otros pueblos del área se inquietaron al saber que Jerusalén sería reconstruida y el Templo restaurado. Temían que los judíos, una vez establecidos en Jerusalén, amenazaran su seguridad y poder. Así que enviaron informes diciendo que los judíos estaban construyendo fortificaciones y planeaban una revuelta. Esto interrumpió las obras, las cuales se reiniciaron quince años después durante el reinado de Darío.

Esdras 7:1—10:44. El retorno bajo Esdras. Entre los capítulos 6 y 7 hay un período silente de al menos cincuenta y ocho años. No hay registro en la Escritura de que haya habido algún acontecimiento en Palestina durante ese tiempo. Esdras era descendiente directo de Aarón y fungía como intérprete de la Palabra de Dios y maestro de la Ley en Jerusalén. Gozaba de gran estima ante el rey y por tanto, obtuvo el permiso de Artajerjes para guiar a otro grupo de judíos a Palestina a investigar la condición moral y religiosa de los que allí moraban. Más de mil setecientos hombres acompañaron a Esdras en este viaje de cuatro meses, que inició luego de haber ayunado y orado. Al llegar a la capital, el sacerdote descubrió que sus peores temores eran ciertos. Se quedó en Jerusalén al menos trece años más, durante los cuales, según la tradición, probablemente trabajó en la recolección y edición de los libros que componen el canon del Antiguo Testamento.

Nehemías 1:1—6:19. La reconstrucción del muro de Jerusalén. Nehemías era uno de los judíos de la dispersión y había llegado a ocupar un puesto de gran responsabilidad en la corte del rey de Persia. Incapaz de esconder su dolor delante del rey, le contó sobre la triste situación y humillación de sus compatriotas en Judea. Así que recibió permiso para ir a Jerusalén y el rey lo nombró gobernador de Judá. En los capítulos 1 al 6 se detalla cómo se reconstruyeron al fin los muros de Jerusalén, luego de haber estado en ruinas por más de 140 años. Esta reconstrucción se logró a pesar de las muchas situaciones adversas: (1) la pregunta de si el rey persa lo permitiría, y (2) la organizada oposición de samaritanos y amorreos que Nehemías enfrentó en Jerusalén. Los muros se reconstruyeron en tan solo seis meses.

Nehemías 7:1—13:31. Enseñanza y reformas religiosas. Luego de terminar el muro, el nuevo gobernador se avocó a las necesidades religiosas del pueblo. Había llegado el tiempo de la Fiesta de los Tabernáculos, y el pueblo deseaba oír la palabra del Señor. Ante una gran concurrencia jamás antes vista en Jerusalén desde los días de Josías, Esdras y sus compañeros escribas leyeron y explicaron la ley del Señor. En total consenso, el pueblo renovó su pacto con Dios, especialmente en el punto de separarse de sus vecinos mundanos. Nehemías restableció el sentido de comunidad, dándole al pueblo una condición política organizada y una administración honesta. Jerusalén y las

aldeas circundantes fueron repobladas, los muros de la ciudad fueron dedicados y se nombraron levitas para el servicio religioso. El muro reconstruido le dio a Jerusalén una buena seguridad contra sus enemigos, lo cual redujo la oposición hacia los judíos. Nehemías fue gobernador por doce años, y al final del período regresó a Babilonia por una breve estación. Luego se le permitió nuevamente volver a Palestina, donde se cree pasó el resto de su vida.

Ester 1:1—2:23. La elevación de Ester. La historia de Ester nos arroja luz sobre las condiciones en que vivían los judíos que decidieron quedarse en Babilonia luego del retorno de cincuenta mil con Zorobabel. Como ya dijimos en el estudio de Esdras, los acontecimientos registrados en el libro de Ester ocurrieron entre los sucesos registrados hasta Esdras 6 y los registrados a partir de Esdras 7. Esto significa que los sucesos de Ester ocurrieron entre el año 516 y la fecha en que se terminó de reconstruir el templo. La historia de Ester nos muestra cómo Dios la usó para salvar a los judíos del rey de Persia. Nehemías fue uno de esos judíos que se salvaron. La historia de Ester inicia en Susa, una ciudad real localizada a unos cuarenta y ocho kilómetros de Babilonia. Era el tercer año del reinado de Asuero (conocido también como Jerjes), es decir, el año 483 antes de Cristo. Asuero era, a nivel personal, veleidoso, sensual, impulsivo y cruel—cualidades que no sólo menciona el libro de Ester, sino también la historia. Los dos primeros capítulos cuentan cómo fue depuesta la reina Vashti, por no querer presentarse públicamente delante de los señores borrachos de Persia, y cómo se inició la búsqueda de otra mujer que ocupara su lugar. Pasaron tres o cuatro años antes de que se escogiera una nueva reina. Se buscaron jóvenes bellas por todo el imperio, las cuales fueron sometidas doce meses a una preparación estricta antes de pasar por la inspección del rey. Cuando Ester, una joven judía que había sido criada por su tío Mardoqueo, fue llevada ante el rey, éste la escogió de inmediato como reina. Una judía pasó a ser reina del imperio más poderoso de su tiempo. Por medio de ella, Dios liberaría en forma asombrosa a Su pueblo de los planes malignos de sus enemigos. Poco tiempo después, Mardoqueo descubrió una conspiración contra la vida del rey a quien le dio aviso por medio de Ester. Este acto quedó registrado en las crónicas de la corte.

Ester 3:1—10:3. La liberación de los judíos. Varios años después de que Ester fuera hecha reina, un hombre llamado Amán fue hecho primer ministro y por tanto, la gente debía inclinarse ante él. Se cree que este Amán descendía del rey amalecita Agag y que odiaba a los judíos. Mardoqueo se negó a inclinarse ante Amán y esto lo enfureció. Amán decidió entonces acabar no sólo con Mardoqueo, sino con toda la nación judía dentro del imperio persa. Persuadió al rey de que firmara un decreto autorizando la destrucción de todos los judíos. Mardoqueo pidió la ayuda de Ester, y luego de tres días de ayuno y oración, la joven reina puso en práctica una estrategia para obtener favor hacia ella y hacia su pueblo. Primero invitó al rey y a Amán a un banquete privado y les pidió que volvieran la siguiente noche. Al no poder dormir, Asuero pidió que le leyeran las crónicas de la corte. El escriba leyó que Mardoqueo había descubierto un complot en contra de la vida del rey. Amán, que justo había llegado al palacio a pedir el privilegio de ejecutar a su enemigo Mardoqueo, tuvo que ser el agente del rey para honrar al hombre que más despreciaba. En el banquete de la siguiente noche, Ester le informó al rey sobre el plan de Amán contra su pueblo. La ira del rey fue grande y Amán pagó por su estratagema asesina con su propia vida en la misma horca que había preparado para Mardoqueo. Aunque no se modificó el decreto original—pues era “ley de Media y Persia”—el rey emitió un edicto adicional que les permitía a los judíos obtuvieron defenderse contra el ataque. Como el pueblo estaba bajo la protección del rey, pocos o ningún judío llegó a estar en peligro. Esta gran liberación se sigue celebrando en la fiesta judía de Purim, que pronto llegó a gozar de gran popularidad entre los judíos.

Las enseñanzas del libro de Ester se pueden resumir de esta forma:

1. Los judíos, aunque sean desobedientes a Dios y se alejen de Él, en el exilio siguen estando en el pensamiento de Dios y son objeto de Su misericordia y cuidado.
2. La providencia de Dios siempre está con Su pueblo y lo salva de los planes malignos de sus enemigos.
3. A veces Dios se esconde para lograr Sus fines en este mundo.
4. El poder de la oración es claro, así como también el beneficio de ayunar.
5. Somos responsables de realizar la misión que Dios nos dé, aún si esto implica riesgo para nosotros mismos.

Conclusión. El exilio tuvo varios resultados positivos en la historia del pueblo judío. De ellos cuatro son muy importantes.

1. La diáspora, o gran número de judíos que vivieron en tierras extranjeras. Algunos judíos se asentaron en tierras extranjeras porque deseaban dedicarse al comercio. Fue así que durante los tiempos del Nuevo Testamento, dondequiera que los apóstoles y evangelistas llegaron, hallaron colonias judías, y como era su costumbre, les hablaron primero a ellas del evangelio, antes de hablar con los gentiles.
2. La sinagoga. Esta institución nació durante el exilio, porque como los judíos no tenían acceso al templo para hacer sacrificios y adorar, construyeron edificios para recibir enseñanza y tener comunión. La sinagoga fue usada para tres cosas: la adoración, la educación y el gobierno.
3. Se curó la tendencia hacia la idolatría. La idolatría fue la causa del exilio y el exilio fue la cura de la idolatría entre los hebreos. Pese a que después fueron perseguidos y muertos, los hebreos se mantuvieron fieles a Jehová.
4. La esperanza mesiánica. Los sucesos del exilio y los inconvenientes de la restauración llevaron a que se intensificara en el pueblo la esperanza en un futuro libertador. Hay dos aspectos de la esperanza mesiánica. Primero, implica que el pueblo será restaurado como nación y se cumplirán las promesas de Dios hechas a Abraham, Moisés y David. En segundo lugar, implica que el destino nacional del pueblo escogido dependerá de la venida del Hijo de Dios.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 9)

1. ¿Cuáles son las tres etapas del cautiverio en Babilonia, que inició en el año 606 antes de Cristo?
2. ¿A qué se le llama “la cuna de la civilización”?
3. ¿Cuáles son las cuatro grandes culturas relacionadas con este tiempo del Antiguo Testamento?
4. ¿Cuáles son los tres propósitos de los libros de Esdras y Nehemías?
5. ¿Cuáles son las tres etapas del retorno?
6. ¿Quién era Zorobabel y cuál fue su misión?
7. ¿Por qué ordenaron los persas que se detuviera la construcción del templo?
8. ¿Por qué fueron enviados Esdras y otro grupo de judíos a Palestina?
9. ¿Por qué no se podía cambiar el decreto original contra los judíos, y qué autorizó el rey en lugar de anular el decreto?
10. ¿Cuál fue el inicio de la sinagoga y para cuáles tres fines se utilizó?

LECCIÓN 10 – NOTAS

LOS POETAS Y FILÓSOFOS

Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares

Introducción. La siguiente gran división del Antiguo Testamento comprende cinco libros muy importantes, que se conocen como los libros poéticos y sapienciales. El profundo sentimiento religioso siempre se ha expresado en imágenes y frases poéticas. El lugar que ocupan los himnos en la vida religiosa hoy día da testimonio de este importante hecho. La poesía entre los hebreos era un arte muy antiguo, y tuvo una función vital en el desarrollo de la fe del Antiguo Testamento. Aunque la poesía hebrea llegó a su máxima expresión con David y con los salmistas de su época y de tiempos posteriores, hay notables ejemplos de expresión poética en etapas anteriores. Están, por ejemplo, el lamento de Lamec en Génesis 4, la profecía de Noé en Génesis 9, la bendición de Isaac en Génesis 28, y las predicciones de Jacob en Génesis 49. También hallamos pasajes poéticos en los cantos de Moisés y Miriam en el Éxodo, las palabras de Balaam en Números, la despedida de Moisés en Deuteronomio, la orden al sol en Josué, el triunfo de Débora y Barac en Jueces, la oración de Ana en 1 Samuel, el salmo de Ezequías en Isaías; las lamentaciones de Jeremías, la oración de Jonás, y la oración de Habacuc. Todos estos pasajes son sólo una muestra de las bellas imágenes poéticas que hallamos antes de lo que tradicionalmente llamamos poético y sapiencial. La característica distintiva de la poesía hebrea se conoce como paralelismo, que es un ritmo de pensamiento más que rima y métrica. Sólo para fines de información, debemos acotar que hay varios tipos de paralelismo: sinónimo, analítico, sintético o constructivo, climático, antitético, tripleta paralelística y paralelismo doble. En el área que nos interesa, hay tres tipos básicos de poesía hebrea. El más amado y frecuente es la poesía lírica o tipo de canto, y es lo que vemos en los salmos. En segundo lugar está la llamada poesía didáctica o gnómica, que se conoce mejor como poesía de enseñanza y es lo que vemos en Proverbios y Eclesiastés. Finalmente, está el tipo de poesía dramática que vemos en Job y en Cantar de los Cantares. Para los judíos, la sabiduría es una de las tres áreas del conocimiento. Las otras dos áreas son la ley y la profecía, y ambas dependen de la revelación divina. Si bien la sabiduría se centra en Dios y está motivada religiosamente, los hombres la buscan para hallar el significado de la vida y justificar los caminos de Dios con el ser humano.

JOB

Una de las grandes paradojas del mundo moral es que los buenos e inocentes suelen sufrir, mientras que muchas veces los malvados prosperan y eluden el sufrimiento. El autor del libro de Job es desconocido, pero evidentemente fue una persona educada y estudiada en la tradición israelita. El libro no aporta una fecha de cuándo fue escrito, pero los estudiosos han propuesto que fue escrito al mismo tiempo que el libro de Isaías. El libro está escrito en forma de drama poético y consta de tres partes: (1) un prólogo, (2) un cuerpo o acción principal del drama, y (3) un epílogo. ¿Por qué sufren los justos y por qué se les permite a los injustos seguir haciendo el mal? Parece haber tres respuestas a este problema: (1) la respuesta judía tradicional, que es la que dan los tres amigos de Job: Elifaz, Bildad y Zofar; (2) la respuesta del joven Eliú; y (3) la respuesta del Altísimo. El contexto del drama de Job tiene dos escenas diferentes. La primera ocurre en el concilio del cielo, donde se le da permiso a Satanás de probar la piedad e integridad de Job, lo cual hace en dos momentos, que se conocen como la primera y segunda prueba de Job. Satanás reta a Dios diciendo que la justicia de

Job es por puro interés, y que éste sirve a Dios sólo por lo que Él ha hecho por él. Las pruebas por las que el patriarca Job pasa, cuyas razones él desconoce, vienen del adversario en un intento de sacudir a Job para que deje de confiar en Dios y abandone su integridad espiritual. Pero Job se mantiene firme a pesar de que le es quitado todo lo que alguna vez disfrutó. La segunda escena gira en torno a Job, a quien tras todos sus infortunios, se le revela el verdadero fin del libro gracias a la conversación que sostiene con sus supuestos consoladores, tres amigos que eran príncipes y personas de importancia y que llegan a “consolarlo”. Las conversaciones ocurren en tres ciclos de discursos: (1) en el primer ciclo, capítulo 3, Job lamenta su miseria y en los capítulos 4 a 14 se registran los primeros discursos. Primero habla Elifaz, luego Job contesta. Luego habla Bildad y Job contesta. Finalmente habla Zofar, a quien también Job contesta. (2) El segundo ciclo de discursos tiene como oradores a los mismos personajes y en el mismo orden. Abarca los capítulos 15 a 21. (3) En el tercer ciclo, que va de los capítulos 22 al 27, hablan Elifaz y Bildad, a quienes Job les responde, pero Zofar permanece callado. En los capítulos 28 a 31, Job hace una última declaración de su situación. El argumento de los tres “consoladores” se ha basado en la teoría de que siempre hay una invariable y exacta relación entre el pecado y el sufrimiento. La propuesta de ellos es que “todo el que peca debe sufrir”. Por tanto, si Job está sufriendo, es porque ha pecado. Pero Job sabe que el hombre no puede comprender el camino de Dios, y que tarde o temprano el malvado será destruido. La sabiduría consiste en temer al Señor y en apartarse del mal. Eliú, un joven que no ha sido presentado antes y que ha estado escuchando las conversaciones hasta el momento, sale al frente con la visión de que aunque la calamidad le llegue al mejor de los hombres, su fin es mejorar el carácter y si se acepta en forma correcta, pronto pasará. Su discurso es una preparación para las palabras de Dios que vienen en un torbellino en el epílogo del libro y le revelan a Job que los caminos de Dios son demasiado altos para que el hombre los comprenda con su inteligencia finita. Luego le devuelve a Job propiedades y familia, y su fe y fidelidad en la prueba quedan reivindicadas.

Algunas de las grandes lecciones que podemos aprender del libro de Job son: (1) el fin del sufrimiento humano no siempre es evidente para el que sufre ni para los que lo observan; (2) el sufrimiento puede ser beneficioso para el que sufre—puede transformar el plomo del carácter en oro sólido; (3) el problema del sufrimiento no se resuelve dentro de los límites de esta vida—debe ser analizado a la luz de las compensaciones y ajustes de la eternidad; (4) la perfección del carácter moral es compatible con la incomprensión, la sospecha, la mala salud, la pobreza y el conocimiento parcial—Job era perfecto delante de Dios, pero aún así fue incomprendido y los hombres sospecharon de él, sufrió mala salud y pobreza, y su revelación de la voluntad de Dios fue parcial; y (5) el sufrimiento de los santos de Dios muestra la gracia eterna de Dios.

SALMOS

El libro de los Salmos es uno de los más amados y leídos de toda la Biblia. El contenido de esta admirable colección refleja una amplia gama de emociones religiosas y condiciones espirituales, desde las profundidades de la desesperanza hasta las más sublimes expresiones de alabanza y adoración. Salmos no sólo nos habla a nosotros, como lo hace toda la Escritura, sino que también habla por nosotros, pues responde a cada emoción y desarrollo espiritual. Este vasto tesoro de verdades espirituales ha inspirado y movido al pueblo de Dios a lo largo de los siglos. El atractivo universal de Salmos se debe en parte a su forma poética, y en parte a que originalmente fueron escritos para ser acompañados con música. Nuestro término familiar “salterio” proviene, casi letra por letra, del término griego que indica instrumento de cuerdas, lo cual revela que estos salmos de inspiración espiritual eran cantados con acompañamiento musical. En consecuencia, este libro del

Antiguo Testamento ha inspirado muchos himnos y cantos espirituales como ningún otro libro de la Biblia, y eso hasta el día de hoy. Salmos no es sólo un himnario para los hebreos, sino el himnario de la Biblia y de la iglesia cristiana. La música y la religión son inseparables. Porque cuando el hombre llega a un estado de exaltación espiritual en el que se siente uno con el Dios eterno, en forma natural utiliza la poesía y el canto. Y cuando el hombre está agobiado por el dolor o la culpa vierte en canto su ser más íntimo, expresando sus anhelos, esperanzas y deseos. Salmos, los cantos sagrados de los hebreos, son un espejo en el cual todos podemos asomarnos y ver reflejados nuestro ser y nuestras emociones. Esta lírica sagrada, ciento cincuenta cantos en total, han ejercido por siglos una tremenda influencia espiritual en la adoración hebrea y cristiana. Esta colección incluye cantos desde el tiempo de Moisés hasta cantos del final del período del Antiguo Testamento.

Origen y características de los salmos. Salmos es uno de los libros más importantes y más difíciles de entender del Antiguo Testamento. Es de los más importantes porque refleja la religión del judaísmo en términos de la experiencia personal y el lenguaje vivo. Es también el libro más variado y diverso de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento, lo cual evidencia la influencia de muchos procesos de desarrollo. En parte por esta variedad, y en parte porque no hay una referencia definida de los eventos históricos, este libro es también uno de los más difíciles de interpretar.

Autoría de los salmos. Al analizar la autoría y la fecha de este libro, debemos primero reconocer que es una colección de varias unidades que, originalmente, eran independientes. Los teólogos conservadores atribuyen la mayoría de los salmos a David, pero no todos. Las inscripciones que aparecen en el título de cada salmo asignan setenta y tres salmos a David, uno a Moisés (90), dos a Salomón (27, 127), doce a Asaf (50, 73-83), once a los hijos de Coré (42-49, 84-85, 87), uno a Hemán (88), y uno a Etán (89). Además, hay cuarenta y nueve salmos “huérfanos”, es decir, que no tienen inscripción.

División de los salmos. En su forma actual, Salmos se divide en cinco partes o libros. Cada sección cierra con una doxología. *El primer libro* va desde el Salmo 1 hasta el Salmo 41:13. Habla principalmente del hombre y la naturaleza, y algunos estudiosos consideran que corresponde al Génesis. *El segundo libro* abarca desde el Salmo 42 hasta el 72, y cierra con los versículos 18 y 19. Trata de Israel y la redención y corresponde al Éxodo. Estas primeras secciones fueron escritas mayormente por David. *El tercer libro* va desde el Salmo 73 al 89 y cierra en el versículo 52. Trata de la adoración y el templo y corresponde al Levítico. Fue escrito por varios autores. *El cuarto libro* va desde el Salmo 90 hasta el 106 y cierra en el versículo 48. Trata del camino en la tierra y corresponde a Números. *El quinto libro* abarca desde el Salmo 107 hasta el 150. Estos salmos hablan de la alabanza y la Palabra de Dios y corresponden a Deuteronomio.

Una clasificación de los salmos por temas. Hay siete clasificaciones por temas: (1) meditaciones sobre diversos aspectos de la providencia divina; (2) reflexiones sobre el gobierno moral de Dios en el mundo; (3) expresiones de fe, resignación y gozo en la presencia de Dios; (4) salmos que refieren claramente a circunstancias del salmista; (5) salmos nacionales; (6) salmos históricos; y (7) salmos reales. Aunque el Salmo 150, el último del libro, no es considerado un salmo sapiencial, es una doxología apropiada para todo el libro. Es muy probable que fuera compuesto sólo para ese fin. Ha sido considerado como el más completo e iluminado ejemplo de adoración perfecta entre todos los salmos. Salmos ha ocupado y seguirá ocupando un lugar de gran importancia en el corazón del pueblo religioso. Expresa simple y bellamente la aspiración que tiene el alma por Dios y las profundas emociones de alabanza y gratitud que caracterizan la vida cristiana. Sea para la lectura

devocional como para la adoración pública, los salmos, que permiten tener conciencia de la necesidad, recordar las bendiciones del pasado y adorar a Dios por las bendiciones que se anticipan, guían al alma hacia una comunión más estrecha y más rica con el Espíritu que los inspiró.

PROVERBIOS

Se nos ha dicho que muchas personas que se sienten abrumadas por el acercamiento teórico al cristianismo, han podido comprender la fe leyendo el libro de Proverbios. Este libro representa el sentido común de la vida y la fe. Habla de las inquietudes compartidas por todos los que reciben el don de la vida y luchan por vivirla. Para los que reciben el don de la fe, este libro destila la substancia teológica de la religión del Antiguo Testamento en su esencia práctica. Todo el material de los capítulos 1 a 29 de Proverbios tiene sabor educativo. Fue compuesto con un arte conscientemente literario para enseñarles a los jóvenes. La mayor parte está en forma de máximas tersas no mayores de uno o dos versículos. Una pequeña porción está en forma de ensayos cortos que abarcan si acaso un capítulo. Su fin educativo explica en gran parte por qué este libro fue escrito en forma poética. La poesía, con sus patrones rítmicos regulares, sus inusuales giros de frases y sus vívidas imágenes, es más fácil de memorizar que la prosa. El contexto de una escuela es una clave importante para interpretar el libro y esto debe mantenerse presente siempre. Dios inspiró que se escribiera Proverbios, en parte como un antídoto contra la apostasía de Su pueblo Israel. Al igual que todas las Escrituras, Proverbios surgió de un contexto inmediato y local que implicaba personas y sus relaciones entre sí y con Dios. Comprender el contexto y las características del vigésimo libro de la Biblia es vital para lograr un buen estudio de su contenido. El telón de fondo para la literatura sapiencial de Israel (Proverbios, Job, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, y algunos salmos) fue internacional ya que abarca todo el antiguo Cercano Oriente. Cada nación tenía su propio grupo de hombres y mujeres sabios (véase 1 R. 4:29-34) que tendía a reflejar su propia sabiduría nacionalista. La religión afectó la vida y estructura social de Israel. Por eso, la religión se conectó directamente con el monoteísmo y otros énfasis de su fe tan particular en Dios. El temor al Señor (1:7) y la visión de justicia donde todos son responsables delante de Dios, motivó a Su pueblo a vivir una vida justa. En Israel, el grupo social más importante era la familia. El padre tenía el encargo de inculcar y demostrar sabiduría (4:3-6). La esposa/madre también desempeñaba un papel vital (31:10-31). Proverbios es muy práctico porque tiene que ver con el diario vivir del creyente. No incluye mucha doctrina, pero enfatiza la práctica. Un escritor describe su fin cristiano diciendo que aunque otras partes de la Escritura nos muestran la gloria de nuestro gran llamado, este libro nos enseña todas las minucias y detalles sobre cómo caminar adecuadamente. En otras partes se nos dice que estamos completos en Cristo (Col. 2:10) y cómo debemos gloriarnos de ser “coherederos con Cristo” (Ro. 8:17, Ef. 2:6). Pero en Proverbios, como si tuviéramos la ayuda de un microscopio, vemos la letra menuda de nuestras obligaciones cristianas; que no hay temperamento, mirada, palabra, movimiento, mayor acción del día o deber más relativamente pequeño en el cual no adornemos o destruyamos la imagen de nuestro Señor, y la profesión de Su nombre. Proverbios realmente revela cómo puede el creyente “en todo adornar la doctrina de Dios, nuestro Salvador” (Ti 2:10). Hasta los no creyentes reconocen el valor que tiene Proverbios como manual de conducta. Cuánto más deben los cristianos aplicarlo, puesto que en ellos mora el Espíritu que los ayuda a vivir la vida que describe. Proverbios fue escrito mil años antes de Cristo por el rey Salomón, pero es un libro eterno. Los sabios dichos que contiene fueron importantes para el día de Salomón y siguen siéndolo para nuestro tiempo hoy. El consejo que ofrece parece haber sido escrito para nuestros tiempos. La sabiduría es la capacidad de saber qué hacer con el conocimiento que tenemos. En realidad, toda sabiduría que es verdadera inicia en Dios. Nuestro tiempo necesita este tipo de sabiduría desesperadamente. La gente de hoy

desperdicia su vida en cosas mundanas triviales y deja pasar aquellas cosas que tienen valor eterno. Las prioridades de nuestra sociedad están invertidas. Requerimos volver a la sabiduría divina que nos permitirá priorizar las cosas que tienen valor eterno. Proverbios se divide en las siguientes secciones: Sección I, título y prólogo (1:1—9:18); Sección II, proverbios de Salomón (primer grupo: 10:1—22:16); Sección III, palabras de los sabios (primer grupo: 22:16—24:22); Sección IV, palabras de los sabios (segundo grupo: 24:33-34); Sección V, proverbios de Salomón (segundo grupo: 25:1—29:27); Sección VI, las palabras de Agur (30:1-33); Sección VII, las palabras de Lemuel (31:1-9); Sección VIII, alabanza a la mujer virtuosa (31:10-31). El pasaje de Proverbios 10:1 a 24:34 es la principal sección del libro. Allí hallamos discursos que no son tan largos como los de los primeros nueve capítulos. Contiene 375 versos de dos líneas. Un aforismo es una declaración corta y concisa de un principio, o bien, una oración corta y directa sobre una observación sabia o astuta de una verdad general. Estos aforismos son (1) breves, (2) completos en sí mismos, e (3) independientes unos de otros. Es casi imposible acomodarlos o agruparlos en forma lógica. Debido a esto, es difícil exponerlos. Los títulos temáticos en el comentario de esta sección central de Proverbios tienen la intención de aportar una estructura general y procuran destacar un tema dominante que aparece en el grupo o capítulo. Sin embargo, las lecciones del pasaje son claras e importantes. Este segmento de Proverbios ha sido llamado “un manual para reyes y jueces”. Muy apropiadamente, estas palabras las dice la madre de un rey, la “esposa excelente” que aparece en la última sección. Es más, el contenido de este discurso es una conclusión apropiada para el libro que en su mayor parte ha sido escrito o coleccionado por un rey. No se centra en los privilegios del rey, sino en las responsabilidades del cargo. Estos escritos revelan no sólo gran sinceridad sino un interés amoroso. Lemuel es el hijo de una madre que lo ha dedicado al Señor, y ella le advierte sobre dos cosas. (1) Le advierte contra la lujuria. Su consejo no es una simple prohibición; es un consejo para que el rey cumpla con sus deberes para la comunidad, ya que implica disciplinarse para tener mayor dedicación. (2) Luego, sabiendo que el rey no sólo debe ser moralmente adecuado, sino también físicamente fuerte, esta madre le advierte: “Lemuel, no es digno de reyes beber vino, ni de príncipes darse a la sidra”. El consejo de los versículos 8 y 9 son para motivar a su hijo a reinar con justicia, poniendo especial atención en los pobres y no privilegiados. Lo insta a hablar en nombre de aquellos que no pueden hablar por sí mismos. En este consejo se nota la preocupación por la justicia social que tan frecuentemente expresaron los profetas de Israel. La sección final de Proverbios (31:10-31) es un bello poema que ha sido llamado “El ABC de la Mujer” y es un tributo inmortal a la mujer y madre virtuosa. Este poema es interesante y revelador en muchos aspectos. Es un acróstico; es decir, cada nuevo versículo inicia con una letra distinta del abecedario hebreo y en secuencia. El versículo 18:22 dice que bendito es el que encuentra una esposa y este pensamiento se desarrolla más en esta última sección. Por otro lado, las responsabilidades de esta mujer indican cuán importante era el papel de la mujer en la antigua sociedad israelita. (1) Se ocupa del vestido y el alimento de su familia y sus siervos (vs. 13-15); (2) administra la propiedad (v. 16); (3) cuida de los pobres (v. 20); (4) vende el producto de sus manos (v. 24); y (5) enseña (v. 26). Poniendo el poema en contexto, el valor y éxito de una “excelente esposa” los determinan los mismos criterios religiosos que se aplican al inicio: “La mujer que teme a Jehová, esa será alabada” (v. 30b). Este extenso poema sobre la importancia de la madre y esposa equilibra muy bien todo el espectro social de Proverbios. El poema cierra adecuadamente el libro por cuatro razones importantes: (1) Se ha dicho mucho sobre la mujer contenciosa, así que ahora el sabio le rinde honor a una que es noble. (2) Hay numerosas condenaciones contra la mujer adúltera y pecadora, así que el sabio presenta el retrato de una mujer admirable. (3) En todo Proverbios se menciona el papel de la mujer en la educación de los niños y con estas palabras finales, el sabio subraya esta gran verdad de la tradición familiar hebrea. (4) El fin de Proverbios es que la gente adquiera sabiduría, el camino de Dios., así que en una poesía final, el

sabio retrata a una esposa llena de fuerza y carácter. Esta mujer y esposa es ejemplo de quien cumple los fines de Dios en su vida. En ese aspecto, es un ejemplo del ideal que está al alcance de todos. No todos poseen los inusuales dones y recursos de esta madre y mujer ejemplar, pero todos pueden seguirla, así como ella siguió al Señor. En esto, ella ejemplifica la verdadera sabiduría. Así pues, Proverbios concluye tal como inicia (1:7): retando al creyente a seguir el camino de la sabiduría, que es temer al Señor siempre y vivir de acuerdo con Sus propósitos.

ECLESIASTÉS

El libro de Eclesiastés ha sido uno de los más desconcertantes del Antiguo Testamento. El título en hebreo significa simplemente “el Predicador”. Probablemente, el libro fue escrito para enseñar cosas que podrían aprenderse de la vida de otros, como la de Salomón. Habla de la desilusión y la frustración de una vida dedicada a la búsqueda de la sabiduría mundana, la riqueza y el lujo. Es un registro de todo lo vacío y vano que hay en lo mundano y el pecado y está escrito la autobiografía espiritual de un filósofo dotado de profunda perspectiva y aguda observación. El mensaje del autor se limita más que nada a las cosas de este mundo. Le habla a un grupo de gente que está en medio de una sociedad egoísta y corrupta—quizás se trate de la sociedad de los siglos 4 o 3 antes de Cristo, cuyo conocimiento estaba muy ligado a los horizontes de este mundo. El libro no tiene una secuencia real y los temas básicos son los siguientes: (1) el prólogo (1:1-11): todo es vanidad—el escritor revela una visión totalmente negativa de la vida; (2) la búsqueda de la sabiduría (1:12-18)—Salomón no encuentra provecho ni satisfacción duradera en la sabiduría; (3) la búsqueda del placer (cap. 2)—Salomón sólo halla dolor y desengaño en su búsqueda de sabiduría y conocimiento; (4) el orden de la creación (cap. 3)—Salomón contempla la creación a su alrededor; (5) las injusticias y desesperanza de la vida (caps. 4-5)—el mundo está lleno de problemas; (6) la vida es un enigma (cap. 6)—uno de los misterios de la vida es que Dios le da riqueza al hombre para que no carezca de nada, pero no le da el poder de disfrutar de sus riquezas; (7) proverbios prácticos (cap. 7)—la experiencia es el mejor maestro; (8) el mundo entero está en manos de Dios (caps. 9-10)—el destino del hombre lo controla Dios; (9) más proverbios prácticos para lo desconcertante de la vida (cap. 10)—aunque la sabiduría suele estar en desventaja cuando compite con los necios, el tiempo y el juicio están del lado del sabio, que bien puede darse el lujo de esperar; (10) recuerda al Creador en tu juventud (11—12:8)—este bello pasaje le da peso, substancia y valor al libro de Eclesiastés; (11) el epílogo (12:9-14)—temer a Dios y guardar Sus mandamientos. El escritor declara cuál es su método y propósito para escribir el libro y resume sus conclusiones en su enseñanza. El meollo del asunto está en su último consejo: debemos temer a Dios y guardar Sus mandamientos, pues en eso se resume nuestro deber. Dios es santo y está interesado en la santidad moral de los hombres. El escritor presenta una búsqueda del bien supremo del hombre. Una y otra vez su mejor respuesta, basada sólo en este mundo, es vivir lo más cómodamente posible. Pero incluso en este mundo, el logro de metas valiosas es mejor aún que la simple comodidad.

CANTAR DE LOS CANTARES

El propósito del Cantar de los Cantares es meditar sobre el amor humano. Los que aman a Dios, sean judíos o cristianos, han visto en esto un tipo del amor de Dios por Su pueblo. Algunos incluso afirman que ése es el fin del libro. Aunque casi no hay pruebas que respalden ese punto de vista, es válido afirmar que todo lo que es bueno y verdadero en el amor humano se magnifica en Dios. El libro ha sido interpretado de muchas formas, una de las cuales como un drama griego con su coro (las hijas de Jerusalén). Algunos han intentado ver una intriga, donde una muchacha campesina (la

sulamita) es llevada al harén del rey (¿el de Salomón quizás?), quien la consiente extravagantemente pero sin éxito pues el corazón de la joven está fijo en su amado campesino. Otros han tratado de convertir este libro en una historia del amor de un joven rey y su primera esposa. Pero la diversidad de esfuerzos nos da la clave para entender que no hay una trama intencional. El libro es, más bien, una colección de poemas de amor en forma de diálogo, que en general giran en torno al tema de despertar el amor. La unidad se mantiene por la uniforme persistencia, intensidad y enfoque exclusivo de la vida verdadera. El esbozo del libro revela una unidad en los poemas, así como también cierto grado de desarrollo. Trata de mostrar la fuerza del diálogo usando varias formas literarias. Al leer el libro, debemos recordar que el original hebreo no identifica quiénes son los personajes que hablan, y que ahora los hemos determinado por el número, género y persona de las palabras hebreas. El libro se divide en cinco secciones: (1) el deseo del amor (1:1—2:7), (2) el enamoramiento (2:8—3:5), (3) la celebración del amor (3:6—5:1), (4) la ansiedad del amor (5:2—6:3) y (5) la consumación del amor (6:4—8:14). El libro es una extensa ilustración o parábola de la belleza, pureza y firmeza que el escritor ha encontrado en el amor, cuando ese amor ha sido obtenido con honor e integridad. Es una celebración al amor entre dos personas creadas a imagen de Dios. La calidez e intensidad que tienen los amantes entre sí es una de las ricas imágenes del antiguo Medio Oriente. Las figuras del habla, que podrían parecer grotescas en el pensamiento moderno, forman parte de las expresiones culturales del mundo oriental del cual proviene el libro (véanse 4:1, 4). Es válido afirmar que todo lo que es bueno y verdadero en el amor humano se magnifica más en Dios. Y así cierra este extraño libro. Es diferente de los demás libros en la Biblia, pero está en la Biblia. Creemos que Dios inspiró al escritor que lo redactó y a los que le dieron espacio dentro del canon de las Escrituras. Es un libro sobre el amor entre un hombre y una mujer—uno de los amables dones que Dios nos ha dado. Cuando llegamos al clímax del libro con su afirmación: “Fuerte como la muerte es el amor; las muchas aguas no podrán apagar el amor ni lo ahogarán los ríos” (8:6-7), escuchamos la afirmación del evangelio que dice que el amor de Dios, encarnado en Jesús, es la única realidad que no puede ser destruida por nada, y nos reta a vivir la vida en esa fe. No sólo es fuerte como la muerte, sino más fuerte aún. El amor que enfrentó la muerte en la cruz se levantó en triunfo. Y cuando volvemos a vivir la relación del amor humano que celebra el Cantar de los Cantares—su totalidad, su santidad, su poder—percibimos una relación aún mayor a la luz de la cual podemos decir: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro. 8:37-38). Tener una meta valiosa es mejor que tener simple comodidad.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 10)

1. ¿Cuáles son los tres tipos básicos de la poesía hebrea?
2. ¿Cuáles son las tres áreas del conocimiento entre los judíos?
3. ¿Qué provocó las acciones que registra el libro de Job?
4. ¿Cuáles son las cinco grandes lecciones que podemos aprender del libro de Job?
5. ¿Qué se quiere decir al decir que Salmos es uno de los libros más importantes y más difíciles del Antiguo Testamento?
6. En términos conservadores, ¿quién escribió Salmos?
7. ¿Cuál fue la motivación del pueblo de Israel cuando se escribió el libro de Proverbios?
8. ¿Qué es un aforismo en Proverbios y cuáles son tres de sus características?
9. ¿Con qué propósito se supone fue escrito el Eclesiastés y qué deja en claro?
10. ¿Cuál es el propósito del Cantar de los Cantares?

LECCIÓN 11 – NOTAS

LOS PROFETAS MAYORES

Isaías

Introducción. A Isaías se le suele llamar “el príncipe de los profetas” debido al movimiento majestuoso de su libro y a la poderosa forma en que expone los temas de la justicia y la redención, que culminan con las grandes profecías sobre el Mesías y la era mesiánica. Su nombre “Isaías” significa “salvación de Jehová”. Isaías habla de cuatro tipos de salvación: (1) La salvación de la nación de Judá del ataque de otras naciones; (2) la salvación de Judá del cautiverio en Babilonia; (3) la salvación futura de los judíos cuando se establezca el reino; y (4) la salvación personal del pecador que pone su fe en el Redentor. Isaías estaba convencido de que su nación sería la nación mesiánica para el mundo, es decir, que sería la nación por la cual un día vendría a todas las naciones una bella y gran bendición de parte de Dios. Siempre soñó con el día en que esa grande y maravillosa obra se hiciera realidad.

Autor y fecha. Isaías fue profeta en el reino del sur, es decir, en Judá, en el tiempo en que los asirios destruyeron Israel, el reino del norte. Vivió durante los reinados de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías. Su llamado vino en el año en que murió el rey Uzías, pero algunas de sus visiones probablemente las recibió antes. Según la tradición judía, fue asesinado por Manasés. Se ha colocado tentativamente la fecha de su ministerio activo entre los años 745 y 695 antes de Cristo. En el primer versículo del libro, se afirma que el autor es Isaías, hijo de Amoz (no Amós, el profeta). Según la tradición rabínica, su padre fue hermano del rey Amasías. Esto significa que Isaías era primo hermano del rey Uzías y nieto del rey Joás. No se hace ninguna otra alusión a otro autor. Es más, todo el libro ha sido una unidad desde al menos el año 150 antes de Cristo (que es la fecha de la copia más antigua que se tiene). Por consiguiente, la Iglesia ha concluido que el libro entero fue obra de Isaías y que lo escribió a lo largo de toda su vida (760 – 695 a.C.). Isaías era de ascendencia real y fue tanto sacerdote como profeta. Se casó con una profetisa y tuvo al menos un hijo.

Antecedentes. Desde el año 750 antes de Cristo en adelante, el reino de Judá no pudo escapar de ser blanco de los grandes imperios. Primero fue atacado por Asiria (750-609 a.C.), que es ahora el norte de Irán. Luego atacó Babilonia (609-539 a.C.), que es ahora el sur de Irak. Luego atacó Persia (539-333 a.C.), que es el Irán actual. Y finalmente atacó Grecia en la persona de Alejandro Magno, seguido brevemente por sus sucesores, Egipto primero y luego Siria (333-169 a.C.).

Propósito. Isaías puso los cimientos para que la fe de Judá sobreviviera los embates de estos grandes imperios. Durante su vida, la amenaza fue Asiria, e Isaías les habló con fuerza al pueblo y sus reyes porque tendían a confiar en sus propias maniobras políticas y militares, en lugar de confiar en la gracia y poder de Dios. Pero el profeta previó que vendrían imperios aún más poderosos que Asiria. Así que se dedicó a demostrar que Dios—el Dios de Judá—era superior a todos: esos imperios vendrían y se irían a Su antojo. Es más, Isaías arguyó que al final, el mundo no sería regido por la fuerza bruta, la arrogancia o la pompa real, sino por la fe, la simpleza y la pureza del Hijo de Dios.

Contenido. El libro de Isaías es una unidad teológica, y un tema que demuestra esa unidad es la servidumbre. Este libro se puede comparar con toda la Biblia pues tiene dos partes, algo así como

dos testamentos. Desde esa perspectiva, los capítulos 1 a 5 nos presentan el problema: el Israel pecador llegará a ser el esclavo Israel. ¿Cómo pueden volverse realidad alguna vez las promesas del ministerio en un pueblo tan degradado y corrupto como el que vemos en los primeros cinco capítulos? La respuesta es que cuando toda la nación de labios impuros experimente lo mismo que el profeta de labios impuros, podrán llegar a ser la luz del mundo. El resto del libro es en muchas formas una extensión del capítulo 6. Primero, los siervos de Dios deben tener una visión de Su grandeza trascendente para atreverse a confiar en Él. Dios es digno de confianza, incluso frente a la amenaza de los imperios humanos. Pero porque Él sea digno de confianza, no significa que en realidad confiaremos en Él. Un siervo, un esclavo, debe estar motivado para servir. Y no hay fuerza más motivadora que la gracia inmerecida de Dios. En la sección del libro que representa al Antiguo Testamento (caps. 1-39), el profeta condena los pecados de Judá y menciona el juicio venidero. El formalismo y legalismo le han robado toda la fuerza a la religión de los judíos, y el grito de Isaías para que vuelvan a la sinceridad y a la verdadera espiritualidad es uno de los más fuertes ejemplos de la literatura profética.

Parte I

Capítulos 1-6. La servidumbre: los problemas (luz corrompida) y la solución (purificación por medio del servicio). Los primeros doce capítulos de Isaías giran en torno a grandes desarrollos históricos que ocurrieron en la segunda mitad del siglo 8 antes de Cristo, y por eso incluyen muchas profecías de redención y liberación cuyo cumplimiento apunta a la venida del Mesías. El profeta inicia mencionando este tema y el tiempo en que escribe. El tema es Judá y su ciudad Jerusalén, y debemos notar que este doble tema es el que también domina en los capítulos 44 a 66, no sólo en los capítulos 1 a 39, además de se mencionan constantemente en todo el libro en relación con la nación de Israel. Isaías invoca a cielos y tierra para que sean testigos de lo que el Señor ha hablado, así como hizo Moisés en Deuteronomio 32:1. Y así como Moisés, Isaías declara el triste camino del pueblo de Dios. Dios ha actuado en favor de Israel como haría un padre, alimentándolo (es decir, haciéndolo grande, como ocurre con el crecimiento natural) y criándolo, pero ese pueblo se ha alejado de Él. Israel es un hijo descarriado. Externamente, la nación parece próspera y hasta religiosa, pero Dios ve otra cosa. Su pueblo es rebelde, inferior a los animales (1:1-3). Está enfermo de pecado, al igual que el leproso (1:4-6) y la ciudad de jardines no es sino otra Sodoma y Gomorra (1:7-9). Pero Dios ha prometido que siempre habrá un remanente, tanto entonces como en los días de “la aflicción de Jacob”, al igual que en la Iglesia en los días de su gran alejamiento. Sus populares reuniones religiosas no sirven de nada y le son gravosas al Señor (1:10-15). La respuesta de Dios a su hipocresía religiosa tiene tres actos: (1) “Cansado estoy de soportarlas”, (2) “esconderé de vosotros mis ojos”, y (3) “no oiré”. El capítulo 1:16-18 hace un llamado al arrepentimiento. El comportamiento correcto es preferible a cualquier rito. El versículo 18 promete que la salvación no se puede separar de la limpieza de la santificación: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. El arrepentimiento y la gracia ofrecida llevan a bendición. No arrepentirse ni obedecer acarrea juicio. En el capítulo 6 se habla de la muerte del rey Uzías, quien reinó 52 años (809-758 a.C.). Este extenso período fue, para el reino de Judá, igual que el breve período de Salomón (40 años) para el reino de Israel, es decir, un tiempo de vigorosa y próspera paz en que la nación vio muchas manifestaciones del amor divino. Pero las riquezas de la bondad de Dios no tuvieron más influencia en la nación que los problemas por los que había pasado antes. Y ahora cambiaría la relación entre Israel y Jehová, de la cual Isaías fue escogido como instrumento antes y por encima de los demás profetas. El año en que todo esto

ocurrió fue el año en que Uzías murió. En ese año Israel, como pueblo, endureció su corazón, y como reino y nación vivió la devastación y destrucción del poder imperial de ese tiempo (5:24-25). El continuo endurecimiento, la degradación que esto generó, y la promesa de un remanente, son los temas de la predicación del profeta y esta profecía llega hasta el tiempo de Jesús. Jesús cita de estas profecías que hablan de la dureza y rechazo en las parábolas del reino de los cielos (Mt. 13:13-16, Jn. 12:37-41). En Juan 12:41, Jesús se identifica como Aquel cuya gloria vio Isaías. El año en que el rey Uzías muere tiene gran importancia profética: (1) Es el catorceavo año de jubileo de Israel, que había estado 700 años en Canaán; (2) el reino de Uzías concluye el largo reinado próspero de Judá, nación que no correspondió al amor de Dios; (3) el reinado de Uzías concluye con un juicio por su pecado personal—Uzías dejó que su corazón se llenara de orgullo y manejó irreverentemente objetos sagrados, lo cual le acarreó lepra; (4) la petición personal de Uzías fue la típica de Judá—la nación era leprosa espiritualmente a causa del pecado y la presunción (5:24-25, 6:9-12), y escuchamos la sentencia de muerte que se pronuncia contra ella en cuanto a perder gloria y respeto entre las naciones; está destinada a caer, aunque Dios conservará un remanente. Las visiones del profeta fueron éstas: (1) ve la santidad de Dios en Su gloria, (2) ve que su propio corazón, reflejado en la santidad de Dios, es impuro—de igual forma ve que todos a su alrededor son impuros, aunque esto no lo consuela; (3) escucha el llamado de Dios para dar un único mensaje por el cual el hombre podrá salvarse del justo juicio de Dios. En muchas formas, el resto del libro de Isaías es una extensión del capítulo 6.

Capítulos 7-12. La confianza (base para la servidumbre). Estos capítulos se pueden titular: “Consolación de lo inmoral en medio de las opresiones asirias”. Sólo por las promesas que le había hecho a David y para el beneficio del remanente, Dios no permite que Siria e Israel destruyan Jerusalén en ese momento. Envía a Isaías con un mensaje de esperanza y ayuda, mensaje que vemos en el 7:7-11. Acáz, con un falso gesto de piedad rechaza el ofrecimiento de ayuda divina para liberar a Judá. Es en este momento de repetida incredulidad por parte de Judá, caracterizada en la actitud de Acáz, que Dios revela nuevamente su maravillosa gracia para el hombre caído y nos da su primera promesa mesiánica (7:13-14). Esta profecía continúa a partir del versículo 7:17 hasta el 8:10. Los últimos versículos del capítulo 8 (vv. 21- 22) dejan ver la noche de desesperanza que vivirá la nación incrédula. El profeta describe que el pueblo estará sin un amanecer, aunque afirma que la luz será restaurada aunque no en la generación actual. En el 9:1, la palabra “mas” contrasta con esta oscuridad. Dios ha provisto (y proveerá) una luz, siempre que la nación rebelde la acepte. De nuevo la profecía pasa de las calamidades subsecuentes de la invasión a la luz brillante del Cristo Encarnado en medio del pueblo. Este profundo celo del Señor tiene dos objetivos: (1) ser fuego de indignación contra todos los que han maltratado a su pueblo escogido, y (2) ser fuego que arde con tal amor por ellos y celo por su bienestar que debe consumir todo lo impuro que esté en su medio.

Capítulos 13-17. Estos capítulos hablan de los juicios sobre las naciones vecinas de Palestina y cada uno empieza con la frase: “profecía sobre”. El primer nombre que aparece es Babilonia, y en los capítulos 13 y 14 se predice la caída de Nabucodonosor con increíble detalle, cosa que aconteció unos 150 años después.

Capítulos 28-31. Estos capítulos contienen un grupo de profecías que principalmente hablan de Judá y sus relaciones con Asiria. Samaria y Jerusalén serán desoladas debido a su pecado. Pero es necio confiar en Egipto, porque en Su tiempo, Dios quebrará el poder de Asiria. De nuevo Dios declara que vendrá juicio sobre Judá y Jerusalén debido a sus pecados. En forma particular se burla de Judá por pedirle ayuda a Egipto. Dios les recuerda que Él sacó a Israel de Egipto en forma milagrosa, y

por eso no deben volverse a Egipto buscando ayuda. Los que se echan para atrás confían en la fuerza física, en lugar de confiar en Dios.

Capítulos 32-35. En estos capítulos se nos dan las más bellas descripciones de la era mesiánica que se encuentran en el Antiguo Testamento. Vemos de nuevo una mezcla de juicios y promesas especiales para el remanente santo. Isaías 35 ve hacia el futuro, hacia el milenio, donde hallarán cumplimiento espiritual aquellos que tomen el camino de la santidad.

Capítulos 36-39. Estos capítulos concluyen la primera sección y su contenido es histórico, pues repiten el material que aparece en 2 Reyes 18:13-20:19. Esta sección narra algunos de los eventos de la invasión asiria en Judá, en cuya batalla tuvo parte importante el profeta Isaías. Este interludio histórico habla de la maravillosa liberación que Dios hace durante el reinado de Ezequías, cuando libera a Jerusalén de Senaquerib de Asiria.

Parte II

Capítulos 40-66. Llamados a veces “el Libro de la Consolación”, en estos capítulos Isaías profetiza que Judá será liberado del cautiverio en Babilonia. En ambas secciones, el profeta anuncia que Dios establecerá un reino glorioso. La primera sección ilustra principalmente la ley y la condenación, mientras que la segunda se centra en la gracia y la gloriosa redención. “El Santo de Israel” es uno de los nombres favoritos de Isaías para el Señor. Las marcas del siervo que aparecen en los capítulos 56-66 son la abnegación y la justicia que Dios concede. El principal interés de los últimos 27 capítulos de Isaías es el retorno del cautiverio en Babilonia. En ningún otro lado queda más claramente expuesta la providencia de Dios y Su majestad en cuanto a los asuntos de las naciones, que en el retorno de los judíos dispersos a Palestina, tras haber estado exilados en Babilonia. Esto se divide en tres secciones. (1) Capítulos 40-48—La proclamación de la liberación. Los primeros once versículos del capítulo 40 componen la introducción de los siguientes 27 capítulos. Dios le da al pueblo un mensaje de consuelo y perdón, y todos elevan su voz para preparar la venida del Dios incomparable. (2) Capítulos 49-57—El Siervo del Señor. Esta segunda sección contrasta los sufrimientos presentes del siervo de Jehová y Su futura gloria. El amor y cuidado de Dios, a pesar de los pecados de Su pueblo, llama a la humildad y la consagración. El Siervo es el Liberador Divino que viene de Edom “con vestidos rojos” (63:1) pues ha peleado contra los enemigos de la justicia y la verdad. Edom es el enemigo tradicional de Israel y aquí se escoge como gran representante de todos los enemigos de Jehová. (3) Capítulos 58-66—La gloria futura de Sión y el inicio de la Edad de Oro de la humanidad. La visión profética se extiende hasta el mismo fin de todos los tiempos cuando habrá “nuevos cielos y nueva tierra”, y la paz será “como un río y las riquezas de las naciones como un torrente que se desborda”. El profeta afirma que aunque pareciera que Dios se retarda, no dejará de venir y poner todo en orden. Su voluntad prevalecerá, no sólo al final, sino también en todos los asuntos pequeños. Para el justo, Su venida será un día de gozo pues será reivindicado, pero para el malvado será un día de desesperación. La tarea del pueblo judío, como siervo de Dios, es dar a conocer Su gloria entre los gentiles para que vengan a la casa del Señor a aprender Sus caminos. Esto fue lo que ocurrió cuando vino Cristo, pero también ocurrirá de nuevo en los últimos días. Dios jamás ha pretendido que Sus últimas palabras sean un juicio, pero esto no implica que habrá una especie de amnistía universal al fin del mundo. La causa y el efecto seguirán vigentes. Aquellos que hayan rechazado la provisión de Dios en Cristo, que hayan insistido en seguir su propio camino y hayan transgredido el camino de Dios enfrentarán las consecuencias eternas.

Conclusión. En el centro mismo del mensaje del profeta encontramos pasión por la santidad. La irreverencia, el alejamiento del corazón, el formalismo, el legalismo, la deshonra del sábado y la falta de oración son cosas condenables (caps. 56-59). Aunque el libro honra a Jerusalén y al pueblo escogido, este evangelio es un evangelio para gentiles y judíos, para humildes y nobles (caps. 60-61). El amor y cuidado de Dios, pese a que Su pueblo ha pecado, llaman a la humildad y la consagración (caps. 62-64). La visión profética se extiende hasta el fin de los tiempos para dar paso a “los nuevos cielos y la nueva tierra”, donde la paz será “como un río y las riquezas como un torrente que se desborda” (65:17, 66:12). Isaías inició su profecía señalando la hipocresía religiosa de Israel, pero concluye prometiendo que la adoración de Israel será aceptable al Señor.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 11)

1. ¿Por qué se le llama a Isaías “el príncipe de los profetas”?
2. ¿Qué le robó la fuerza a la religión de los judíos durante el tiempo de Isaías y cuál fue la cúspide de la literatura profética?
3. ¿A cuáles cuatro tipos de salvación alude el profeta Isaías?
4. ¿Cuál es el único tema que se expone en el libro de Isaías?
5. ¿Cuáles fueron las tres respuestas de Dios para la hipocresía religiosa del pueblo judío?
6. ¿Qué resultados tienen el arrepentimiento y la falta de arrepentimiento?
7. ¿Por qué no les permitió Dios a Siria y a Israel destruir Jerusalén?
8. ¿Cuáles son los dos objetos del cielo profundo del Señor?
9. ¿Cuáles son las marcas del siervo?
10. Al final de su libro, ¿qué promete el profeta?

LECCIÓN 12 – NOTAS

LOS PROFETAS MAYORES

Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel

JEREMÍAS

Introducción. El libro de Jeremías habla de uno de los grandes profetas del Antiguo Testamento. Compuesto en poesía y prosa, el libro revela ira contra el pecado y profunda agonía del alma, y contiene vívidas descripciones de crisis personales y nacionales, así como bellas afirmaciones de esperanza y liberación. Jeremías fue fiel al Señor hasta el final, pero el avivamiento de la fe del pueblo no ocurrió en sus días. Más bien, tras casi cuarenta años de ministerio, lo que tuvo que presenciar fue el asesinato de mucha gente y la destrucción de la Ciudad Santa a mano de los crueles babilonios. No fue placentero observar la muerte de la que otrora fuera una gran nación. La pesadumbre y depresión que llenan las páginas de Jeremías no deben sorprendernos si tomamos en cuenta los difíciles días en los que vivió. Israel, el reino del norte, había sido devastado por el poder asirio. Judá había sobrevivido sólo porque se había sometido a Nínive. Ahora Asiria estaba en ruinas y el poder emergente de Babilonia venía avanzando desde el oriente. Debilitado por la corrupción interna y la idolatría, Judá estaba indefenso contra la inundación que se avecinaba. Lo único que Jeremías podía hacer era dar voces de alarma y lamentarse, por lo cual también se le ha llamado “el profeta sufriente”.

Antecedentes. Jeremías fue llamado a ser profeta en el año 13 del reinado de Josías (629 a.C.). En ese tiempo, el reino de Judá gozaba de una paz imperturbada. Hacía ocho años el reino de Israel había caído bajo los asirios. Las huestes de Senaquerib habían sido milagrosamente aniquiladas delante de la puerta de Jerusalén en el año 14 del reinado de Ezequías (714 a.C.), lo cual hizo que Judá no le temiera al poder imperial de Asiria. Aunque Dios intervino a favor de Judá durante el reinado del justo Ezequías destruyendo el ejército asirio, a Ezequías le sucedió en el trono su hijo Manasés, que fue impío y reinó cincuenta y cinco años, más tiempo que cualquier otro rey de Judá. Con Manasés, Judá llegó al fondo de la idolatría, como jamás antes, de lo cual no se recuperaría nunca. Más tarde Manasés fue llevado cautivo a Babilonia pero, por circunstancias que no conocemos, recuperó su libertad y volvió a Jerusalén y al trono. Durante su estancia en Babilonia se arrepintió, aunque esto no tuvo un efecto importante en el reino. Amón, el hijo impío de Manasés, siguió en los pasos pecadores de su padre y multiplicó la culpa. La fuerza espiritual y moral de Judá se debilitó tanto que ya no fue posible lograr que el pueblo en general se volviera hacia el Señor y hacia Su ley. Por tanto, las reformas del santo Josías, aunque lograron suprimir la adoración a ídolos y restaurar los servicios formales en el Templo, no llegaron a detener el endurecimiento del corazón del pueblo hacia Dios, ni afectar la corrupción moral que había venido por el alejamiento del Dios vivo. Josías fue asesinado cuando iba contra el ejército del faraón Neco, que venía avanzado con su ejército hacia Palestina en su camino hacia el Éufrates donde deseaba guerrear contra Asiria, su enemigo ancestral. Josías fue herido mortalmente en la batalla que se peleó cerca de Meguido y murió camino a Jerusalén. El pueblo colocó a Joacaz, el segundo hijo de Josías en el trono, pero cuando el faraón llegó a Jerusalén, lo hizo prisionero y se lo llevó a Egipto, donde murió en cautiverio. El faraón colocó entonces al hijo mayor de Josías, Eliaquim, como rey vasallo y le dio el nombre de Joacim. A pesar de la predicación y las advertencias de Jeremías, Judá siguió en su

idolatría hasta el momento en que cayó en el año 587 antes de Cristo.

Autor y fecha. Jeremías, el profeta sufriente, sólo podía dar voces de alarma y lamentarse: “¡Ay, si mi cabeza se hiciera agua y mis ojos fuentes de lágrimas para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!” (9:1) En cuanto a su vida y obra, tenemos más información que de los demás profetas. El hombre queda claramente retratado en sus profecías, y su vida está estrechamente vinculada con la historia de Judá. Se ha dicho de Jeremías que en ningún momento durante sus 40 años de ministerio logró detener el camino descendente del pueblo; nada de lo que dijo, sufrió o hizo detuvo el deterioro. La oscuridad de los tiempos queda evidente en que las profecías de Jeremías fueron dadas cuando las cosas en Judá iban hacia una triste catástrofe final, cuando las peores pasiones se veían por todas partes y prevalecían los más fatales consejos. El destino de Isaías fue pararse frente a la nación que se lanzaba de cabeza hacia la destrucción, hacer un heroico esfuerzo por detenerla y hacerla volver a Dios, y fracasar para luego tener que hacerse a un lado y ver cómo su pueblo, a quien amaba con ternura de mujer, caía en el precipicio de la vasta ruina. El profeta era hijo de Hilcías, uno de los sacerdotes de la ciudad de Anatot, situada ocho kilómetros al norte de Jerusalén, que ahora es una aldea llamada Anata.

Jeremías fue llamado a ser profeta a una temprana edad (1:6) y trabajó en Jerusalén desde el año 13 del reinado de Josías (629 a.C.) hasta la caída del reino. Luego de la destrucción de Jerusalén siguió trabajando por unos años entre las ruinas de Judá y luego fue a Egipto con los compatriotas que huyeron a ese país (1:2 y ss., 25:3, 40-44). Por tanto, su ministerio abarca el período de la disolución interna del reino de Judá hasta su destrucción a mano de los caldeos. Su misión fue primeramente para con Judá y luego para con los pueblos paganos, en la medida en que éstos se relacionaban con el reino de Dios en Judá. Al igual que Isaías, que lo precedió por cien años, la escena de su ministerio fue Jerusalén. Como ya hemos observado, Judá jamás se recuperó de la idolatría en la que cayó durante los cincuenta y cinco años del reinado de Manasés. Era imposible ya esquivar el juicio del Señor y de que esta raza pecadora fuera liberada del poder de los impíos. A pesar de ello, el pacto que Dios en su paciencia divina le había concedido a Su pueblo sin fe, abrió una nueva oportunidad de gracia para que se arrepintieran y se volvieran a Él. Les dio la reforma de Josías y envió profetas, pues, aunque había resuelto castigar al pueblo pecador por su rebelde apostasía, no quería destruirlo totalmente. Deseaba un remanente. Es este punto de vista lo que nos permite ver el propósito y la misión de Jeremías, y comprender el curso completo de su obra, así como el contenido de su discurso.

Propósito. El propósito del ministerio de Jeremías y de su libro queda claro en dos pasajes. El primero es el versículo 1:10, donde dice que la tarea de este profeta fue internacional. Fue puesto “sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar”. Su tarea inicial era destruir. La madera podrida debía ser quitada y las plantas marchitas debían ser desarraigadas. El pecado no se debe consentir. Pero el propósito final de Dios no es la destrucción. Una vez resuelto con firmeza el pecado, se pueden erigir nuevos edificios y crear nuevos plantíos. Jerusalén y Judá, pecadores sin esperanza, deben ser destruidos para que emerja la verdadera Jerusalén. En este segundo propósito vemos también el alcance internacional: “para que se arrepienta cada uno de su mal camino; entonces yo perdonaré su maldad y su pecado” (36:3). Esto es posible gracias al nuevo pacto (31:31-34).

Contenido. El libro de Jeremías se compone de varias profecías que abarcan aproximadamente cuarenta y un años. Contiene, además, varias notas históricas y asuntos de interés personal. El orden

en que aparecen las profecías no es estrictamente cronológico. El primer capítulo del libro y el último sirven de introducción y conclusión, respectivamente, para las porciones proféticas. El último capítulo es un apéndice histórico que relata la rebelión de Sedequías contra los babilonios, y la destrucción de la ciudad junto con la deportación de sus habitantes hacia Babilonia. El primer capítulo narra el llamado de Jeremías, donde Dios le afirma que lo protegerá cuando sea perseguido, promesa que el profeta verificó varias veces a lo largo de su largo y turbulento ministerio. Este llamado concientiza a Jeremías de que Dios lo ha elegido para una tarea; las visiones demuestran que será una tarea peligrosa y difícil, pero Dios le dice: “Estoy contigo para librarte”. En este capítulo, aparece ocho veces la expresión: “Vino a mí palabra de Jehová” o algo equivalente. Este pensamiento se repite, como un continuo tamborileo, a lo largo de todo el libro. Jeremías fue un hombre con un mensaje de Dios. Podemos suponer que fue Jeremías quien le dictó esta sección a Baruc, unos veintitrés años después de las experiencias que describe. El capítulo muestra las profundas reflexiones de las experiencias que debió haber tenido en ese momento, que fueron aturdidoras. Su llamado tuvo más semejanzas que diferencias con el llamado de otros siervos de Dios: (1) Su iniciativa nació en Dios; (2) Dios le dio un mensaje que debía entregar; (3) el profeta supo desde el inicio que su mensaje no sería bien recibido; (4) sabía que Dios estaría con él mientras cumpliera el mandato divino. A diferencia de otros, Jeremías sabía desde el inicio que su mensaje era para todas las naciones y no sólo para el pueblo hebreo. Jeremías expone sus credenciales cuando dice: “antes de nacer” y luego modifica cuatro verbos al decir: “te formé”, “te conocí”, “te consagré” y “te llamé”. La iniciativa de Dios no destruye la responsabilidad del hombre; todo lo contrario. Como Dios actúa, el hombre tiene la responsabilidad de actuar también. Incluso cuando Jeremías sintió miedo, Dios le respondió dándole la seguridad de que estaría con él para librarlo. La presencia de Dios nos da valor. El libro se divide en tres grupos de profecías: Grupo 1—capítulos 2-33, Grupo 2—capítulos 34-45, y Grupo 3—capítulos 46-51.

Profecías del Grupo 1, capítulos 2-33. Estas profecías hablan de la destrucción que se avecina sobre la ciudad de Jerusalén. Jeremías las da antes de que la ciudad sea capturada y destruida. Predomina el llamado al arrepentimiento, y gradualmente las profecías pasan a ser llamados a la reconciliación ante una destrucción que parece inevitable, puesto que el pueblo retarda año tras año su arrepentimiento.

Profecías del Grupo 2, capítulos 34-45. Esta sección es mayormente de carácter histórico, y narra las persecuciones que sufrió Jeremías durante los ataques que hicieron los ejércitos babilonios contra Jerusalén. Lo acusan de colaborar con el enemigo, lo encarcelan, lo amenazan de muerte y finalmente lo llevan a Egipto contra su voluntad; pero en todo tiempo Jeremías urge fielmente al pueblo a que se arrepienta y se vuelva a Dios: “Oye ahora la voz de Jehová que yo te hablo, y te irá bien y vivirás” (38:20).

Profecías del Grupo 3, capítulos 46-51. Estos capítulos contienen predicciones del destino de las naciones extranjeras. Egipto, Filistea, Moab, Amón y finalmente Babilonia caerán bajo la vara castigadora. La profecía contra Babilonia la dice Seraías, con la orden de que al ser llevado cautivo a Babilonia, lea las predicciones, luego ate una piedra al rollo y lo lance al Éufrates como testimonio contra esa malvada nación.

Conclusión. El punto central de la etapa futura de Jeremías fue el retorno del exilio. Hemos visto que ese evento llegó a ocupar un lugar más importante en la historia que el mismo éxodo, purificado por el exilio. El pueblo de Jehová regresó después de setenta años. Con todo, Jeremías vio más allá

del exilio. Su visión incluyó una Jerusalén renovada que reflejaría la santidad de Dios y llevaría un nuevo nombre: “Jehová, justicia nuestra” (33:16). La era mesiánica entra en el panorama de la escatología de este profeta, y se distingue por un Gobernante Davídico restaurado, una Rama Justa que dispensará justicia e igualdad. Tanto Judá como Israel vendrán a Sión, y los gentiles se beneficiarán de las bendiciones de ese nuevo día. El nuevo pacto será escrito en el corazón de hombres y mujeres, y la ley de Dios será entonces internalizada. Más que ningún otro profeta del Antiguo Testamento, Jeremías enfatiza la importancia de la religión del corazón, porque la única esperanza para la persona individual está en confiar y depender, en forma personal, en el Señor.

LAMENTACIONES

Introducción. El último capítulo de Jeremías sirve de introducción para el libro de Lamentaciones. Tal como el nombre lo indica, este libro es sobre “endechas fúnebres” y fue escrita por Jeremías luego de la destrucción de Jerusalén en el año 586 antes de Cristo. Su corazón estaba quebrantado, y su dolor revela el corazón quebrantado de Dios. Dios se ha visto forzado a castigar a Su pueblo, pero eso le ha dolido. Lamentaciones se puede comparar con el relato de Apocalipsis 18 en esta forma. En Lamentaciones, el profeta de Dios llora por la destrucción de Jerusalén, la ciudad mesiánica; en Apocalipsis 18, los mercaderes de la codicia lloran por la destrucción de Babilonia, la ciudad materialista. En medio del dolor, sin embargo, Jeremías tiene esperanza. Pero los mercaderes no poseen esa esperanza. Lamentaciones es el único libro de la Biblia que, en su mayor parte, está escrito en forma de acrósticos. La primera palabra de los veintidós versículos de los capítulos 1, 2 y 4 empiezan con las veintidós letras sucesivas del abecedario hebreo. Por siglos, los judíos han leído Lamentaciones en público cada año en el noveno año del mes de Ab, para conmemorar no sólo la destrucción del primer Templo en el año 586 antes de Cristo, sino también la destrucción del segundo Templo, que ocurrió en el año 70 después de Cristo.

Autor y fecha. Tradicionalmente se le adjudica este libro a Jeremías, aunque su nombre no aparece en el texto. El tono vívido y apasionado da la fuerte impresión de que el autor es alguien que ha vivido los horrores de la destrucción de la Ciudad Santa y del Templo. Esto sugiere que la fecha del libro está entre los años 586 y 560 antes de Cristo. La Septuaginta tiene este prefacio: “Después que Israel fue llevado cautivo y quedo Jerusalén desierta, estaba sentado el profeta Jeremías llorando, y endechó sobre Jerusalén con la siguiente lamentación”. Estas palabras le dan autoridad a la creencia de que fue Jeremías quien escribió Lamentaciones.

Antecedentes. Nuestro texto nos da como antecedente la terrible calamidad que cayó sobre la tierra de Judá y la ciudad de Jerusalén en los años 587 y 586 antes de Cristo. El ejército babilonio, bajo el mando de Nabucodonosor, sitió Jerusalén por dieciocho largos meses. Cuando la ciudad, hambrienta y enferma, fue finalmente capturada, fue totalmente demolida y quemada. Fue un momento trágico y doloroso para el pueblo judío. La seguridad de Jerusalén había sido una doctrina invaluable para los habitantes de la ciudad desde el tiempo de Isaías (701 a.C.). Ahora, los que vivían para ver su ciudad en ruinas y su Templo demolido hasta sus cimientos, casi no creían lo que veían sus ojos. Su dolor no conoció límites. En los meses y años que siguieron a esta fecha, sus mentes fueron acosadas por preguntas sin respuestas en cuanto a su historia y su futuro destino.

Lamentaciones consta de cinco poemas. Seguramente fue compuesto en los tres meses que mediaron entre la quema de Jerusalén y la partida del remanente hacia Egipto. Los cinco poemas nacieron del intenso dolor de aquellos días llenos de pena que siguieron a la destrucción de la ciudad, la captura

del rey y la deportación del pueblo a Babilonia. Uno de los grandes pasajes de la fidelidad de Dios la encontramos en Lamentaciones 3:21-33, cuando Dios envía un mensaje de fe y esperanza. Nos dice que las misericordias de Dios jamás cesan, que el camino de Dios es el mejor camino, que bendito es aquel que soporta la tentación, y que el sufrimiento tiene un propósito moral. Esto puede compararse con 2 Timoteo 2:13.

Propósito. Estos poemas son endechas fúnebres que la congregación de Israel debe recitar para expresar su gran dolor por haber perdido su identidad nacional. El propósito es expresar las más profundas emociones de un pueblo quebrantado y arruinado. Los poemas le permiten al pueblo confesarse delante de Dios quien los ha tratado justamente, y al hacerlo, hallar la fuerza para soportar la innumerable carga de dolor sin desesperar. Estas endechas pretenden que el pueblo aprenda una lección del pasado y, al mismo tiempo, que siga teniendo fe en Dios aún frente al desastre abrumador. Al abrir las puertas de la oración, hallan el camino hacia el arrepentimiento y la fe, y por tanto crece la esperanza en la misericordia de Dios.

Contenido. Los cinco poemas de Lamentaciones abarcan un capítulo cada uno. Los primeros cuatro capítulos (poemas) son endechas, llenas de dolor y agonía, excepto por dos breves pasajes de esperanza y fe (3:19-42, 3:55-60). El escenario de los lamentos es la destrucción de Jerusalén y el trágico fin de Judá como nación. El capítulo 5 es una oración pidiendo perdón y restauración. Todo el libro es poético y su belleza y encanto ha sido rara vez igualado en otros escritos sagrados. Si se dibujara sería como un rayo que brota de la cruz y rompe la tristeza de la profunda tragedia.

EZEQUIEL

Introducción. Jacob en Peniel, Moisés en el Monte Sinaí, Isaías en el templo, Pablo en el camino a Damasco, Juan en la isla de Patmos y el profeta Ezequiel junto al río Quebar—todos, tras ver la gloria de Dios, no volvieron a ser los mismos. La característica distintiva de la enseñanza de Ezequiel es que usa con frecuencia visiones, parábolas, símbolos, acciones y alegorías. Muchos elementos de la literatura apocalíptica judía de años posteriores se encuentran en estas páginas. Ezequiel fue primeramente un profeta para los cautivos en Babilonia, ya que profetizó durante el llamado período neobabilonio. La nota dominante del libro es la afirmación: “Conocerán que yo soy Jehová”, que aparece sesenta y dos veces en los cuarenta y ocho capítulos. La misión de Ezequiel parece haber sido explicar por qué Dios había permitido o causado que Israel cayera cautivo. Eran culpables por las innumerales abominaciones que habían cometido, abominaciones por las que otras naciones habían sido totalmente eliminadas. Pero para Israel el cautiverio era un castigo que les permitiría volver a “saber que Dios es Dios”. Y así fue. El cautiverio en Babilonia curó a los judíos de la idolatría. Hasta ese tiempo habían sido idólatras en forma ininterrumpida. Pero a partir de ese momento, aunque cometieron otros pecados, jamás volvieron a ser idólatras. La mayoría de las personas conoce a Ezequiel por la visión del carruaje de Dios con sus ruedas dentro de ruedas, o por la visión del valle de los huesos secos, o por la profecía contra Gog y Magog. Sin embargo, Ezequiel es más que estas imágenes y aquel que lo estudia en serio se ve ampliamente recompensado.

Autor y fecha. Los tres versículos que abren el libro nombran a Ezequiel, hijo de Buzi, como el hombre que recibe las visiones de Dios que se narran en los capítulos 1 a 3. De allí en adelante, el libro se escribe en primera persona. Su nombre significa “aquel a quien Dios sostiene”. Ezequiel era un sacerdote que fue llevado a Babilonia en el año 597 antes de Cristo junto con el rey Joaquín y otros líderes de Judá en la segunda deportación. Fue llamado al ministerio cinco años después (592

a.C.). Al igual que Jeremías fue un sacerdote llamado a ser profeta, y también como Jeremías, predicó sermones de acción que llamaban la atención de la gente. En el exilio, aunque el rey Joaquín estaba preso, los israelitas gozaban en general de una gran libertad. Ezequiel tenía su propia casa y estaba casado. Vivía muy cómodamente en Telaviv, cerca del río Quebar. Aunque Daniel vivió sus setenta años en cautiverio, es probable que Ezequiel muriera antes de que el cautiverio terminara. Ezequiel fue un atalaya para los que no tenían fe y bálsamo para los fieles. Recibió sus oráculos del Señor.

Antecedentes. El antecedente para el ministerio profético de Ezequiel es la apostasía de Judá que vino cuando Josías, el último rey bueno, murió en el año 609 antes de Cristo. Desde ese momento, los reyes de Judá trataron con toda sus fuerzas de ser injustos, por lo que el reino decayó rápidamente. Por siete años Ezequías predijo el destino que le esperaba a la ciudad y a su bello Templo, pero sus compañeros exilados abrigaban la falsa esperanza de que Babilonia sería vencida rápidamente y ellos volverían a Palestina. Cuando las predicciones de Ezequiel se cumplieron, los exilados lo reconocieron como profeta de Dios. Su última profecía data del año 570 antes de Cristo, lo cual indica que su ministerio en total fue de veintidós años. Dios nunca concede visiones de Su gloria sin un propósito. Su objetivo final era transmitirle al hombre Su voluntad y Su programa. El hombre que recibe una visión de la gloria de Dios tiene un potente mensaje para el hombre. Un profeta sin una visión de Dios es falso; una visión sin un profeta que anuncie el mensaje del Señor al hombre de nada sirve. Ezequiel fue ese hombre para su época.

Propósito. Los exilados de Judá debían saber primero que Dios era soberano de toda la tierra y no sólo de Judá. Debían saber que la justicia de Dios sería dispensada por igual. Dios no ignoraría a las naciones que se habían burlado de Su pueblo y que se habían unido a las expediciones de Nabucodonosor contra el rebelde Judá. En los juicios sobre las naciones, así como sobre Judá, el propósito de Dios es que todos los pueblos en todas partes sepan que sólo Él es Dios.

Contenido. La profecía de Ezequiel se divide en forma natural en tres secciones, y cada una abarca profecías separadas que están fechadas cuidadosamente. Las primeras profecías fueron dadas antes de la destrucción de Jerusalén, y son un llamado permanente al arrepentimiento y la reforma, temas familiares entre los profetas. También son predicciones repetidas del juicio divino que vendrá si no escuchan la voz de Dios. Las últimas profecías, entregadas luego de que se enteran de la caída de la ciudad, enfatizan la restauración futura de la gloria de Israel, y el templo espiritual del cual fluirán aguas de sanidad hacia todas las naciones vecinas.

Capítulos 1-24. Esta sección tiene oráculos, visiones y profecías representadas que predicen la destrucción de Jerusalén y el fin de Judá, debido a los pecados de sus líderes y del pueblo. La gloria de Dios de las visiones personales de Ezequiel contrasta con las abominaciones que se practican en el templo de Dios en Jerusalén, dirigidas por los sacerdotes y los nobles. El resultado inevitable del pecado de Judá es que Dios se aleja del Templo y de la ciudad, lo cual causa su destrucción. La condenación y la advertencia son las notas clave de estos capítulos en la primera sección del libro. En esta sección, que abarca unos cuatro años, hay cuatro predicciones con fecha. La primera (caps. 1-7) fue dada en el año 592, el quinto año del exilio del profeta. Describe con visiones impresionantes el llamado de Ezequiel y su preparación para el puesto de profeta. Usando acciones simbólicas—un sitio en miniatura, y la división y desecho del pelo del profeta—predice la destrucción de Jerusalén. Las profecías de los capítulos 8-19 se dan el siguiente año, y muestran que Dios se aleja del santuario antes de su destrucción debido al prevaeciente mal del pueblo. En el año

70 (590 a.C.) Ezequiel declara que como Judá ha profanado el nombre de Dios delante de los paganos, su destrucción es certera. Pero un remanente será restaurado y reconocerá la mano de Dios sobre ellos. Dos años después, en el capítulo 24, aparece la parábola del agua hirviendo, que tipifica la pronta destrucción de Jerusalén.

Capítulos 25-32. La segunda sección del libro describe la caída de las naciones vecinas. Estas predicciones fueron dadas a lo largo de dieciocho años (587-570 a.C.) y describen el futuro de Amón, Moab, Filistea, Tiro y Egipto. De todos estos enemigos tradicionales de Israel, sólo el pueblo escogido tiene la esperanza de ser restaurado.

Capítulos 33-48. El tema de la tercera sección del libro de Ezequiel revela la esperanza de la gloria futura de Israel. Cuando un refugiado de la ciudad humeante de Jerusalén llegó a Ezequiel con las noticias de la destrucción del Templo y del asolamiento de la ciudad, el profeta inmediatamente consoló al pueblo abatido. La esperanza del futuro es el remanente que está en el exilio. Dios es justo, pero también misericordioso. Ni los fieros ataques de las fuerzas del mal, simbolizadas por Gog y Magog, pueden destruir los propósitos de Dios. El último de los nueve capítulos del libro de Ezequiel (caps. 40-48) hablan de la visión del templo espiritual que se establecerá en Israel, el Nuevo Templo de Jerusalén. Varias indicaciones muestran que Ezequiel no vio este templo como la reconstrucción del templo de Salomón, sino como un tipo de templo para la era mesiánica. Lo importante sobre la tierra no es el río ni los límites, sino la gloriosa presencia de Dios. El nuevo nombre de la ciudad de Jerusalén será “¡el Señor está allí (Jehová-sama)!” El Señor se ha ido de Jerusalén a causa de los pecados del pueblo, pero regresará para habitar con ellos y bendecirlos. La importancia del profeta Ezequiel aumenta entre el pueblo judío porque el profeta insiste en que hay que conservar la forma correcta de la adoración a Jehová. Sin perder de vista la importancia de la religión personal e individual que enfatizó Jeremías, Ezequiel enfatizó el aspecto institucional de la adoración. Por tanto Ezequiel es para muchos “el padre del judaísmo”.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 12)

1. ¿Por qué se le llama a Jeremías “el profeta sufriente”?
2. ¿Qué es lo que Jeremías enfatiza más que ningún otro profeta del Antiguo Testamento, y por qué?
3. ¿Cuáles son los tres grupos de profecías del libro de Jeremías?
4. ¿Cuál fue el resultado de la tercera predicción de Jeremías y a quién involucró?
5. ¿Por qué es lógico incluir el libro de Lamentaciones dentro de la profecía de Jeremías?
6. ¿Qué pudo hacer el pueblo gracias a los poemas fúnebres de Lamentaciones?
7. ¿Cuál parece haber sido la misión de Ezequiel?
8. ¿Qué valor tuvo el cautiverio en Babilonia para los judíos y por qué?
9. ¿Qué le dio a Ezequiel la reputación de profeta entre los judíos exilados en Babilonia?
10. ¿Por qué se le llama a Ezequiel “el padre del judaísmo”?

LECCIÓN 13 – NOTAS

LOS PROFETAS MAYORES

Daniel

Introducción. Los libros de Daniel, Hageo, Zacarías, Joel y Malaquías pertenecen al período persa que inició con el decreto de Ciro en el año 538 antes de Cristo. Cada uno a su manera articuló la esperanza y detalló las condiciones cambiantes de los primeros quinientos años de la vida posexílica de Judá. Cuando Nabucodonosor inició su conquista de Judá en el año 605 antes de Cristo, deportó a varios judíos a Babilonia, entre ellos a Daniel y sus amigos, que probablemente eran adolescentes en ese momento. El período que abarca la vida y servicio de Daniel coincide con una época de gran turbulencia internacional. Asiria, que había acosado por siglos las tierras del Oriente Medio, había sido exterminada por completo por las fuerzas combinadas de babilonios, medos y escitas, sus antiguos vasallos. Egipto, que por mil años había procurado controlar no sólo el África sino también las tierras del mediterráneo oriental, era ahora una nación súbdita. Babilonia surgió rápidamente gracias al liderazgo de Nabucodonosor, que fue líder militar, organizador político y constructor cívico, y por eso llevó al pueblo caldeo a una posición de poder, riqueza y liderazgo mundial, más allá de lo que jamás se había conocido.

El libro de Daniel, según su propio testimonio, registra la vida y revelación profética de Daniel, un judío cautivo que fue llevado a Babilonia tras la primera conquista de Jerusalén a manos de Nabucodonosor. El libro es “el Apocalipsis del Antiguo Testamento”. La palabra “apocalipsis” significa revelación, exposición de cosas escondidas, revelación de misterios divinos. Daniel es compañero del Apocalipsis y ambos contienen muchas imágenes misteriosas. Intentar encajar las profecías de Daniel y las del Apocalipsis a los hechos y datos de la historia humana ha producido un interminable conflicto de opiniones. Daniel y Apocalipsis tienen mucho en común, aunque son diferentes en aspectos importantes. Las verdaderas interpretaciones de los detalles de las visiones no siempre son claras; sin embargo, hay dos hechos que la mayoría de los teólogos reconocen en general: (1) Las profecías representan una revelación parcialmente velada de los eventos futuros de la historia secular y sagrada; y (2) las visiones apuntan al triunfo final del reino de Dios sobre todos los poderes satánicos y mundanos. Tanto Daniel como el apóstol Juan ven tronos y el trono donde se sienta el Anciano de Días. Ambos describen la culminación de la historia, cuando los reinos de los hombres se inclinarán antes el reino eterno y triunfante de Dios.

Autor y fecha. Daniel fue un joven judío de ascendencia noble, que fue deportado a Babilonia con el primer grupo bajo Nabucodonosor. Llegó a formar parte de la corte real babilónica y pasó la mayor parte de su carrera como asesor cercano de Nabucodonosor. Perdió importancia cuando Nabucodonosor murió, pero cuando Babilonia fue conquistada por los persas, el rey Darío lo volvió a colocar en eminencia. Un estudio profundo del libro revela que las primeras partes del libro, que están en primera persona, fueron escritas por Daniel, pero que el resto fue escrito por un hombre inspirado que vivió en el tiempo de Esdras y Nehemías. Él añadió los capítulos históricos y le dio al libro la forma que tiene actualmente.

Antecedentes. Desde el año 609 hasta el 539 antes de Cristo, la ciudad de Babilonia al sur de Mesopotamia dominó mucho del antiguo Cercano Oriente, incluyendo Judá y el área donde había

estado Israel. Casi todo el período fue dominado por la imponente figura de Nabucodonosor, el monarca babilónico. Desde la muerte de su padre (605 a.C.) hasta su propia muerte (562 a.C.), el imperio babilónico fue simplemente una extensión del mismo Nabucodonosor. Tras su muerte, varios monarcas ocuparon el trono por poco tiempo, de los cuales ninguno pudo detener el creciente poder de los persas y medos al este y el norte. Finalmente, en el año 539 antes de Cristo, justo veintitrés años después de la muerte de Nabucodonosor, Babilonia cayó en manos de los persas. Fue el general persa Ciro quien llevó a la alianza medopersa hacia el dominio del mundo. Bajo su liderazgo los líderes de la alianza fueron dominando más y más del imperio babilonio hasta que finalmente tomaron la ciudad capital. Así inició el mayor imperio mundial de ese tiempo, el cual duró doscientos años hasta que fue derrocado por el griego Alejandro Magno en el año 333 antes de Cristo.

Propósito. El propósito de Daniel es demostrar la soberanía de Dios sobre todos los reyes y supuestos dioses. Las dos partes de Daniel tienen el mismo fin, pero lo muestran en diferentes formas. Al derrotar a Judá, muchos judíos creyeron que Nabucodonosor había derrotado al Dios de Judá y cuestionaron tanto el poder de Dios como la existencia de Judá.

Contenido. El libro de Daniel se divide en dos grandes secciones. La primera mitad abarca los capítulos 1 al 6, y narra la vida de Daniel y los reyes a quienes sirvió. Los capítulos 1, 3, 4, 5 y 6 son de índole histórica. El capítulo 2 y la segunda sección del libro, que abarca los capítulos 7 al 12, son proféticos y contienen las visiones que Daniel recibió en la última parte de su vida. Las visiones de la segunda sección del libro revelan que el pueblo de Dios sería sometido a peores pruebas antes de vivir un cambio. Después de Babilonia vinieron otros imperios y éstos persiguieron a los judíos por su religión, amenazando no sólo la vida de la nación, sino también la adoración a Dios. Estas cosas le fueron reveladas a Daniel con este mensaje. Así como los reyes paganos en ese día no pudieron ignorar ni desafiar a Dios, así ninguno de los que vendrían después podrían hacerlo. Aunque los reyes futuros se exaltarán a sí mismos, todos serán humillados delante del Dios de Israel, quien en el tiempo señalado enviará a Uno del cielo que establecerá Su propio reino eterno.

Capítulos 1-6. Contienen historias de Daniel y de sus compañeros expatriados. Daniel y sus tres amigos—Ananías, Misael y Azarías (llamados Sadrac, Mesac y Abed-nego) fueron parte de los primeros rehenes que Nabucodonosor tomó tras invadir su la Tierra Santa en el año 606 antes de Cristo. Eran príncipes de noble linaje y su capacidad y potencial eran algo evidente para todos. Los cuatro jóvenes judíos fueron escogidos para ser entrenados en forma especial en Babilonia. El calibre moral de los cuatro se evidenció pronto pues se negaron a comer alimentos ceremonialmente impuros para los judíos. Cada uno de los seis primeros capítulos del libro de Daniel relata una historia breve sobre las condiciones de su vida en esta tierra adoptiva. El capítulo 1 habla del gran propósito de Daniel: “no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía” (1:8). El capítulo 2 narra sobre sueño olvidado de Nabucodonosor, el cual Daniel describe e interpreta, dando un vistazo a la historia de los cuatro imperios sucesivos precristianos del mundo, a saber, el babilonio, el persa, el macedonio y el romano, que culminarían con el establecimiento del reino de Cristo entre los seres humanos. El capítulo 3 habla de la “religión de asbesto” de los tres compañeros de Daniel, que no “se inclinaron ni rogaron ni quemaron”. Como estos tres jóvenes se rehusaron a inclinarse ante la estatua de Nabucodonosor, fueron lanzados a un horno ardiente que había sido calentado siete veces más de lo normal. Cuando fueron lanzados al horno, Nabucodonosor vio a cuatro hombres libres caminando en medio del fuego. El rey reconoció que el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego los había librado. El capítulo 4 es la historia de la humillante

locura que vivió Nabucodonosor, y cómo llegó a ver la mano de Dios en esa experiencia. El capítulo 5 abarca hasta la caída de Babilonia en mano de los ejércitos medopersas de Ciro, y relata la orgía del regente Belsasar con mil cortesanos, y la escritura en la pared que predijo el fin de su dominio. El capítulo 6 describe el incidente durante la regencia de Darío el medo, entre la captura de Babilonia y la subida al trono de Ciro, el emperador persa. Este capítulo abarca cerca de dos años. Durante este tiempo, Darío fue engañado para que emitiera un decreto prohibiendo la oración. Por violar el decreto, Daniel fue lanzado a un foso de leones. El rey estaba desconsolado pero cuando vio que Dios había librado a Daniel de los leones, mandó que aquellos que lo habían acusado, así como sus esposas e hijos, fueran lanzados al foso de los leones.

Capítulos 7-12. Estos capítulos contienen visiones del futuro que le fueron dadas al profeta-estadista llamado Daniel. Hay cuatro visiones. (1) La primera es de cuatro bestias, cuya interpretación es que representan los cuatro imperios mundiales que corresponden a las cuatro partes de la estatua del sueño de Nabucodonosor (cap. 2). (2) La segunda visión es una lucha a muerte entre un carnero y un macho cabrío. El ángel Gabriel interpreta la visión diciendo que se trata de la conquista del imperio medoperso por parte del conquistador griego Alejandro Magno. Tras la muerte de Alejandro, su imperio fue dividido en cuatro reinos, uno de los cuales (el sirio) hizo un esfuerzo inútil de eliminar la adoración a Dios entre los judíos. (3) La tercera visión ocurre durante el primer año del rey medo Darío, que era regente de Caldea bajo la autoridad de Ciro. Daniel sabía, por la profecía de Jeremías, que el cautiverio terminaría, así que empezó a ayunar y orar, y a confesar los pecados de su pueblo, con la esperanza de que la restauración viniera tal como había sido prometida. En respuesta, el ángel Gabriel fue enviado de nuevo con la visión de las setenta semanas. Es interesante notar que el decreto de Ciro que permitió que los judíos volvieran a su tierra fue emitido en el año de la oración de Daniel. (4) La cuarta visión fue de un hombre glorioso que vino a dar certeza de las promesas de Dios. El ángel Gabriel volvió a aparecerse a Daniel y le describió la caída de Persia a manos de Grecia y la división del imperio macedonio en cuatro partes. Dos de ellas, Siria (el reino seleúcido) y Egipto (el reino ptolomeo), llamados el reino del norte y el reino del sur, entablaron una guerra desesperada. El rey del norte conquistó finalmente la Tierra Santa e intentó determinadamente destruir la religión judía. Sin embargo, el pueblo escogido salió victorioso de esta persecución. En esta visión, como también en otra parte del libro, la finalidad del profeta no es hablar sobre la historia política en sí, sino describir los conflictos que habría en la historia mundial en relación con el reino de Dios, y de cómo al final las fuerzas de la justicia vencerían y triunfarían sobre las fuerzas del mal.

Conclusión. La influencia del libro de Daniel es clara porque los escritores del Nuevo Testamento lo citan mucho. Muchos de los dichos de nuestro Señor se basan en el libro de Daniel, entre ellos la descripción del gran árbol en la parábola de la semilla de mostaza, el retrato del Hijo del Hombre que viene en las nubes del cielo y otras expresiones en Su gran discurso de los últimos días. Pero las semejanzas más notables son con las visiones del Apocalipsis del apóstol Juan. La bestia que Juan ve salir del mar (Ap. 13:1) se parece a las cuatro bestias cuyas cabezas Daniel ve elevarse del mar (Dn. 7:3-7). Daniel ve un león con alas de águila, un oso, un leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas, y una bestia con diez cuernos. Juan combina los elementos de las cuatro bestias en un solo animal. Daniel es el único libro del Antiguo Testamento que nombra a los ángeles (Gabriel y Miguel). En Daniel, Miguel es el ángel guardián de los judíos; en Apocalipsis es un arcángel, o líder de ángeles, como lo dice la carta de Judas (v. 9). El apocalipsis de Daniel no termina con los reinos temporales y las luchas mencionadas, sino que visualiza otros conflictos y “abominaciones” al fin de los tiempos entre los poderes del mal de este mundo y el reino de la justicia. La última visión de Daniel sugiere

dos otras famosas visiones del tiempo futuro que aparecen ambas en el Nuevo Testamento. La primera es cuando Jesús cita del profeta Daniel cuando habla de las señales que se darán antes del fin y de Su segunda venida (Mt. 24:15); y la segunda visión es la llegada del fin del mundo que ofrece el Apocalipsis, con la visión de los siete sellos (Ap. 4—8:5). Ni Daniel mismo comprendió a cabalidad las visiones que tuvo. El tiempo ha ido revelando el significado de algunas, pero aún quedan otras por interpretar. En Daniel 12:1-3 se da otro vistazo a los tiempos del fin: “Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro. Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad.”

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 13)

1. ¿Por qué se incluye el libro de Daniel entre los profetas mayores del Antiguo Testamento?
2. Según el testimonio del libro mismo, ¿qué incluye?
3. ¿Qué quiere decir la palabra “apocalipsis” y cómo se le llama al libro de Daniel?
4. ¿Cuál es el libro compañero de Daniel, y cuáles dos aspectos de ambos libros reconocen en general casi todos los teólogos?
5. ¿Qué cree la mayoría de los teólogos sobre la autoría del libro de Daniel?
6. ¿Cuáles cuatro jóvenes judíos fueron seleccionados por los babilonios para recibir una capacitación especial, y cómo demostraron muy tempranamente su calibre moral?
7. En la segunda parte del libro de Daniel, ¿cuántas visiones proféticas tuvo el escritor y qué describe cada una?
8. ¿Qué deben recordar los estudiantes que desean interpretar las visiones de Daniel a la luz de la historia o de los eventos que vendrán?
9. ¿Cómo se nota la influencia del libro de Daniel?
10. ¿Cuáles son las semejanzas más notables entre Daniel y el Apocalipsis?

LECCIÓN 14 – NOTAS

LOS PROFETAS MENORES

Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás y Miqueas

Las últimas dos lecciones de este estudio tratan sobre el Libro de los Doce, que abarcan desde el año 750 antes de Cristo (inicio del ministerio de Oseas) hasta aproximadamente el año 420 antes de Cristo (tiempo de Malaquías). Esta última sección del Antiguo Testamento también recibe el nombre de Profetas Menores, y en las escrituras hebreas se compila como un solo libro, y era el cuarto de los Últimos Profetas. No sabemos cuándo ni quién reunió los doce libros en un solo rollo. La disposición del mismo no es estrictamente cronológica. En esta lección vamos a estudiar Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás y Miqueas. Todos pertenecen o al movimiento profético previo al exilio o al período babilónico y del exilio. El período previo al exilio empieza en el año 750 antes de Cristo y llega hasta la caída del poderío asirio y el inicio de Babilonia, alrededor del año 615. Los profetas de Israel, el reino del norte, son Oseas, Amós y Jonás. Los profetas de Judá, el reino del sur, son Miqueas, Nahum y Joel. Los profetas del período babilónico y del exilio son Habacuc, Sofonías y Abdías. Los profetas de la restauración son Hageo, Zacarías y Malaquías. Algunos de estos profetas los comentaremos en la última lección.

OSEAS

A Oseas se le llama el profeta del Amor Divino. Predicó en el reino del norte cuando la nación parecía prosperar externamente, aunque internamente iba en decadencia y directo al juicio. Fue un maestro de las imágenes, e hizo muchas comparaciones (“como tierra seca”, “como nube de la mañana”, etc.). La imagen que se sobrepone a todas en su libro es la del “matrimonio”. Oseas se casó con una mujer que le dio tres hijos y luego lo abandonó para hacerse prostituta. Luego él la compró de vuelta en el mercado de esclavos (3:1-2). Esta dolorosa experiencia de Oseas fue un sermón para la nación. La nación de Israel se había casado con Jehová pero había cometido “adulterio espiritual” y se había vuelto a los ídolos. Esto la había llevado a la decadencia moral. La nación sufriría por sus pecados, pero el Señor un día la redimiría y restauraría. Oseas fue el último profeta escritor que ministró en Israel antes de que cayera en manos de los asirios en el año 722. Ha sido llamado el profeta de “la hora cero” de Israel, porque la nación había caído a tal punto de corrupción que ya no podía escapar del juicio divino. Pero aunque el juicio es el tema principal del mensaje de Oseas, el libro suele ser recordado mayormente por sus vívidos cuadros del amor y la gracia de Dios. Algunos han mencionado muy bien que “en el libro de Oseas no hallamos nada de gracia divina”. Nuestro estudio de este libro nos llevará a comprender más profundamente quién es Dios y cómo trata Él con los pecadores. Mucho se puede decir de la fortaleza de Oseas frente a las crisis personales y nacionales, pero él estaba muy consciente de que su fuerza tenía origen divino. La infidelidad, rechazo y restauración de Israel quedan ilustrados en la trágica experiencia del profeta. El nombre de Oseas significa “salvación”. Es interesante observar que los nombres “Josué” (Nm. 13:16) y “Jesús” (Mt. 11:21) derivan de la misma raíz hebrea para el nombre de “Oseas”.

Introducción. Los mensajes registrados en el libro de Oseas probablemente fueron escritos entre los años 760 y 714 antes de Cristo. Durante su ministerio reinaron siete reyes en Israel y cuatro en Judá.

Autor y fecha. El padre de Oseas se llamó Beri (1:1). No sabemos cuál era su oficio, pero Oseas utiliza muchas ilustraciones de entornos agrícolas. Fue el único profeta escritor de Israel, aunque muchos otros profetizaron en ese reino también. Era el que ministraba en Israel cuando Asiria invadió y conquistó Israel en el año 722. Observemos que en el año 586 Jeremías le predicó a Judá. Ambos profetas, Oseas y Jeremías, tuvieron el mismo tipo de mensaje y ambos fueron “profetas sufrientes”. Se calcula que el libro de Oseas fue escrito aproximadamente en el año 725 antes de Cristo.

Propósito. Oseas está compuesto de series más o menos continuas de mensajes en los que, alternadamente, se le advierte al pueblo de sus pecados y se le implora que deje sus malos caminos y se vuelva al Dios que lo ama.

Antecedentes. El contexto es Israel, el reino del norte, que estaba políticamente plagado de anarquía, conflictos y confusión. Una acción política permitió una alianza con Egipto y otra con Asiria, y a ambas naciones Oseas las denomina amantes ilícitos. A nivel económico, la nación era próspera. Espiritualmente, fue la hora más negra de Israel. La idolatría, la inmoralidad y el profundo rechazo contra el amor de Dios anunciaron el desastre.

Contenido. El libro de Oseas tiene dos secciones. La primera (caps. 1-3) se centra en la experiencia marital de Oseas, que describe la relación de Dios con Israel. Oseas relata su infortunio familiar con su esposa Gomer, la cual le fue infiel. Su amor hacia una esposa infiel se toma como ejemplo del amor de Jehová por su pueblo idólatra, y el deseo que expresa el profeta de recibir a Gomer de nuevo en su hogar, es una promesa de la misericordia de Dios. La segunda sección (caps. 4-14) incluye varios mensajes proféticos que hablan del pecado de Israel, así como de su juicio y eventual restauración. Esta sección tiene tres objetivos: (1) revelar la naturaleza más profunda del pecado, (2) revelar que el juicio es inevitable, y (3) revelar la inconquistable fuerza del amor.

Conclusión. En la última sección del libro, hay un largo discurso de juicio (11:12—13:16) y un mensaje final de salvación (14:1-9). El llamado al arrepentimiento contiene la esperanza de que la futura generación reciba bendición. Dentro de la exhortación hay una oración modelo para que la generación penitente se la ofrezca al Señor. En esta oración, la nación arrepentida pide perdón para poder ofrecer alabanza. Le confiesa al Señor que Él es su única fuente de protección y deja de seguir a falsos dioses (14:1-3). El Señor le promete al Israel arrepentido una restauración total (vv. 4-8). Su amor reemplaza Su ira y esto sana la nación. En conclusión, el profeta extrae una lección para su audiencia (v. 9). El que posee verdadera sabiduría sabrá reconocer que los mandamientos del Señor son justos y los seguirá. Sin embargo, para el rebelde esos mandamientos serán piedra de tropiezo y lo harán caer. El Señor renovará Sus bendiciones y cumplirá las promesas hechas a Abraham, según las cuales le aseguró al patriarca una descendencia numerosa y la posesión eterna de la Tierra Prometida.

JOEL

Introducción. La profecía de Joel fue dada en un tiempo de pánico nacional frente al ataque de una plaga de langostas sin paralelo. El profeta mira la plaga como una advertencia solemne del juicio que vendrá en “el día de Jehová”, que es la idea central de Joel. Al igual que Sofonías, este libro habla del juicio venidero. Al igual que Apocalipsis, predice la cosecha de la tierra.

Autor y fecha. El libro de Joel es una de las pequeñas obras maestras del Antiguo Testamento. Fue cuidadosamente planificado y redactado para lograr un efecto dramático en una composición única, unida y completa. El nombre “Joel” significa “Jehová es Dios”. No tenemos información de este profeta excepto la que ofrece el mismo libro. Fue hijo de Petuel, de quien no se sabe nada. Sin duda provenía de Judá y probablemente nació en Jerusalén. Como siervo de Dios enfatiza la oración, el ayuno y el arrepentimiento como medidas para evitar el juicio divino. A veces ha sido llamado el Profeta de Pentecostés, porque predijo el derramamiento del Espíritu Santo que ocurrió en el Nuevo Testamento. Joel no relaciona su profecía al reino de un rey en particular, tal como hicieron Oseas, Amós, Isaías y otros, y tampoco alude específicamente a situaciones históricas que puedan ayudar a establecer una fecha. Y como esto es cierto, cualquier conclusión debe extraerse del texto mismo. Con base en la evidencia disponible, los teólogos más conservadores han fechado este libro alrededor del año 830 antes de Cristo, durante la monarquía del rey Joás y la regencia del sumo sacerdote Joiada.

Antecedentes. Varias características de este libro indican cuál es probablemente su contexto. Aunque no se menciona un rey, ni del reino del norte, ni de Asiria ni Babilonia, se enfatiza mucho la adoración del Templo y el sacerdocio, y se usa mucho lenguaje figurado para hablar sobre la futura restauración. La carga de Joel son “los pecados del pueblo” por los cuales Dios envió una plaga. Aunque Joel vivió y profetizó en un tiempo en que el pueblo de Judá todavía no había llegado a los extremos de maldad de tiempos posteriores, sus pecados eran grandes. Muchos habían seguido a la malvada Atalía, hija de Acab y Jezabel. En el libro de Joel, que fue un libro temprano de profetas y profecías, aparece un patrón que podemos llamar “ciclo profético”. Este ciclo se compone de (1) la presencia de problemas y sufrimientos, que acarrearán un juicio por el pecado, (2) el arrepentimiento y la restauración que vendrán en el Día del Señor, (3) un Dios que es “misericordioso y lleno de gracia”, que promete perdón, les devuelve la prosperidad y los libera de los enemigos; y (4) la predicción del futuro glorioso de Israel. Aunque desde el inicio tanto la plaga simbólica como la advertencia de un juicio venidero se limitan a Judá, a Jerusalén y a sus vecinos inmediatos, antes de concluir el libro, el escritor amplía el alcance y anuncia que Jehová es el juez de toda la humanidad. Dará bendiciones temporales y espirituales a Sus fieles, sin hacer distinción, y castigará a todos los hacedores de maldad. Para lograr esto, Dios derramará Su Espíritu sobre toda carne.

Propósito. Los fines del libro son advertir que viene un juicio, llamar al pueblo al arrepentimiento, y darle al pueblo de Dios la esperanza de que vendrá un día de salvación después del juicio.

Contenido. Joel es un libro corto de sólo tres capítulos, pero su mensaje fue importante para su tiempo y para el futuro. El libro se divide en dos partes: la primera es un llamado al arrepentimiento, y abarca los capítulos 1 y 2; y la segunda es un llamado al juicio y abarca el capítulo 3.

En el capítulo 1, el profeta describe una apabullante hambruna que ha sido causada por una plaga de langostas sin precedentes, a la que le ha seguido una sequía prolongada que ha devastado la tierra. Urge a los sacerdotes a convocar al pueblo al ayuno y al arrepentimiento en oración. Dios escucha su clamor, quita las langostas y promete una era de prosperidad. El capítulo 2 extiende el cuadro y compara la plaga de langostas con la invasión de un ejército enemigo. La devastación es similar y volverse a Dios también debe ser similar. En la última parte del capítulo, Dios promete responder al clamor de Su pueblo, liberarlo del enemigo y restaurarlo mediante el derramamiento de un nuevo espíritu, Su Espíritu, sobre la nación. El capítulo 2 se llama el Día del Señor, y es el verdadero mensaje de Joel. La respuesta del Señor al arrepentimiento del pueblo tiene dos lados. El primero es

que por la devastación de las langostas Judá admite que el Señor es su único Dios. El segundo es que vendrá una nueva era, cuando Jehová derrame Su Espíritu sobre toda carne, sin hacer diferencia de género, edad o nivel social. La nueva era se caracterizará por una generalización del fenómeno de la profecía, que aquí se describe como grandes manifestaciones de profecías, sueños y visiones. En el capítulo 3 se añade la promesa de una gran restauración del pueblo de Dios antes de que venga un conflicto final y climático entre las fuerzas del mal y las fuerzas del Señor. El resultado de la lucha no se cuestiona, pues Dios llevará a Su pueblo al triunfo. Hay aquí un claro contraste entre las bendiciones del arrepentido Judá y el juicio de las naciones impenitentes.

Conclusión. Puesto que la visión de Joel del gran día del Señor implica un derramamiento universal del Espíritu del Señor, a Joel se le ha llamado “el profeta de Pentecostés”. Para explicar el evento de Pentecostés (Hch. 2), Pedro dice que es el cumplimiento de la promesa de Dios hecha en Joel 2:28-29, que dice: “Después de esto derramaré mi espíritu sobre todo ser humano, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones. También sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días”. Esa es la naturaleza de la asombrosa promesa de Dios por medio de Joel. La única esperanza de gozar la presencia de Dios y Su salvación final es que Dios resida en nosotros. Esta revelación no aparece sólo en Joel, sino también en Isaías y Ezequiel. Además, es evidente que Juan el Bautista sabía que un ministerio del Mesías era poner al Espíritu Santo a disposición de todo el pueblo. Por tanto, la cita de Joel que hace Pedro para explicar la experiencia de Pentecostés no fue una ocurrencia del momento. Evidentemente expresó una creencia teológica básica. Lo que sorprendió no fue lo que dijo, sino que aplicó el cumplimiento de esa promesa a la obra de Jesús de Nazaret.

AMÓS

Introducción. Cuando, tras la muerte de Salomón, las diez tribus del norte declararon su independencia de la dinastía de David (alrededor del año 930 a.C.), Jeroboam I, hijo de Nebat, fue coronado rey. A fin de no fomentar lealtad hacia la capital religiosa de Jerusalén, Jeroboam levantó altares en Betel y Dan y colocó becerros de oro, contrariando así el primer mandamiento (véase 1 R. 12:28). Estas prácticas paganas fueron una influencia negativa permanente en la vida espiritual del reino del norte. Tras un período de deterioro político y militar, Israel volvió a resurgir durante el reinado de Jeroboam II, y disfrutó de gran prosperidad y prestigio internacional. Este éxito nacional, sin embargo, vino acompañado de una excesiva búsqueda de lujo, placer y opresión de los pobres por parte de los ricos. El oscuro mensaje de Amós parecía incongruente con toda la elaborada fachada de esa época. Pero por inspiración divina, Joel vio la corrupción que había debajo del brillante colorido exterior y anunció que la nación estaba podrida hasta la médula. El libro es un elocuente testimonio contra aquellos que subordinan la necesidad y dignidad en procura de la riqueza y el placer. Amós advierte contra la religión civil que interpreta el éxito nacional como favor de Dios.

Autor y fecha. Generalmente, Amós es considerado el primero de los profetas escritores y el libro data posiblemente del año 760 antes de Cristo. La predicación de Amós enfatiza la justicia de Dios. La forma en que entiende la justicia es el concepto central en el Antiguo Testamento sobre la integridad en las relaciones humanas, especialmente hacia los menos afortunados. Condena a los ricos que usan su posición para obtener ventajas y privar a los demás. Debido a que Amós llama a corregir este desequilibrio de riqueza y poder, su mensaje tiene tonos de reforma social. Pero en realidad, la verdad no deriva de simples intereses humanos. Se basa completamente en el requisito

del pacto bíblico de la hermandad, y es, por tanto, expresión del interés de Dios por la justicia social.

Antecedentes. Tras la muerte de Salomón las diez tribus del norte declararon su independencia de la dinastía de David y coronaron rey a Jeroboam I, hijo de Nebat. A fin de evitar que el pueblo fuera leal a la capital religiosa de Jerusalén, Jeroboam levantó altares en Betel y Dan y colocó becerros de oro, contrariando así el primer mandamiento. Estas prácticas paganas fueron una influencia negativa permanente en la vida espiritual del reino del norte.

Propósito. Amós fue enviado por Dios al pueblo de Israel para advertirle que habría consecuencias si seguía adorando a dioses paganos, y para anunciar que sería llevado cautivo si se negaba a seguir a Dios.

Contenido. Hay cuatro divisiones en el libro de Amós. (1) Los capítulos 1 y 2 predicen juicio sobre Siria, Filistea, Edom, Amón y Moab, así como sobre Judá e Israel. (2) Los capítulos 3 a 6 contienen tres discursos de condenación contra Israel. (3) Los capítulos 7 a 9:8 ofrecen cinco visiones: langostas, fuego, plomada, canasta con frutos y la destrucción del altar. (4) El resto del capítulo 9 contiene la conocida profecía de la restauración de Israel. Al cierre del libro, Amós ofrece esperanza y describe la gloria futura del reino de David, cuando un remanente volverá del exilio y será restaurado a la prosperidad en un reino que no será ya dividido.

Conclusión. El Señor, gobernador total del universo, vendrá como poderoso guerrero a juzgar a las naciones que se han rebelado contra Su autoridad soberana. En particular, castigará a Israel por no guardar el pacto, lo cual está especialmente evidenciado por sus tratos socioeconómicos deshonestos y opresores, por el formalismo religioso hueco, y por una arrogante confianza. Sin embargo, al final el Señor colocará a Su pueblo de nuevo en un lugar de bendición, bajo el liderazgo de una dinastía davídica revitalizada.

ABDÍAS

Introducción. Abdías es el libro más corto del Antiguo Testamento y es un auténtico libro profético del período neobabilonio. Parece que fue escrito poco después de la destrucción de Jerusalén. El profeta se burla del pueblo de Edom porque éste se goza de la caída de Judá, y señala que aunque los edomitas se sientan seguros en sus fortalezas de la montaña, su destino será el mismo de otras naciones del Asia occidental. Sólo Sión volverá a ser restaurada, para que todas las naciones sepan “que el reino es del Señor”.

Autor y fecha. Abdías significa “el siervo del Señor”, pero aparte de esto, nada sabemos con seguridad de este profeta. Es difícil también determinar la fecha exacta de este libro, debido a que los eventos históricos que se mencionan no son enteramente claros. Sin embargo, la mejor interpretación relaciona el mensaje con la caída de Jerusalén a manos de los babilonios en el año 586 antes de Cristo. Eso permite suponer que el libro fue escrito poco tiempo después de este suceso, y porque estaba emergiendo una coalición que amenazaba a Edom. Abdías, al igual que Amós, Isaías, Miqueas y Habacuc, utiliza la palabra “visión” para describir el contenido de su profecía así como las circunstancias en las que recibió el mensaje. Abdías es un profeta verdadero y por tanto, vocero del Señor, quien le da un mensaje sobre Edom.

Antecedentes. La relación familiar ancestral entre Israel y Edom se remonta al conflicto entre Esaú

y Jacob, los hijos de Isaac, quienes fueron los patriarcas de Edom e Israel respectivamente. Los edomitas obstaculizaron el camino de los emigrantes israelitas cuando intentaron utilizar la vía del rey durante su caminar por el desierto, pero en el tiempo del rey Saúl parece ser que convivían pacíficamente. La conducta vengativa de Edom contra Israel la vemos en Amós, Ezequiel y Abdías, y la seguridad que sentía Edom por tener fortalezas en la montaña demostró ser falsa. El mensaje del libro de Abdías es básicamente una condenación de Edom. Los edomitas traicionaron a los habitantes de Jerusalén en su hora más oscura. Se rieron de las penas de Judá, y probablemente hasta saquearon al pueblo indefenso y ayudaron a los soldados babilonios a capturar a los judíos que habían huido. Edom era culpable de tomar partido a favor de los babilonios en contra de Judá. Por tanto, el libro es un mensaje de destrucción contra Edom. El profeta recibe palabra de que Edom será castigado. Su pecado es haber ayudado a los babilonios a capturar Judá y a despojar Jerusalén, y porque se han regodeado del desastre. Por todos esos crímenes, el Día del Señor se acerca. Ese día serán juzgadas todas las naciones enemigas del pueblo de Dios, y Edom en particular. La ubicación supuestamente segura del pueblo edomita no servirá de nada contra la ira del Señor.

Propósito. Muchos han cuestionado la validez del libro por causa de su aparente tono vengativo. Sin embargo, revela una estrecha relación entre el Señor y Su pueblo. Quienquiera que se aproveche del pueblo de Dios es enemigo de Dios. La misma verdad la hallamos en otras partes de la Escritura, por ejemplo, en la condenación contra Roma (representada como “Babilonia”). Es más, si Dios juzga a Su propio pueblo, debe consecuente con Su gobierno moral y no hacer excepciones con nadie. El mensaje de Abdías es una palabra de consuelo para quienes han sufrido la crueldad edomita. Refuerza la convicción de que el Señor es la deidad que gobierna toda la historia humana, y no sólo el Dios de los israelitas.

Contenido. Los dos temas principales de Abdías se resumen en el versículo final. El profeta dice que salvadores israelitas, hombres sabios de percepción espiritual y fe, reinarán sobre Edom, el territorio que una vez fue ocupado por los hijos mundanos y sin religión de Esaú. El plan de Dios es que al final lo espiritual esté por encima de lo profano. “¡El reino será de Jehová!”, es decir, el Señor reinará sobre todo. A los cuatro años de haber sido quemada la ciudad de Jerusalén, la nación de Edom fue invadida y desolada por los mismos babilonios a quienes antes habían ayudado contra Jerusalén. Los pocos edomitas que quedaron vivos fueron confinados a una región al sur de Judea, donde vivieron los siguientes cuatro siglos y siempre en enemistad contra los judíos. Al ser destruida Jerusalén en el año 70 después de Cristo, desaparecieron de la historia.

JONÁS

Introducción. Los 16 profetas del Antiguo Testamento se dividen en profetas mayores y profetas menores. Los cuatro profetas mayores fueron Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Los doce profetas menores fueron designados así por la Iglesia Latina en el tiempo de Agustín y Jerónimo, debido a la brevedad de sus escritos en comparación con los escritos de los profetas mayores.

Autor y fecha. Partiendo del estudio del contexto del libro de Jonás, el imperio de Asiria era la fuerza dominante del antiguo Cercano Oriente entre los años 900 y 625 antes de Cristo. Jonás nació probablemente alrededor del año 800. Tenemos poca información personal de este profeta. Tanto Jonás 1:1 como 2 Reyes 14:25 lo identifican como hijo de Amitai, y en el libro de Reyes se añade que provenía de Gat-hefer, un pequeño pueblo en la baja Galilea, a unos 5 kilómetros de Nazaret en el área de la tribu de Zebulón. El nombre “Jonás” significa “paloma”. Hay una tradición judía que

afirma que la madre de Jonás era una viuda en el pueblo de Sarepta y que Elías levantó a Jonás de entre los muertos.

Más que por sus datos históricos y culturales, la historia de Jonás suele llamar la atención por ser una historia bien narrada y por su contenido. El libro es un relato pulido de una carrera profética de gran valor teológico. Sin embargo, el autor no abusa de la historia para transmitir teología. Sabemos que el libro de Jonás es una historia, no una parábola, leyenda o mito, y lo sabemos por lo siguiente: (1) Jonás es un personaje histórico, (2) es posible que los eventos ocurrieran tal como se describen, lo cual está respaldado por sucesos reales parecidos, (3) los judíos consideran el libro como histórico, y (4) Jesús se refiere a la historia de Jonás y el pez como símbolo de Su propia muerte y resurrección.

Propósito. El propósito del libro se resume de esta forma: (1) El cuidado de Dios y la provisión de Su palabra es para todos—judíos y gentiles, (2) el hombre tiene la posibilidad de arrepentirse, y (3) la muerte y resurrección de Cristo, prefiguradas en la experiencia de Jonás, formaban parte del plan de Dios desde el inicio.

Contenido. En los cuatro capítulos de Jonás, Jonás representa al pueblo escogido de Dios. El trato de Dios con Su profeta rebelde es Su forma de lograr que Israel entienda Su punto de vista y reconozca y realice la tarea evangelística mundial para la que fue elegido. El verdadero héroe del libro es el Señor. Él domina la acción: (1) trae un gran viento sobre el mar (1:4), (2) hace que un gran pez se trague a Jonás (1:17), (3) le da órdenes al pez (2:10), (4) cede y decide no enviar la calamidad (3:10), (5) hace que crezca una planta (4:6), (6) hace que venga un gusano (4:7), y (7) trae un viento solano del oriente (4:8). Su control sobre el mundo abarca la naturaleza, los profetas y los paganos. Es soberano en el juicio y también en la misericordia. El libro se divide en cinco partes y los criterios para esta división son, primero, la palabra del Señor a Jonás (1:1, 3:1), y segundo, las oraciones de Jonás (2:1, 4:2). Los hilos conductores del mensaje se unen en el diálogo final entre Dios y Jonás. El bosquejo básico del libro es el siguiente: (1) la palabra de Dios a Jonás (cap. 1), (2) la acción de gracias de Jonás (cap. 2), (3) la segunda palabra de Dios a Jonás (cap. 3), (4) el lamento de Jonás (4:1-10), y (5) el diálogo final entre Dios y Jonás (4:6-11).

Conclusión. Pese al ejemplo negativo del personaje central, el libro enseña lo que deben hacer los siervos de Dios ante Sus decisiones soberanas. En nombre de la justicia, Jonás intentó limitar la soberanía de Dios negándoles Su gracia a los paganos. Desde una perspectiva meramente humana, uno puede discutir que esto es justificable. Sin embargo, desde la óptica divina, Jonás fue culpable de aplicar un doble estándar. Aunque tenía conciencia de cuán misericordioso había sido Dios en el pasado con Israel, y él mismo había experimentado esa misericordia, no deseaba que los paganos la recibieran. Al tratar de encajonar a Dios, Jonás pasó a ser una contradicción deprimida y confundida, cuyas actitudes y acciones fueron una negación real de sus piadosas confesiones teológicas. El ejemplo negativo de Jonás les recuerda a los siervos de Dios que deben aceptar Sus decisiones soberanas, incluso si éstas no están en consonancia con sus propias ideas de lo que es justo y correcto. Hay dos aspectos que destacan en la teología de este libro. Uno es el amor universal de Dios y el otro que Dios es soberano. La fuerza de ambos aspectos es que Dios es el Señor del universo, y es capaz de todo aunque Él decide ejercer ese poder mediante el amor universal.

MIQUEAS

Introducción. Miqueas, igual que su contemporáneo Isaías, pertenece también al período crítico de la historia de Israel de la última parte del siglo 8 antes de Cristo. En ese tiempo, Asiria era poderosa bajo el mando de Teglatfalasar III, Salmanasar V, Sargón II y Senaquerib. Uzías, rey de Judá, fue reemplazado en el trono por su hijo Jotam, quien correinó con él y en forma independiente reinó muy pocos años (739-735 a.C.). Hacia el final de su reinado, Judá se vio amenazado por una invasión de las fuerzas aliadas de Damasco e Israel (2 R. 15:37), pero la crisis real no ocurrió sino hasta el reinado de Acab. Acab, por temor a la protesta de Isaías (Is. 7:1-16), pidió la ayuda de Teglatfalasar III de Asiria. Damasco e Israel fueron vencidos y Judá fue librada, pero a costo de perder su independencia nacional. Debido a esto, Judá pasó a ser súbdito del rey asirio (2 R. 16:7-9, 2 Cr. 28:29).

Autor y fecha. El ministerio de Miqueas se ha colocado en la segunda mitad del siglo 8 antes de Cristo, aproximadamente entre los años 750 y 700. Se supone que vivió en una región de colinas situada entre la costa filistea y el altiplano de Judea. Miqueas es llamado “el profeta del Liberador que viene”, y también se le ha dado el título de “profeta de los pobres”. Esto se debe a su interés en la gente del campo y las personas individuales.

Antecedentes. Durante los primeros años de Miqueas, Judá vivió en paz pagándole un tributo anual a Asiria. El poder asirio quedó manifiestado en la conquista de Samaria y la cautividad de Israel a manos de Sargón, luego de que Oseas de Israel intentó romper el yugo asirio haciendo una alianza con Egipto. Senaquerib, sucesor de Sargón, enfrentó las revueltas en las que participó Judá. Miqueas se vio ante la difícil tarea de denunciar el pecado y anunciar juicio ante una audiencia potencialmente hostil. Al igual que Amós, Miqueas atrajo la atención de la audiencia describiendo primero el juicio de sus enemigos. Inició con un vívido retrato del Señor que vendría en poder a juzgar las naciones. Luego incluyó al reino del norte y su capital Samaria dentro del alcance del juicio. Hasta aquí, su audiencia probablemente asintió en aprobación. Cuando bajaron la guardia, Miqueas señaló rápidamente que Judá y Jerusalén tampoco escaparían del juicio divino.

Propósito. Miqueas repitió las grandes verdades que habían declarado sus predecesores y contemporáneos, especialmente Isaías en Jerusalén. Enfrentó y trató de corregir el falso concepto de Dios y sus requisitos para Su pueblo.

Contenido. El libro contiene tres discursos proféticos que se separan entre sí por la palabra introductoria “oíd”. Habló sobre un juicio (caps. 1-2), el reino futuro (caps. 3-5), y la invitación de Dios al pueblo para que se volviera a Él (caps. 6-7). Miqueas esperaba que el pueblo de Judá aprendiera de la triste vivencia de Israel, pero no fue así. Su mensaje es de juicio mezclado con misericordia y esperanza. Miqueas presenta a Dios como el Señor soberano de la tierra que controla los destinos de las naciones, entre ellas Israel, Su pueblo de pacto. El Señor juzgará a las naciones de la tierra, las someterá y las incluirá en Su reino. El juicio abarca también a Israel, pues el pueblo de Dios ha violado las demandas de Su pacto. El juicio justo y completo del Señor purificará a Su pueblo. Pero por su promesa incondicional a Abraham, el Señor perdonará los pecados de Su pueblo y traerá a un remanente del exilio. Con ellos hará una nación poderosa bajo el gobierno del rey mesiánico, y Jerusalén, que ha sido muy humillada por las naciones en el pasado, será colocada en un lugar de prominencia y será el centro del gobierno mundial de paz del Señor. La introducción de la profecía de Miqueas (1:2-4) deja en claro que el Dios de Israel es soberano sobre las naciones.

Utilizando terminología legal, el profeta anuncia a las naciones que “Jehová, el Señor” está por atestiguar contra ellos. Luego describe vívidamente el descenso del Señor sobre las montañas cuando venga a juzgar. Los tres discursos proféticos se diferencian entre sí por el contenido, el tono y el punto de vista, pero los tres tienen cierta conexión interna. Cada división contiene una descripción de la corrupción presente, un anuncio del juicio inminente, y promesas de un futuro glorioso. Fueron las palabras de Miqueas las que les señalaron a los magos dónde habría de nacer el Mesías, pues en Miqueas 5:2 dice: “Pero tú, Belén Éfrata, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti ha de salir el que será Señor en Israel”, palabras que también se citan en Mateo 2:4-6.

Conclusión. Miqueas se regocija con alabanza por la misericordia perdonadora de Dios. Nos da una de las mayores perspectivas de todos los tiempos cuando dice que Dios no se interesa en los sacrificios si está ausente la obediencia (Mi. 6:6-7). Cuando Dios perdona, quita el pecado del pecador y jamás lo vuelve a recordar. “¿Quién es Dios como tú?”, es una pregunta que se repite muchas veces en la Escritura, pero usualmente para reconocer el poder y la gloria de Dios. Aquí, sin embargo, el profeta habla de la gracia ilimitada de Dios y Su misericordia para con los pecadores. La alabanza de Miqueas es eterna y oportuna, porque habla de la misma esencia de la salvación pasada, presente y futura. Los hombres santos de todos los tiempos se pueden unir al profeta en este feliz refrán de la redención. Su alabanza es un mensaje evangélico de esperanza que se cumple en la salvación que ofreció Cristo, de quien Miqueas habla. A la pregunta de “¿quién es Dios como tú?”, responde “nuestro incomparable Dios”. Pues Dios (1) perdona la iniquidad y la transgresión, (2) ofrece misericordia y compasión, (3) tiene poder sobre el pecado, y (4) cumple sus promesas de antaño. Dios será fiel a Jacob y fiel a las promesas que le hizo a Abraham en cuanto a sus descendientes, el pueblo de Dios.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 14)

1. ¿Cuáles libros se incluyen en la última sección del Antiguo Testamento y llevan el nombre de “Libro de los Doce”?
2. ¿Qué tragedia familiar vivió el profeta Oseas y cómo se aplica a nuestra relación con Dios?
3. ¿Cuál es el propósito del libro de Joel?
4. ¿Cuáles son las cuatro divisiones del libro de Amós?
5. ¿Cuál es el mensaje básico de Abdías y por qué?
6. ¿Cuál es el triple fin del libro de Jonás?
7. ¿Por qué sabemos que el libro de Jonás es una historia y no una parábola, leyenda o mito?
8. Además de ser llamado “el profeta del Liberador”, ¿qué otro título ha recibido Miqueas y por qué?
9. ¿Cómo ayudó el libro de Miqueas a los magos cuando buscaron al Mesías?
10. Miqueas expresa la mayor perspectiva religiosa de todos los tiempos; ¿cuál es?

LECCIÓN 15 – NOTAS

LOS PROFETAS MENORES

Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías, Malaquías

El primer período de los profetas cierra con los ministerios de Isaías y Miqueas. Se supone, en general, que ellos desarrollaron sus carreras proféticas a inicios del largo y malvado reinado de Manasés, quien probablemente fue la causa directa de la muerte de uno de los dos o de ambos. Tras sus muertes, hubo un silencio profético en Jerusalén y Judá por más de 60 años. Todas las maldades del baalismo y la idolatría y las instituciones paganas importadas, que tanto Israel como Judá habían conocido en el pasado, revivieron y llegaron a su mayor apogeo en la nación durante esos años. Iniciamos ahora el estudio de los profetas del período neobabilónico, que son, Sofonías, Habacuc, Jeremías (incluye Lamentaciones), Nahum, Ezequiel y Abdías. El período fue encabezado por el joven Sofonías, quien fue el primero en romper el largo silencio, pero pronto lo seguiría su contemporáneo Jeremías. Estos dos jóvenes profetas fueron enviados directamente por el Señor con un mensaje urgente, una profecía de juicio y destrucción sobre la malvada nación. Al igual que todos los verdaderos profetas, deseaban despertar la conciencia moral y religiosa de sus contemporáneos porque así esperaban que no se cumplieran sus oscuras predicciones de cautiverio y exilio. Tanto Sofonías y Jeremías vivieron recordando constantemente que Dios había juzgado ya a sus hermanos del reino del norte, que estaban ahora exilados, y que eso se podría repetir en Judá. Aunque los profetas Nahum y Habacuc no son tan conocidos como los demás, sus mensajes son importantes históricamente y para las generaciones que siguieron.

NAHUM

Introducción. Jonás fue enviado a Nínive, capital del imperio asirio, para darle a la gente la oportunidad de arrepentirse. Pero unos ciento cincuenta años antes Nahum había anunciado que el juicio sobre esa ciudad era inminente. La ciudad fue destruida por los medos y babilonios en el año 612 antes de Cristo. Sofonías también profetizó la caída de Nínive. La destrucción de Nínive es el tema de Nahum, nativo de Elcosh y profeta de Judá. Por siglos, el imperio asirio y su capital Nínive habían oprimido a las naciones del Asia occidental. Todo intento de revuelta había sido detenido con crueldad y violencia. Muchas veces Judá mismo había escapado por muy poco de convertirse en súbdito de Asiria y de pagarle pesados tributos. Pero ahora la destrucción estaba a la puerta del opresor, y Nahum predijo que sería repentina y certera.

Autor y fecha. Nahum es desconocido fuera del libro que lleva su nombre. Se le llama el “elcosita”, aunque la ubicación de Elcosh es incierta. Puesto que el mensaje predice la caída de Nínive, debe haber sido escrito antes del año 612 antes de Cristo, fecha en que esa ciudad fue destruida. La fecha del libro se coloca entre la destrucción de Tebas, en Egipto, que se sabe ocurrió en el 663, y la destrucción de Nínive por los babilonios en el 612.

Antecedentes. Nínive era la capital del imperio asirio, que destruyó Israel. Fundada por Nimrod poco después del diluvio, fue rival de Babilonia desde el inicio. Babilonia estaba al sur del valle del Éufrates y Nínive al norte, y entre ambas ciudades había unos ciento sesenta kilómetros. Nínive llegó a ser el poder mundial alrededor del año 900 antes de Cristo y poco después de esa fecha

empezó a atacar a Israel. Alrededor del año 785 Dios envió a Jonás a Nínive en un intento de que dejara el camino de las conquistas brutales. En los siguientes sesenta años, el ejército asirio finalizó la destrucción de Israel, el reino del norte. Por cien años más, Nínive siguió creciendo en poder y arrogancia. Asiria fue un imperio dominante en el antiguo Cercano Oriente. Adquirió y mantuvo su superioridad por medio de brutales victorias militares, que le ganaron la fama de ser un malévolos imperio mundial. No sorprende que la capital de Asiria, Nínive, fuera llamada “la ciudad sangrienta” (3:1). Asiria atacó Tebas en el año 663 antes de Cristo y Nahum mencionó esta victoria (3:8) para anunciar que la misma Asiria sería juzgada y caería en manos de sus víctimas. Los ejércitos del rey Nabopolasar de Babilonia sitiaron Nínive en el año 612 y la derrotaron. Los profetas Isaías, Miqueas y Sofonías profetizaron la caída de Asiria. La profecía de Nahum está llena de retribución y destrucción. El mensaje lo dio poco antes de la caída de la ciudad y fue a manera de endecha fúnebre, como si la destrucción de Nínive ya fuera un hecho consumado. En el tiempo de la profecía de Nahum, Nínive era aún la ciudad reina de la tierra, poderosa y cruel más allá de toda imaginación, cabeza de un estado guerrero erigida sobre el botín de las naciones. Hacia sus cofres fluían riquezas ilimitadas desde los confines de la tierra. Nahum la iguala a un foso de leones feroces, que se sacian con la sangre de las naciones (2:11-13). En la cúspide del poder de Nínive, en la víspera de su caída repentina, aparece Nahum con su profecía.

Propósito. El mensaje del profeta declara que Dios tiene el gobierno moral del mundo y Sus principios deben ser aplicados al imperio asirio. Sin duda, la finalidad subyacente es consolar al pueblo de Dios y a aquellos que han sufrido a manos de este maligno poder mundial. El mensaje se basa en la justicia de Dios. El carácter santo de Dios no puede dejar impune el pecado. En las profecías de Nahum vemos al menos dos verdades proféticas básicas. La primera es que Dios tiene la soberanía final de la historia. Y la segunda es que el universo está moralmente estructurado de tal forma que, los que violan su constitución, son quebrantados por ella. Los que escogen vivir por la espada, a espada mueren

Contenido. En resumen, el capítulo 1 de Nahum anuncia la caída de Nínive, el capítulo 2 la describe y el capítulo 3 la defiende. A diferencia de los libros de Isaías, Miqueas y Sofonías, cuyas profecías fueron mayormente para Jerusalén y Judá, el mensaje de Nahum está dirigido enteramente a un enemigo extranjero: Nínive, el archienemigo de Judá por generaciones. Este mismo enemigo destruyó a Israel en dos campañas, una en el año 734 y otra en el 721, y se llevó cautivos a sus habitantes. Durante la vida de Isaías, en las campañas de los años 719, 713 y 701, los asirios capturaron cuarenta y seis ciudades de Judá y muchas otras, y se llevaron prisioneras a más de 200 mil personas. La intervención divina evitó que la misma Jerusalén fuera destruida. En el capítulo 1, Nahum ve lo que ocurrirá. Esta profecía es una acusación contra Nínive. Se acerca el día de la retribución y de la destrucción de esa malvada ciudad. El Señor la destruirá por completo, de manera que jamás volverá a levantarse para aterrorizar a las naciones. Para Judá, esto significa ser liberada de un conquistador tirano de mucho tiempo. Para todo Israel, es una buena nueva y una paz gozosa, porque al fin su enemigo de siglos va a caer. En el capítulo 2, aparece un cuadro poético del sitio, la captura y el saqueo de una ciudad llena de tesoros. Nínive se enfrenta al enemigo e invasor, que es el ejército de los babilonios y sus aliados los medos. Tras dos años de sitio, el río crece de repente y derrumba parte de los muros. Nahum había predicho que las puertas de los ríos se abrirían para dar paso al ejército invasor. El capítulo 3 contiene un canto de victoria y describe con pasión la caída de la ciudad. Luego explica razonadamente por qué era necesario que cayera. Algunos han llamado a este pasaje “el canto de muerte de Nínive”. Es una especie de canto de victoria, pero no lo cantan ni los babilonios ni los medos, que son los triunfadores militares. Lo cantan el profeta y el pueblo de

Dios, que han sido perseguidos implacablemente por mucho tiempo por el ahora caído enemigo. Nínive es condenada por tres cosas: su saqueo, su destructividad y su influencia maligna.

Conclusión. Debemos recordar que Nahum no escribe una historia de eventos pasados, sino que está previendo una crisis del futuro. Aunque no pretende predecir con detalle, es notable la exactitud con que describe los eventos que ocurrieron luego. Los defensores de la ciudad pelearon desesperadamente, pero pese a su valentía fueron como mujeres indefensas ante el ataque. Nuevamente, el énfasis de Nahum es ,que cuando Dios juzga, los hombres no tienen poder alguno para quedar de pie.

HABACUC

Introducción. El profeta Habacuc es el cuarto y último del grupo de profetas del segundo período. La situación en el libro es esencialmente la misma del libro de Jeremías. Desde Joel hasta Jeremías, en un espacio de doscientos años, todos los profetas le advirtieron a Israel de su idolatría y maldad, y de que por ello la nación sería juzgada.

Autor y fecha. Habacuc es desconocido fuera del libro que lleva su nombre. La fecha tampoco se especifica y por eso debe ser inferida por el contenido. La mención de los babilonios (caldeos) y la aparente sorpresa del profeta de que éstos habrían de ser instrumento de Dios para juzgar a Judá, sugiere que el libro fue escrito a inicios del imperio neobabilónico, alrededor del año 625 antes de Cristo. Esto coloca el libro en medio del reinado de Josías.

Antecedentes. Lo que conocemos como el imperio de Babilonia inició cuando los caldeos sitiaron Babilonia en el año 625 antes de Cristo, tras la muerte de Asurbanipal. Nabopolasar (633 a.C.), el poderoso rey de Asiria, participó en la destrucción de Nínive en el año 612 junto con Ciáxares de Media y el rey de los escitas. El imperio pronto sería retado por Egipto y en el año 605 el faraón Neco marchó al encuentro de Nabucodonosor II, hijo de Nabopolasar, y entabló una batalla decisiva en Carquemisa, donde Egipto fue derrotado. Nabucodonosor persiguió a los egipcios por Siria y Palestina. Atacó y dominó Jerusalén, y se llevó muchos rehenes, entre ellos a Daniel en el año 605. Estando allí, Nabucodonosor fue informado que su padre había muerto y regresó a casa a ocupar el trono. Previamente, Josías había sido asesinado en el año 609 por el faraón Neco, cuando éste iba por Palestina rumbo a su encuentro con los babilonios.

Propósito. Habacuc es único entre los profetas porque no le transmite oráculos al pueblo, sino que le habla directamente a Dios. Sus preguntas son atrevidas pues le exige a Dios que explique Sus caminos. El profeta está confundido pues no entiende por qué Dios permite que los malvados triunfen sobre los justos (1:2-4). La respuesta de Dios le complica el problema. El libro, sin duda, habló en nombre de muchos judíos que se sentían tentados de cuestionar la justicia de Dios porque veían que los malvados avanzaban en su tierra, y que también los imperios paganos avanzaban en el mundo. El que Habacuc hiciera memoria de las exigencias morales inmutables de Dios y afirmara que Dios era libre de lograr Sus fines a Su manera, fue un mensaje apropiado para su época.

Contenido. El Señor anuncia que levantará a los violentos babilonios en contra de Judá (1:5-11). Habacuc cree que un Dios santo no debe permitir algo así y le pide a Dios que lo corrija si en ello está equivocado (1:12—2:1). La respuesta de Dios viene en dos partes: (1) reafirma Su naturaleza moral básica, que deja en claro para todos, sean judíos o babilonios, que serán juzgados por sus

ofensas (2:2-22); y (2) le da a Habacuc una visión de Su infinita gloria, una visión que nos hace recordar de alguna manera la que recibe Job en los capítulos 38 a 41. Estas dos respuestas bastan para que Habacuc vuelva a tener fe en Dios. Esta fe lo puede soportar todo a pesar de que las circunstancias externas sean desfavorables, lo cual se expresa bellamente en el 3:16-19. El libro es una sola profecía presentada en dos partes. La primera parte (caps. 1-2) es un diálogo entre el profeta y Dios sobre el anuncio de que el reino de Judá será juzgado por medio de los caldeos. La segunda parte (cap. 3) es una oración poética y una teofanía donde Dios viene a juzgar al mundo y a liberar al pueblo como hizo en tiempos antiguos. Isaías había predicho un siglo antes que serían llevados cautivos a Babilonia a causa de sus pecados; Habacuc ahora está a las puertas del cumplimiento de esa profecía. La sección principal del libro (caps. 1-2) se divide en dos lamentaciones y dos profecías, seguidas de cinco ayes. En la primera lamentación, Habacuc se duele de la creciente iniquidad de su pueblo. En respuesta, Dios predice el surgimiento del poderío caldeo como instrumento de castigo por el pecado. La segunda lamentación cuestiona que se use un pueblo maligno para disciplinar a los que han pecado levemente. El segundo oráculo y los cinco ayes contestan que toda maldad debe ser juzgada y castigada. Aunque la ira divina parezca tardar, el tiempo señalado llegará. Los cinco ayes son para “el que multiplicó lo que no era suyo” (2:6), “el que codicia injusta ganancia para su casa” (2:9), “el que edifica con sangre la ciudad y el que la funda sobre la maldad” (2:12), “el que da de beber (hiel) a su prójimo” (2:15) y para todos los ídólatras (2:19). El capítulo 3 es un bello salmo apocalíptico que retrata la venida de Dios en juicio y ora para que se avive la justicia en medio de los años de mundanalidad y pecado. El texto clave de Habacuc es el 2:4: “Mas el justo por su fe vivirá”. Este pasaje es la demostración más bella del poder de la verdadera religión bíblica. El lenguaje es el de una persona agotada de los placeres terrenales y acostumbrada a hallar su mayor deleite sólo en Dios.

SOFONÍAS

Introducción. El primer período de los profetas cierra con los ministerios de Isaías y Miqueas. La creencia general es que sus carreras proféticas fueron truncadas durante el largo y cruel reinado de Manasés, y hasta se cree que este rey ordenó directamente la muerte de uno de ellos o de ambos. Tras la muerte de estos dos profetas, hubo un silencio profético en Jerusalén y Judá, que duró más de cincuenta años. Durante esos años, toda la pecaminosidad del baalismo, la idolatría y las instituciones paganas importadas, que Israel y Judá ya habían saboreado en el pasado, fue revivida y llegó a florecer grandemente en la nación. El joven Sofonías fue el primero en romper el largo silencio, pero su contemporáneo Jeremías seguiría pronto su ejemplo. Estos jóvenes profetas fueron enviados directamente por el Señor con un mensaje de gran urgencia, una profecía de que vendría destrucción y juicio sobre la nación pecadora.

Autor y fecha. Sofonías fue un profeta de Judá y probablemente descendiente del rey Ezequías (véase 1:1). Fue un hombre cabal y un poeta y perteneció a la familia real. Su ministerio profético se ubica en el reino de Josías, pero a la luz de su mensaje, es probable que su ministerio fuera anterior al año 621, cuando Josías empezó a deshacer las maldades contra las que habló Sofonías. Las reformas de Josías iniciaron en el 621, cuando el sacerdote Hilcías halló una copia de la ley en el templo. Esto ubica la predicación de este profeta entre los años 638 y 621 antes de Cristo, y lo convierte en contemporáneo de Jeremías, Nahum y Habacuc.

Propósito. El tema central de Sofonías es el juicio que habrá en el día del Señor, el cual describe como una invasión militar.

Antecedentes. La profecía de Sofonías anunció que el pueblo de Judá sería juzgado. La maligna influencia de los reyes Manasés y Amón llevaron a que la nación pecara, incluso durante el reinado del buen rey Josías. El invasor no se nombra, pero muchos teólogos opinan que se trata de la invasión de los escitas, un pueblo guerrero y sangriento que bajó del norte hasta las mismas puertas de Egipto a finales del siglo siete antes de Cristo. A pesar del ministerio de Amós en el norte unos novecientos años antes, el pueblo de Judá seguía esperando que el día del Señor fuera de bendición y venganza, a pesar de sus “pequeñas debilidades”. Pero al igual que Amós, Sofonías anunció que en el día del Señor el monstruoso mal de sus “pequeñas debilidades” será vívidamente expuesto y llevará a la destrucción de Judá a manos de naciones extranjeras. Pero añade que el día del Señor traerá también restauración y esperanza para el pueblo de Dios. Sofonías ve este segundo elemento del día del Señor como un evento final, que ocurrirá al cierre de la historia. Por tanto, el mensaje tiene características de la literatura apocalíptica pues describe los tiempos del fin. Esta visión la comparte con Isaías.

Contenido. El profeta Sofonías reúne los mensajes de toda su vida en un breve espacio de tres cortos capítulos. **Capítulo 1.** El Señor pone en Sofonías la carga de anunciar Su juicio y Su castigo sobre Jerusalén y Judá. Predicar juicio en un tiempo de reforma religiosa nacional no debió haber sido sencillo, pero un profeta verdadero no sólo ve más allá, sino más a fondo. El término “destruiré” denota la ira de Dios, pues Él consumirá Su creación y a los hipócritas del país. Será una fiesta sacrificial, preparada para Babilonia. El anuncio es que toda la tierra será juzgada. Al final del capítulo, el Señor dice: “Llenaré de tribulación”. Notemos las palabras que describen ese día: amargo, terrible, devastación, oscuridad y alarma. Detrás del fuego real que destruyó Jerusalén está el fuego del celoso amor de Dios por Su pueblo. Es por ese amor que Él no tolera rivales ni permite rebelión. **Capítulo 2.** Debido a sus pecados, las naciones vecinas de Judá también sentirán la ira de Dios. Los demás profetas advirtieron que vendría el juicio, pero los gentiles tampoco se arrepintieron. El profeta utiliza varias imágenes agrícolas para describir el juicio que vendrá: tamo, árbol desarraigado, malas hierbas, desierto. Dios castigará el maltrato que le han dado a Su pueblo, así como su orgullo y su adoración a falsos dioses. En Su misericordia Dios ha llamado al pueblo a dejar sus pecados y buscar al Señor. Los humildes (el remanente de Dios) serán escondidos en Dios y serán protegidos durante el día de la ira. **Capítulo 3.** Sofonías cambia su perspectiva y pasa de los enemigos de Judá al juicio y castigo de su propio pueblo, especialmente de los gobernantes corruptos. Los líderes no han querido escuchar a los siervos de Dios ni prestarles atención a las advertencias. El profeta ve los últimos días, cuando el pueblo sea reunido y devuelto a su tierra. Invocará a Dios, lo servirá y no tendrá nada que temer. Se gozará y cantará porque habrá terminado el tiempo de su disciplina, el enemigo habrá sido destruido y el Señor será Rey en Israel. Es posible que la fuerte exhortación de Sofonías hacia el arrepentimiento fuera uno de los aspectos que influyeron en la respuesta del pueblo hacia el esfuerzo de Josías de restaurar la religión verdadera.

Conclusión. Sofonías cierra el libro dirigiéndose al remanente fiel de Israel y describe cómo será restaurado. El canto es una alabanza al Señor y está lleno de gozo por Sión y por todos los redimidos de la tierra, pues Dios se ha llevado el juicio sobre ellos. En el libro de Sofonías vemos el ciclo completo de la profecía divina: (1) juicio contra los malvados y desobedientes, (2) purificación y redención en el exilio, y (3) restauración del remanente fiel y su futuro glorioso.

HAGEO

Introducción. Judá había sido conquistado, Jerusalén quemada, el templo demolido y los habitantes

llevados cautivos a Babilonia (606-586 a.C.). Tras setenta años de cautiverio, aproximadamente en los años 538-536, unos cincuenta mil judíos dejaron Babilonia y regresaron a su tierra a reconstruir el templo y rehacer la nación. En ese año colocaron las bases del templo, pero las obras fueron detenidas por sus enemigos y no se reanudaron sino hasta el año 520, cuando predicaron Hageo y Zacarías. El libro comprende cuatro mensajes que Hageo dio durante un período de cuatro meses. Su propósito era que los obreros volvieran al trabajo y se mantuvieran constantes hasta que se terminara el Templo. Su primer mensaje llamó al pueblo a ser honesto y a anteponer la casa de Dios a sus propios hogares. Los tres mensajes siguientes fueron exhortaciones a ser fuertes, a mantenerse limpios de pecado y a servir a Dios, así como a mantenerse animados. Israel había vivido un largo período de humillación y ansiedad espiritual durante los setenta años en el exilio previos al ministerio de Hageo. Hageo, Zacarías, Malaquías y Joel son considerados los cuatro profetas menores relacionados con el retorno de Babilonia, y por tanto se les conoce como los profetas de la restauración.

Autor y fecha. Se cree que el profeta Hageo nació durante el cautiverio en Babilonia. Aparece en escena en el 537, aproximadamente dieciocho años después de que los exilados habían regresado a su tierra. Fue el primer profeta del período de la restauración de Jerusalén, pero poco se sabe realmente de él, a excepción de las breves referencias que hace de él Esdras, en el 5:1: “Profetizaron Hageo y Zacarías, hijo de Iddo, ambos profetas, a los judíos que estaban en Judá y Jerusalén en el nombre del Dios de Israel, quien estaba con ellos”. Hageo era un hombre mayor y escribió un mensaje simple, llano y vigoroso. Fue directo y conciso, y no adornó con poesía como era común entre los profetas hebreos. Hageo representa a una generación mayor que había adorado en el Templo de Salomón antes de su destrucción en el año 586. De nuevo, Hageo se menciona en Esdras 6:14: “Así, los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban, conforme a la profecía del profeta Hageo”. Debido a las fechas que Hageo le da a su pueblo, se estima que el libro fue escrito alrededor del año 520 antes de Cristo.

Antecedentes. Judá había sido conquistado, Jerusalén quemada, el templo demolido y los habitantes llevados cautivos a Babilonia (606-586 a.C.). Tras setenta años de cautiverio, unos cincuenta mil judíos dejaron Babilonia gracias al edicto del rey Ciro y regresaron a su tierra (aproximadamente 538-536 a.C.). Pero antes de que terminaran los cimientos, las obras fueron detenidas por sus vecinos enemigos. Nada se hizo por quince años. Mientras tanto, subió al trono persa un nuevo rey llamado Darío. Darío favorecía a los judíos y por la predicación directa de Hageo y Zacarías, las obras se reanudaron y el Templo se terminó en cuatro años (520-516 a.C.). El muro de Jerusalén se construyó unos setenta años después durante el tiempo de Nehemías.

Propósito. Hageo había exhortado al pueblo a que deseara diferenciarse de todos los demás por su obediencia. Esa obediencia empezó en forma visible en la reconstrucción del Templo y el restablecimiento de las leyes mosaicas. La obediencia formal no reemplaza al corazón transformado, pero un corazón que no desee obedecer formalmente jamás experimentará de verdad la gracia de Dios. Fue tarea de Hageo iniciar en lo más básico. Hasta que el Templo fuera reconstruido, no se podría emprender lo más interno, a saber, restablecer la ley. Para lograr la tarea encomendada por Dios, Hageo tuvo que hacer cuatro cosas. Primero, tuvo que hacer que la gente se percatara de cuán débil era su devoción a Dios, puesto que habían reconstruido sus hogares rápidamente dejando la casa de Dios en ruinas. Segundo, animó a los líderes Zorobabel y Josué para que se hicieran cargo de esta tarea poco popular. Tercero, convenció al pueblo de que le convenía reconstruir el Templo. Y finalmente, les mostró que el favor de Dios era sólo para el líder que fuera obediente. Cuando hizo

todo esto, el pueblo fue movido a la acción y el trabajo que había sido dejado de lado por dieciséis años se completó en tan solo cuatro—pese a la oposición de sus vecinos.

Contenido. Los dos cortos capítulos del libro de Hageo parecen un resumen condensado de cuatro importantes discursos que sin duda fueron mucho más extensos. En el capítulo 1, el profeta reprende a los judíos por pasar todo su tiempo en sus propias casas y negocios, lo cual retardó dieciséis años la construcción de la casa del Señor. Los exhorta a iniciar el Templo de inmediato. Cuando se pone a Dios en primer lugar, entra en efecto Su promesa de protección. Pero cuando colocamos el yo en primer lugar, perdemos Sus bendiciones. El pueblo sabía cuál era su pacto con Dios. Él había prometido bendecirlos si obedecían Su palabra, y disciplinarlos si la desobedecían. Dios usó Su palabra para motivar a los líderes y al pueblo. En el capítulo 2, como vocero del Señor, Hageo se dirige al gobernador Zorobabel, al sumo sacerdote Josué y al pueblo, y les dice que no minimicen el nuevo Templo sólo porque a sus ojos no se compara con la magnificencia del Templo de Salomón. “Mi espíritu estará en medio de vosotros”, dice el Señor, “y llenaré de gloria esta casa” (2:1-9). Utilizando una parábola de pureza e impureza, el profeta les habla a los sacerdotes y le enseña a Judá una lección sobre cuán serio es descuidar la obra del Señor. Explica también por qué no han prosperado sus cultivos y negocios, y promete que las bendiciones se renovarán si ellos se deciden a obedecer (2:10-19). En su último mensaje, el profeta se dirige al gobernador y le habla del futuro de Israel, que será un tiempo de libertad y oportunidad para lograr sus esperanzas espirituales.

Conclusión. Hageo es un libro de ánimo y esperanza. Como bien lo ha dicho alguien, Hageo quizás no contribuyó mucho a la suma total de las profecías en una época en que hubo tantas voces llenas de autoridad, como las de Isaías, Jeremías y otros. Pero lo poco que añadió fue de gran valor. Israel estaba en un punto crítico de su historia y lo que Hageo dijo e hizo fue oportuno y vigoroso, y logró que el pueblo judío mantuviera su gran ideal.

ZACARÍAS

Introducción. El tiempo y la ocasión para la profecía de Zacarías son los mismos que para Hageo. El escritor se identifica como hijo de Berequías y nieto de Iddo. Por tanto, pareciera que fue uno de los sacerdotes jóvenes que sirvió como sacerdote y como de profeta, al igual que Jeremías y Ezequiel antes que él. El libro de Zacarías se divide en dos partes: del capítulo 1 al 8, y del capítulo 9 al 14. Son dos partes con diferentes perspectivas, pero la mayoría de los teólogos considera que la primera parte corresponde a las visiones que Zacarías tuvo de joven, y la segunda parte a los mensajes que dio o escribió de viejo. La primera parte está obviamente conectada a la comunidad posexílica y su intención es animar al pueblo descorazonado. La segunda parte está menos claramente relacionada con una situación histórica definida. Se extiende al futuro en una forma un poco confusa. Para Jerónimo, Zacarías “es el libro más oscuro”, y probablemente lo dice basado en esta segunda parte. Los teólogos definen este tipo de literatura como apocalíptica. Proyecta el hacia el futuro a manera de un patrón del fin de los tiempos. Sin embargo, el libro de Zacarías fue escrito también para las personas de su tiempo, no sólo para las generaciones futuras.

Autor y fecha. El profeta Zacarías perteneció a la familia sacerdotal de Iddo, que regresó a Jerusalén tras el edicto de Ciro en Babilonia. La carrera de Zacarías como profeta inició “en el octavo mes del segundo año de Darío”, o sea, en noviembre del año 520 antes de Cristo. La primera fase de su ministerio duró hasta el noveno mes del cuarto año del rey, o sea, hasta diciembre del año 518. No sabemos nada de los años restantes de la vida o ministerio del profeta, excepto por lo que

nuestro Señor dice en Mateo 23:35, que Zacarías fue asesinado por judíos rebeldes “entre el templo y el altar”.

Antecedentes. Zacarías fue contemporáneo y colega del profeta Hageo. Al igual que éste, pertenece al período del primer grupo de exilados que regresó de Babilonia con Zorobabel, el primer gobernador, y que inició la construcción del segundo Templo (538-516 a.C.). Pero a diferencia de Hageo, que era laico, Zacarías fue sacerdote y además profeta. El tiempo de su profecía se indica específicamente en su libro. Una de las primeras cosas que hicieron los exilados al regresar, fue colocar las bases del Templo. Pero debido a los conflictos con los samaritanos y otros enemigos vecinos, y porque estaban más interesados en reconstruir sus propios hogares y negocios, descuidaron y pospusieron la construcción de la casa del Señor hasta finales del año 520. Uniendo esfuerzos con Hageo para exhortar a los líderes de la colonia judía a que retomaran las obras en la casa de Dios, Zacarías dio varios mensajes. Su primer discurso lo dio en noviembre del año 529, unos dos meses después de que Hageo diera su primera profecía. Tres meses después, el 24 de febrero del 519, dio su primera serie de visiones. La serie final la dio el 4 de diciembre del 515.

Propósito. El material del libro de Zacarías le permitió al pueblo de Judá, que cada vez tenía menos control de su vida y destino como nación, creer que Dios estaba en verdad en control de las cosas y que llevaría todo a una conclusión adecuada.

Contenido. El contenido de Zacarías, como ya hemos dicho, se divide en forma natural en dos partes. La primera trata de los eventos que ocurrieron durante el tiempo de Zorobabel, gobernador de Judá, especialmente la reconstrucción del Templo (caps. 1-8). Estos ocho capítulos incluyen visiones de la futura liberación de Israel, la caída de los reinos del mundo y el establecimiento del Reino de Dios. El problema del ayuno ceremonial aparece en los capítulos 7 y 8. La segunda sección incluye profecías que hablan del futuro de Sión, sus luchas en las guerras griegas, y enfatiza en forma especial la venida del Mesías y la gloria de Su reino y reinado (caps. 9-14). En esta última sección están las profecías de la futura liberación de Israel, la caída de los reinos del mundo y el establecimiento del Reino de Dios.

Conclusión. En forma sencilla, Zacarías no sólo predice en palabras específicas las grandes doctrinas de la muerte expiatoria del Mesías por el pecado humano, Su deidad y Su reino universal, sino que también menciona eventos detallados de la vida del Mesías: Su muerte expiatoria para quitar el pecado (3:8-9, 13:1), es el que construye la casa de Dios (6:12), Su reinado universal como Rey y Sacerdote (6:13, 9:10), su entrada triunfal (9:9, cf. Mt. 21:5, Jn. 12:15), la traición por treinta monedas de plata (11:12, cf. Mt. 27:9-10), Su deidad (12:8), Sus manos horadadas (12:10, 13:6, cf. Jn. 19:37), y un pastor herido (13:7, cf. Mt. 26:31, Mc. 14:27). Zacarías es el libro más cristocéntrico del Antiguo Testamento. El principio cristocéntrico significa que todo lo que sabemos sobre Dios, los ángeles, Satanás, las esperanzas humanas y todo el universo se entiende mejor si se visualiza en relación con Jesucristo. Él es el centro. El libro de Zacarías habla de la humanidad de Cristo (6:12), Su humildad (9:9), que fue traicionado (11:12), Su deidad (12:8), Su crucifixión (12:10), Su retorno (14:4) y Su futuro reinado (14:8-21). Y cuando venga por segunda vez, el remanente de Israel reconocerá al Crucificado y se volverá hacia Él en fe.

MALAQUÍAS

Introducción. La fecha exacta de este libro se desconoce. En general se dice que este profeta vivió

casi cien años después de Hageo y Zacarías. Un remanente había regresado del cautiverio aproximadamente entre los años 538-536 a.C. y bajo el liderazgo de Hageo y Zacarías habían reconstruido el Templo. Sesenta años después vino Esdras a ayudar a restaurar la nación. Otros trece años después vino Nehemías y reconstruyó el muro. Ahora, en tiempos de Malaquías, los judíos habían estado ya en su tierra unos cien años y, gracias al cautiverio, habían dejado toda idolatría aunque habían descuidado la casa del Señor. Los sacerdotes se habían relajado y degenerado. Los sacrificios no eran de buena calidad. No se daban los diezmos. El pueblo había vuelto a su vieja práctica de casarse con personas idólatras. Por tanto, los judíos, pueblo favorecido por Dios sobre toda otra nación, desanimados por sus debilidades y atados a sus pecados, estaban en un estado mental letárgico, esperando la venida del Mesías prometido. Malaquías les asegura que el Mesías vendrá, pero que para ellos esto significará juicio.

Autor y fecha. El nombre Malaquías significa “mi mensajero”. Este profeta fue un predicador que habló en forma directa sobre las debilidades religiosas de la comunidad posexílica. Las circunstancias del pueblo sugieren que este libro data de un tiempo previo a las reformas de Esdras y Nehemías. Una fecha que suele aceptarse para este libro se ubica entre los años 460 y 450 antes de Cristo.

Antecedentes. El pueblo que había regresado del exilio había caído en una peligrosa práctica religiosa. El exilio en el año 586 y la subsecuente dominación de Persia los había llevado a no creer que ellos eran el pueblo elegido de Dios. Debido a esta falta de fe, habían dejado de vivir una vida separada de las prácticas de sus vecinos paganos. Malaquías, y probablemente también sus contemporáneos Esdras y Nehemías, sabían que esta condición debía cambiar pronto. De lo contrario, desaparecería la verdad bíblica que era el cimiento necesario para que viniera el Mesías, y los judíos serían simplemente absorbidos por el paganismo.

Propósito. El pueblo estaba desilusionado porque las grandes esperanzas que abrigaban cuando volvieron del cautiverio no se habían cumplido. Como resultado, había mucho escepticismo y una actitud apática hacia la religión. El libro parece ser un debate entre Malaquías y el pueblo de Judá, donde el profeta responde a sus actitudes escépticas y su observancia descuidada de las obligaciones religiosas. Malaquías es un gráfico retrato del período final de la historia del Antiguo Testamento, y muestra las grandes reformas que eran necesarias para prepararle el camino al Mesías.

Contenido. El contenido de este libro se puede agrupar convenientemente en cuatro divisiones que corresponde cada una a un capítulo. Capítulo 1. El amor del Señor por Israel no ha sido correspondido. En respuesta a ese amor, lo que le han ofrecido son sobras y despojos. Capítulo 2. Se habla de la degeneración del sacerdocio. El profeta analiza más a fondo por qué la nación trata a Dios de la forma en que lo hace y concluye que el trato de Dios se debe a que tres grupos de personas—sacerdotes, pueblo en general, y los que se divorcian de sus esposas para casarse de nuevo con paganas jóvenes—han quebrantado el pacto. Capítulo 3. El castigo del Señor sobre los culpables será rápido: primero juzgará a los hijos de Leví, los sacerdotes; luego a los adivinos, a los adúlteros, a los que juran en falso, a los que oprimen a los obreros con su salario, a los que oprimen a viudas y huérfanos, y a los que le roban a Dios reteniendo sus diezmos; y finalmente, juzgará a los que se divorcian de las esposas de su juventud para casarse con mujeres paganas que no son judías. En el 3:8 hace la pregunta: “¿Robará el hombre a Dios?” Retener los diezmos se considera “robarle a Dios”, pues en la ley mosaica el diezmo es propiedad de Dios, sobre la cual una persona no tiene más derecho que el que tiene sobre la propiedad de otro. Dios promete prosperidad a los que

diezman fielmente y reta a los que lo prueban en esta promesa. El Señor no ha cambiado, ni han cambiado Sus estándares de conducta para Su pueblo. Esta sección cierra con el bello pasaje del 3:16: “Entonces los que temían a Jehová hablaron entre sí. Jehová escuchó y oyó, y fue escrito ante él un memorial de los que temen a Jehová y honran su nombre”. El profeta describe que los pocos fieles, en una época de deslealtad y falta de afecto, se animan unos a otros, y el Señor registra sus nombres en un “memorial”. Capítulo 4. Se describe al nuevo Elías. Malaquías, al igual que Isaías, Zacarías y muchos otros profetas, presenta una profecía mesiánica en el significado ordinario de la palabra. Por ser un profeta verdadero, Malaquías condena los pecados del pueblo y llama valientemente a que se arrepientan, en un estilo simple y directo. Los exhorta a que recuerden la ley de Moisés y se vuelvan hacia el Dios de su salvación. En los últimos dos capítulos, Malaquías ve a Elías, quien en su época era considerado un tipo de profeta que vendría y sería heraldo del Mesías. Juan el Bautista, como sabemos, fue un profeta como Elías. Nuestro Señor cita de Malaquías y señala que Juan el Bautista es Elías. El escritor de Mateo también cita a nuestro Señor y menciona también que Juan el Bautista es un nuevo Elías. El significado pleno de Malaquías 3 y 4 suele pasarse por alto. Cuando cae el telón del Antiguo Testamento, Malaquías, el último profeta antes de Juan el Bautista, señala el papel que la ley los profetas desempeñan en la preparación del camino del Señor. Lucas 1:67-69 relaciona el Antiguo Testamento con el Nuevo, pues describe la venida del Salvador y el papel de Juan el Bautista como heraldo y precursor.

Conclusión. En general, de una u otra manera los profetas hablaron del Día del Señor. Sus mensajes brotaron del corazón y fueron parte integral de su teología. El hecho de que el último de los profetas del Libro de los Doce cierre con un anuncio virtual de que el plan está listo y el preparador ya ha sido escogido, tiene mucha importancia. Quedamos a la espera de Elías, cuya mención implica mucho de ese Día. La presencia impositiva de Elías a las puertas de la era futura demanda en forma absoluta que se adore a Jehová y deja en claro que vendrá un día de adoración pura y absoluta hacia el Dios de Israel. El Antiguo Testamento cierra en forma incompleta. Se extiende hacia el futuro, hacia más allá de sí mismo, hacia un cumplimiento que vendrá después. Pasaron más de mil años entre el Pentateuco y el libro de Malaquías. En ese milenio la visión se fue aclarando. La verdad se fue aclarando cada vez más en la ley, los cantos de los poetas y las predicaciones de los profetas—la verdad de que la esperanza del pueblo escogido y la esperanza del mundo está en Aquel que vendría cuatro siglos después, no a destruir, sino a cumplir la ley y los profetas.

Ahora que llegamos al fin del estudio del Antiguo Testamento, debemos reconocer que este Testamento tiene un mensaje eterno con valores para nosotros hoy día. Sirvió para preparar el camino y colocar las bases que nos permiten comprender el Nuevo Testamento. Contiene también un mensaje y un significado propios. Este mensaje no se opone al mensaje del Nuevo Testamento ni es distinto a él, pero se desarrolla y enfatiza en forma tal, que ocupa un lugar único con un valor eterno. Ningún estudio del Antiguo Testamento estaría completo si no repasan y destacan sus grandes contribuciones. Aunque su cumplimiento lo hallamos en el Nuevo Testamento, el Antiguo Testamento nos ofrece mucho con su conceptualización de Dios, su filosofía de la historia, su análisis penetrante de la naturaleza humana, su amor redentor y sus recursos para enseñar religión. Este curso es sólo una introducción a este vasto tema.

PREGUNTAS DE ESTUDIO (Lección 15)

1. ¿Cuál es el tema de Nahum?
2. ¿Cuáles dos verdades básicas le dieron forma a las profecías de Nahum?
3. ¿Cómo se dividen los capítulos 1 y 2 de Habacuc, y de qué trata el capítulo 3?
4. ¿Qué posible resultado tuvo la fuerte exhortación que hizo Sofonías al arrepentimiento?
5. ¿Cuál es el ciclo completo de la divina providencia que vemos en el libro de Sofonías?
6. ¿Cuáles fueron los cuatro mensajes que dio Hageo y por qué los dio?
7. ¿Cuál fue el principal propósito de Hageo para hablarle al pueblo?
8. ¿Qué significa el principio cristocéntrico en el libro de Zacarías, y cómo habla ese libro de Cristo?
9. ¿Qué concluyó Malaquías en cuanto al trato de Dios con Israel?
10. ¿Por qué termina el Antiguo Testamento como un libro incompleto?